

La Cruz En La Vida Cristiana Normal

T. S. Watchman Nee

EDITORIAL PORTAVOZ

Otros libros por T.S. (Watchman) Nee

Aguas Refrescantes

El Cantar de los Cantares

Consejos Para una Vida Santa

Consejos Sobre la Vida Cristiana

Hombre Espiritual

La Iglesia Normal

No Améis al Mundo

La Obra de Dios

El Obrero Cristiano Normal

¿Qué Haré, Señor?

La Salvación de! Alma

Sentaos ... Andad... Estad Firtnes

Transformados en Su Semejanza

Una Mesa en el Desierto

La Vida Cristiana Normal

¡Ven, Señor Jesús!

Contenido

<u>Prólogo</u>	<u>4</u>
<u>1. La sangre y la cruz</u>	<u>5</u>
<u>2. En Cristo</u>	<u>7</u>
<u>3. El Espíritu Santo</u>	<u>12</u>
<u>4. Dos leyes</u>	<u>18</u>
<u>5. La Cruz y el hombre natural</u>	<u>23</u>
<u>6. Llevando la cruz</u>	<u>30</u>
<u>7. El propósito del evangelio</u>	<u>37</u>

Prólogo

El autor de estos estudios, Nee To-sheng de |H Foochow (China) un fiel siervo de Jesucristo, nos hizo un gran bien en su ministerio al exponer tan claramente los principios fundamentales de la vida y el andar cristianos a numerosos grupos de jóvenes obreros.

Hemos publicado ya en castellano varios discursos suyos, incluyendo los reunidos bajo el título *La vida cristiana normal* los que han sido medio de bendición a muchos. Los libros publicados en otros idiomas con el citado título incluyen generalmente otra serie de estudios que abarcan los mismos tópicos pero en forma más amplia. Muchos que los han leído han solicitado una edición castellana y, con la convicción de que su mensaje merece una circulación más extensa en la actualidad, hemos preparado este libro.

Puesto que no nos hemos podido comunicar personalmente con el autor, hemos asumido toda la responsabilidad al editar esta obra. Pero el privilegio de haber disfrutado, el primero de los abajo firmantes, de estrecha relación personal con el señor Nee durante el año 1938, y gracias a la ayuda y a la crítica de otros que se han beneficiado de su ministerio o que han trabajado con él y que le conocieron aún mejor, todo ello ha cooperado para dirimir dudas en los pocos lugares donde hacía falta una aclaración, y a dar mayor fidelidad al pensamiento del autor.

Trabajar en este libro ha sido una experiencia profunda. Sale a la luz con la oración de que su fuerte énfasis sobre la grandeza de Cristo y la finalidad y suficiencia de su obra sea usado por Dios para llevar a sus hijos a una posición de mayor eficacia espiritual y, por lo tanto, de creciente valor para El.

Se recuerda al lector que el mensaje, reunido en esta forma, tuvo su origen en un ministerio oral. De allí que no sea del todo sistemático. No pretende agotar ninguno de los temas. Corresponde abordar su contenido con oración, no como un tratado sino como un mensaje vivo al corazón.

ANGUS I. KENNEDY GEOFREDO W. RAWLING

1 *La sangre y la cruz*

En el libro *La vida cristiana normal* hemos notado que el apóstol Pablo nos da su propia definición de la vida cristiana en la carta a los Gálatas 2:20: "... y ya no vivo yo, mas ... Cristo ... El Apóstol no declara aquí nada especial ni singular, es decir, un nivel más elevado del cristianismo. Creemos que está presentando la norma de Dios para un cristiano, lo que puede resumirse en las palabras: "ya no vivo yo, mas Cristo vive su vida en mí."

Dios lo aclara bien en su Palabra, la que tiene una sola respuesta a toda necesidad humana: su Hijo Jesucristo. Nos ayudará muchísimo y nos librará de gran confusión el mantener constantemente delante de nosotros el hecho de que Dios contestará a todas nuestras preguntas de la misma manera, vale decir, revelándonos cada vez mejor a su Hijo.

Lo primordial es que tengamos un conocimiento básico del hecho de la muerte en la cruz del Señor Jesús como nuestro sustituto, y una clara comprensión de la eficacia de su sangre en lo que hace a nuestros pecados, porque sin estas premisas no podemos pretender iniciar nuestro camino. Solamente en la medida en que el Espíritu Santo me haga conocer a mí el valor que paro Dios tiene la sangre de Cristo, podré yo entrar en sus beneficios y descubrir cuan preciosa es, de veras, aquella sangre para mí.

Hay vida en la sangre, y esa sangre tiene que ser vertida por mí, por mis pecados. Es Dios quien pide que sea así. Es El quien exige que la sangre sea presentada a fin de satisfacer su propia justicia, y El mismo quien dice: "... y *veré la sangre* y pasaré de vosotros..." (Ex. 12:13). La sangre de Cristo da plena satisfacción a Dios. El Espíritu Santo me hace conocer ahora el valor que Dios da a la sangre de Cristo de la que soy beneficiario, y así descubro cuán preciosa es la sangre para mí.

Como es aquí donde a menudo hallamos dificultades, quiero decir al respecto algunas palabras a mis jóvenes hermanos en el Señor. Cuando éramos incrédulos, probablemente nunca habíamos sido inquietados por nuestra conciencia hasta el día en que la Palabra de Dios empezó a despertarnos. Nuestra conciencia hasta entonces había estado muerta. Y los que tienen conciencia muerta no son de utilidad alguna para Dios. Pero más tarde, cuando creímos, nuestra conciencia al despertar pudo haberse tornado sumamente sensible, lo que también puede, por su parte, constituir un grave problema para nosotros. Es cuando el sentido del pecado y de la culpa llega a ser tan terrible que puede hacernos perder de vista ía verdadera eficacia de la sangre. Cuando nos parece que nuestros pecados son tan reales —y quizá algún pecado especial nos llega a molestar mucho— que terminamos por ocuparnos más de nuestros pecados que de la sangre de Cristo.

Ahora bien, la dificultad de todo ello reside en nuestro intento de palparlo. Tratemos de conocer de forma subjetiva lo que la sangre es para nosotros y de sentir su valor. Pero no podemos hacerlo; ella no obra en esa forma: La sangre es, en primera instancia, para ser apreciada por Dios. Después, lo que nos resta a nosotros es aceptar la estima con que Dios la valora. Al hacerlo así, hallaremos nuestra propia valoración de la sangre. Si lo intentamos por vía de nuestros sentimientos, no llegaremos a nada, nos quedaremos a oscuras. De modo que no es así, sino que se trata de fe en la Palabra de Dios. Tenemos que creer que la sangre es preciosa para Dios *porque El lo dice* (1 P. 1:18,19). Si Dios puede aceptar la sangre como pago por nuestros pecados y como el precio de nuestra redención, luego podemos estar seguros de quela deuda ha sido saldada. Si Dios está satisfecho con lá sangre, entonces la sangre tiene que ser aceptable. Nuestra valoración depende de la suya, ni más ni menos. No puede ser mayor ni debe ser menor. Recordemos que El es santo y justo, y que un Dios santo, y justo tiene derecho de decir que la sangre es aceptable a sus ojos y que le ha satisfecho plenamente.

Pero ocurre en la práctica que nosotros aceptamos muy fácilmente la acusación de Satanás. La razón de ello está en que aún nos aferramos a la esperanza de tener alguna justicia propia en nosotros mismos. La base de esta esperanza está errada. Satanás ha logrado desviar nuestra vista.

Con ello ha ganado ventaja, haciéndonos ineficaces. Pero sí nosotros hemos aprendido a poner confianza alguna en la carne, no nos sorprenderemos al pecar, porque la naturaleza misma de la carne es hacer pecado. Es por no haber llegado a comprender nuestra verdadera naturaleza, y por no ver cuan inútiles somos, que aún sustentamos cierta desconfianza en nosotros mismos, lo que da como resultado que cuando Satanás viene y nos acusa sucumbimos.

Dios es harto poderoso para tratar con nuestros pecados; pero no puede hacerlo con un hombre que acepta la acusación de Satanás, porque el tal no está confiando en la sangre. La sangre habla en su favor, pero él está más bien escuchando a Satanás. Cristo es nuestro Abogado, pero nosotros, los acusados, tomamos parte por el acusador. No hemos llegado a admitir que merecemos únicamente la muerte; y que, como veremos en seguida, servimos sólo para ser crucificados. No hemos llegado a reconocer que sólo Dios puede contestar al acusador y que El lo ha hecho ya en la sangre preciosa.

LA CRUZ DE CRISTO

Así vemos que, en forma objetiva, la sangre trata con *nuestros pecados*. El Señor Jesús los ha cargado, llevándolos en la cruz por nosotros como sustituto nuestro, habiendo logrado así para nosotros el perdón, la justificación y la

reconciliación. Pero debemos avanzar un paso más en el plan de Dios para entender cómo procede El con *el principio del pecado en nosotros*. La sangre puede lavar mis pecados, pero no puede lavar mi "viejo hombre". Se hace necesaria la cruz para que yo sea crucificado.

Nosotros estamos siempre dispuestos a creer que efectivamente lo que hemos hecho es muy malo, pero que nosotros mismos no lo somos tanto. Dios, por su parte, se empeña en mostrarnos que nosotros mismos somos malos, radicalmente malos. La raíz del problema es el pecador mismo; por tanto, hay que proceder con él. La sangre trata con nuestros *pecados*, pero la cruz debe tratar con el *pecador*. La sangre procura el perdón por lo que hemos hecho; la cruz procura nuestra liberación de lo que somos.

En los primeros cuatro capítulos del libro de Romanos apenas ocurre la palabra "pecador". Ello se debe a que allí no se tiene en vista al pecador mismo sino a los pecados cometidos. La palabra "pecador" recién se destaca en el capítulo 5, y es importante observar cómo se introduce allí al pecador. Notemos que en ese capítulo un pecador es llamado así porque nace pecador, no porque haya cometido pecados. La distinción es importante. Aunque bien es cierto que cuando un predicador quiere convencer a un hombre cualquiera de que es pecador se sirve a menudo de Romanos 3:23, donde dice que "todos pecaron", es cierto también que tal aplicación de ese versículo no está estrictamente justificado por las Escrituras. Los que así lo usan caen en el peligro de argumentar al revés, porque la enseñanza del libro de Romanos no es de que somos pecadores porque pecamos, sino de que *pecamos porque somos pecadores*. Somos pecadores por constitución más bien que por acción. Como se expresa en Romanos 5:19; "... por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores...."

¿Cómo fuimos constituidos pecadores? Por la desobediencia de Adán. No nos convertimos en pecadores por lo que hemos hecho, sino por causa de lo que Adán hizo y llegó a ser. Yo hablo inglés, pero no por eso soy inglés. Yo de hecho soy chino.

Cierta vez pregunté a una clase de niños: "¿Qué es un pecador?", y la respuesta inmediata fue: "Uno que peca." Sí, es verdad, el que peca es un pecador; pero el hecho de que peca no es la causa sino sólo la evidencia de que ya es pecador. Uno que peca es pecador, pero si uno pudiera vivir sin pecar igualmente sería pecador, puesto que tiene en sí mismo la naturaleza caída de Adán y necesita la redención. ¿Me explico? Hay pecadores malos y pecadores "buenos", hay pecadores morales y hay pecadores corruptos, pero todos son igualmente pecadores. A veces pensamos que, con tal de no haber incurrido en ciertas cosas, todo está bien; pero el problema reside más hondo que en aquello que hacemos: radica en lo que somos. Lo que cuenta es lo que somos por nacimiento. Así, pues, yo soy pecador porque nací en Adán. No es asunto de mi conducta, sino de mi herencia, de mi origen. No soy pecador porque peca sino que peca porque descendiendo de una mala estirpe. Peca porque soy pecador. Además, no puedo hacer nada para cambiar eso. Nada por mejorar mi comportamiento; no puedo dejar de ser Adán y, por lo tanto, pecador.

En la China hablé una vez en este tenor y observé que todos habíamos pecado en Adán.

Como alguien dijo que no comprendía, traté de explicarlo de este modo:

—Todos los chinos remontan su ascendencia a Huang-ti. Hace más de 4.000 años él sostuvo una guerra con Si-iu. Su enemigo era muy poderoso; no obstante, Huang-ti lo venció y lo mató. Después de esto Huang-ti fundó la nación china. Por tanto, hace 4.000 años nuestra nación fue fundada por Huang-ti. Y bien, ¿qué habría sucedido si Huang-ti no hubiera matado a su enemigo sino que él mismo hubiera perecido? ¿Dónde estaría usted ahora?

—No habría nada de mí—contestó el hombre. —Oh, no, Huang-ti puede morir su muerte y tu puedes vivir tu vida.

—Imposible —gritó él. Si Huang-ti hubiera muerto, entonces yo nunca podría haber vivido porque mi vida procedió de él.

En Romanos 5:19 no sólo se nos dice algo respecto de Adán, sino también algo tocante al Señor Jesús: "Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos." En este notable pasaje la gracia contrasta con el pecado, y la obediencia de Cristo se contrapone a la desobediencia de Adán. En Adán recibimos todo lo que es de Adán; en Cristo recibimos todo lo que es de Cristo. Luego se nos ofrece una nueva posibilidad. En Adán todo se perdió. Por la desobediencia de un hombre fuimos todos constituidos pecadores. Por él entró el pecado y por el pecado la muerte; desde ese día en adelante y a través de toda la raza, el pecado ha reinado para muerte. Pero ahora un rayo de luz ilumina la escena. Por medio de la obediencia de otro nosotros podemos ahora ser constituidos justos. Donde el pecado abundó, soorea mudo la gracia, y así como el pecado reinó para muerte, así también puede reinar la gracia por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo nuestro Señor (Ro. 5:19-21). Nuestra desesperación esta en Adán; nuestra esperanza en Cristo.

2 En Cristo

Cuando el Señor Jesús murió en la cruz, El derramó su sangre, dando así su vida -impecable para expiar nuestros pecados y para satisfacer la justicia y la santidad de Dios. Hacerlo era prerrogativa exclusiva del Hijo de Dios. Ningún hombre pudo tener parte en ello. Las Escrituras nunca dicen algo así como que nosotros derramamos nuestra sangre juntamente con la de Cristo. En la obra expiatoria delante de Dios El actuó solo; ningún otro pudo tomar parte. Pero el Señor Jesús murió no sólo para derramar su sangre; murió para hacer que *nosotros* pudiéramos morir. Murió como *nuestro* representante. En su muerte, El nos incluyó a ti y a mí.

Solemos usar los términos "sustitución" e "identificación" para describir estos dos aspectos de la muerte de Cristo. Muchas veces el uso de la palabra "identificación" es adecuado; pero la identificación podría indicar que el proceso se inicia desde nuestro lado, que somos nosotros quienes procuramos identificarnos con el Señor. Bien. Estoy de acuerdo en que la palabra es cierta, pero debemos dejar su uso para más adelante. Por ahora es mejor empezar con el hecho de que el Señor Jesús me incluyó a mí en su muerte. Es la muerte inclusiva del Señor lo que me coloca en una posición para identificarme, no es que yo me identifico para luego poder ser incluido. Lo que cuenta es mi inclusión en Cristo de parte de Dios. Es algo que Dios ha hecho. De allí que aquellas dos palabras del Nuevo Testamento, "en Cristo", sean siempre tan preciosas.

NUESTRA MUERTE CON CRISTO: UN HECHO HISTÓRICO

¿Crees tú en la muerte de Cristo? Por supuesto que sí. Bien, la misma Escritura que dice que El murió por nosotros dice también que nosotros morimos con El. "Cristo murió por nosotros" (Ro. 5:8) es la primera declaración y es suficientemente clara. Pero, ¿son éstas otras, acaso, menos claras: "Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El", y "morimos con Cristo" (Ro. 6:6, 8)?

¿Cuándo somos nosotros crucificados con El? ¿Cuál es la fecha de la crucifixión de nuestro viejo hombre? ¿Es mañana, ayer, u hoy? "Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El", es decir, *al mismo tiempo*. Como hecho histórico, podemos decir con reverencia pero con certeza: yo fui crucificado cuando Cristo fue crucificado, por cuanto no se trata de dos acontecimientos sino de uno solo. Mi crucifixión fue "con El" ¿Ha sido crucificado Cristo? Luego, ¿cómo podría no haberlo sido yo? Si El fue crucificado hace casi 2.000 años, y yo con El ¿cómo podría decirse que mi crucifixión tendrá lugar mañana? ¿Puede ser pretérita la crucifixión del Señor y la mía presente o futura? ¡Alabado sea el Señor!, cuando El murió en la cruz yo morí con El. No solamente murió en mi lugar, sino que me llevó a mí consigo a la cruz y yo también morí. Si creo en la muerte del Señor Jesús, entonces puedo creer en mi propia muerte con tanta seguridad como creo en la de El.

En Romanos 6:5, escribiendo a los que "*fueron bautizados*" (v. 3), Pablo dice que somos "unidos con El en la semejanza de su muerte", porque por el bautismo reconocemos en sentido figurado que Dios ha obrado una unión íntima entre nosotros y Cristo en este asunto de la muerte y la resurrección. Cierta día trataba de recalcar esta verdad a un hermano en Cristo. Estábamos tomando el té, así que tomé un terrón de azúcar y lo disolví en mi taza. Unos minutos más tarde, le pregunté: — ¿Puede decirme dónde está el azúcar ahora, y dónde está el té?

—No —me dijo. Usted los ha juntado y se perdió el uno con el otro; ya no se pueden separar.

Era una ilustración sencilla, pero le ayudó a comprender el carácter íntimo y decisivo de nuestra unión con Cristo en su muerte. Es Dios quien nos ha puesto allí, y los actos de Dios son irreversibles.

¿Qué implica, en realidad, esta unión? El verdadero significado que yace tras el bautismo es que en la cruz "*fuimos bautizados en la muerte histórica de Cristo*", de modo que su muerte se hizo la nuestra. Nuestra muerte y la suya quedaron entonces tan estrechamente identificadas que es imposible separarlas. A este bautismo histórico, a esta nuestra unión con Cristo que Dios ha obrado consentimos nosotros cuando descendemos a las aguas. Nuestro testimonio público por medio del bautismo pone on evidenda nuestro reconocimiento de que la muerte de Cristo ocurrida hace 2.000 años fue una muerte potente e inclusiva, lo suficientemente poderosa e inclusiva como para quitar y poner fin por medio de ella a todo lo que en nosotros no sea de Dios.

Desafortunadamente algunos consideran el entierro como un medio de muerte. Procuran alcanzar la muerte enterrándose. Permítaseme decir que a menos que nuestros ojos hayan sido "iluminados por Dios para comprender que hemos muerto en Cristo y hemos sido enterrados con El, no tenemos derecho a bautizarnos. La razón porque descendemos a las aguas del bautismo es que hemos reconocido esto: que a la vista de Dios ya hemos muerto. A esto damos testimonio. La pregunta de Dios esclarece y sencilla: Cristo ha muerto y Yo te he incluido allí. Ahora bien, ¿qué dices tú? ¿Cuál es mi respuesta? Señor, creo que Tú me has crucificado. Reconozco la muerte y el entierro a que me has destinado. Sí, El me ha entregado a la muerte y a la tumba; y mediante mi bautismo yo doy testimonio público de ese hecho.

En Gálatas 6:14 dice el apóstol Pablo: "... en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, ... el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo." Es la misma figura que el apóstol Pedro usa cuando escribe de las ocho almas que fueron "salvadas por agua" (1 P. 3:20) Al entrar en el arca, Noé y su familia salieron por fe del viejo mundo corrompido para entrar en otro nuevo. No se trata tanto del hecho de que ellos personalmente no perecieron ahogados, sino que salieron de aquel sistema corrupto. Esto es salvación.

Luego continúa diciendo Pedro: "El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva..." (1 P. 3:21). En otras palabras, es mediante ese aspecto de la miz que el bautismo implica que somos librados de este presente siglo malo y, por el bautismo en agua, esto se confirma. Es el bautismo "en su muerte" que pone fin a una creación, pero es también el bautismo "en Cristo Jesús" que tiene a la vista la nueva creación (Ro. 6:3). Te sumerges en el agua y, en figura, tu mundo desciende contigo. Tú surges de nuevo en Cristo, mas tu mundo parece ahogado.

"Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo" —dijo Pablo en Filipos, y habló la palabra del Señor al carcelero y a su familia, y en seguida se bautizó él con todos los suyos (véase Hch. 16:31-34). Al hacer esto, el carcelero y los que con él estaban testificaron ante Dios, su pueblo y las potestades espirituales que de veras habían sido salvados de un mundo bajo juicio. Como consecuencia, leemos que se regocijaron en gran manera por haber creído en Dios.

Antes de ser salvo por Jesucristo, quizás procuraste salvarte a ti mismo. Leías la Biblia, orabas, ibas a la iglesia, hacías limosnas. Luego un día tus ojos fueron abiertos, y viste que una salvación plena había sido ya provista para todos en la cruz. Aceptaste eso y agradeciste a Dios. Entonces la paz y el gozo llenaron tu corazón. Pues bien, la salvación y la santificación tienen exactamente la misma base. Se recibe la liberación del pecado del mismo modo que se recibe el perdón de los pecados.

El camino de liberación, hecho por Dios, es pues diferente del camino del hombre. El procedimiento humano es el de tratar de suprimir el pecado, esforzándose por vencerlo, en tanto que el divino es el de quitar de en medio al pecador. Muchos cristianos lamentan su debilidad, creyendo que, si tan solo fueran algo más fuertes todo andaría bien. La idea de que el fracaso en mantener una vida santa se debe a nuestra impotencia y de que como consecuencia se nos demanda algo más, conduce inevitablemente a ese falso concepto del camino de liberación. Si estamos preocupados por el poder del pecado y por nuestra incapacidad de enfrentarlo, naturalmente llegaremos a creer que para ganar la victoria sobre el pecado necesitamos tener más poder. Si tan sólo fuera algo más fuerte, decimos, yo podría vencer mis violentos accesos de malhumor, y de allí que rogamos al Señor nos dé fuerzas para ejercer mayor dominio propio.

Pero esto es del todo errado; la vida cristiana no es eso. El procedimiento que Dios sigue para librarnos del pecado no es el de hacernos cada vez más fuertes, sino por el contrario el de hacernos cada vez más débiles. Tú dirás con razón que este es un camino algo singular hacia la victoria, pero es el camino de Dios. Dios nos libra del dominio del pecado, no fortaleciendo a nuestro viejo hombre sino crucificándolo; no ayudándole a hacer algo, sino quitándole del todo del escenario.

Durante años quizás tú has tratado en vano de ejercer control sobre ti mismo, y quizás aún hoy te esfuerzas en ello; pero el día en que tus ojos sean abiertos te darás cuenta de que eres impotente para hacer cosa alguna, y que al dejarte de lado Dios lo ha hecho todo. Revelación tal pone fin a todo esfuerzo humano.

"SABIENDO ESTO ..."

¿Cómo sabes que tus pecados son perdonados? ¿Porque tu pastor te lo dijo? No, pero *lo sabes*. Si te pregunto: "¿Cómo lo sabes?", tu única respuesta sería: "Yo lo sé". Este conocimiento viene por revelación divina. Viene del Señor mismo "Por supuesto, el hecho del perdón de los pecados está en la Biblia, pero para que la Palabra escrita de Dios llegue a ser una Palabra viva de Dios para ti, El tuvo que darte "un espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de El" (Ef. 1:17). Lo que necesitabas era conocer a Cristo en esa forma y siempre será así. De modo que llega el momento en que cualquier nuevo conocimiento de Cristo, cuando lo aprehendes en tu propio corazón, lo "ves" en tu espíritu. Una luz ha brillado en tu ser interior y estás plenamente persuadido del hecho. Lo que es verdad en lo tocante al perdón de tus pecados lo es igualmente en cuanto a tu liberación de él. Cuando la luz de Dios se hace en tu corazón, te ves a ti mismo en Cristo. Ahora ya no porque alguien te lo haya dicho, ni simplemente porque el pasaje de Romanos 6 lo dice. Se trata de algo más. Lo sabes porque Dios mismo te lo ha revelado por su Espíritu. Quizás no lo entiendas ni lo sientas, pero lo sabes porque lo has visto. Una vez que te hayas visto en Cristo ya nada puede sacudir tu seguridad de ese bendito hecho: "Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado" (Ro. 6:6).

Así que nuestro primer paso es el de buscar de Dios un conocimiento que viene por revelación, lo que equivale a decir que no es de nosotros mismos sino que emana de la obra consumada del Señor Jesucristo en la cruz. Cuando Hudson Taylor, fundador de la Misión al Interior de la China, entró en la vida cristiana normal, fue así como lo hizo. Cuenta él de su viejo problema, de cómo podía vivir "en Cristo", y de cómo podía sacar la savia de la vid para sí mismo. Hudson Taylor sabía que él necesitaba que la vida de Cristo fluyera por él, y sentía que no la tenía. "Vio claramente que su necesidad tenía que abreviarse en Cristo. Escribiendo a su hermana decía; "Sabía que si tan sólo fuera capaz de permanecer en Cristo, todo estaría bien, pero *no pude*." Cuanto más se esforzaba, tanto más se descaminaba, hasta que un día la luz amaneció. Llegó la revelación y Hudson Taylor vio.

En esto, creo, está el secreto; no en preguntar cómo sacar la savia de la vid para mí mismo, sino en recordar que Jesús es la vid, la raíz, el tallo, los pámpanos, las ramas, las flores, el fruto, cabe decir, todo.

En otra ocasión, en las palabras de un amigo que le había ayudado:

No tengo que ir convirtiéndome en pámpano. El Señor Jesús me dice que soy un pámpano, que soy parte de El, y simplemente tengo que creerlo y actuar conforme a ello. Durante mucho tiempo he visto esta verdad en la Biblia, pero ahora lo creo como una viva realidad.

Era como si algo, a pesar de haber sido siempre verdad, recién entonces, de repente, hubiera cobrado una nueva realidad para él; y escribe otra vez a su hermana:

*No sé hasta qué punto podré expresarme en forma inteligible acerca de ello, porque no hay nada nuevo, extraño o maravilloso y, sin embargo, ¡todo es, nuevo! En una palabra, "habiendo sido ciego, ahora veo" ... Estoy muerto y sepultado con Cristo, sí, y resucitado y ascendido también. Dios me considera así y me dice que yo también me considere a mí mismo en esa forma. El conoce mejor ... ¡Oh, qué gozo es comprender esta verdad! Ruego que los ojos de tu entendimiento sean iluminados y que puedas conocer y disfrutar de las riquezas que nos son dadas libremente en Cristo.**

¡Cuan grande es ver que estamos en Cristo! ¡Imaginad la confusión de tratar de entrar en una pieza donde ya se está! ¡Imaginad lo absurdo de pedir que se nos haga entrar! Si nos damos cuenta de que *estarnos* adentro, no haremos ningún esfuerzo por entrar. Si tuviéramos más revelación, tendríamos menos oraciones y más alabanzas. Muchas de nuestras oraciones a favor de nosotros mismos se deben a que estamos ciegos a lo que Dios ha hecho.

Recuerdo un día en Shangai cuando, conversando con un hermano muy inquietado respecto de su estado espiritual, éste dijo: "Tantos viven una vida hermosa y santa. Me avergüenzo de mí mismo. Yo me llamo cristiano, y sin embargo comparado con otros siento que no lo soy. Quiero conocer esta vida crucificada, esta vida resucitada, pero no la conozco y no veo cómo alcanzarla!"

Otra vez conversé con otro hermano por más de dos horas, procurando sin éxito explicar al hombre que él no podía recibir nada fuera de Cristo. Dijo él:

—Lo mejor que uno puede hacer es orar.

—Pero si Dios ya te ha dado todo, ¿qué tienes que pedir? —pregunté.

—No me ha dado todo —contestó él— porque aún cedo al malhumor, porque constantemente caigo; así que debo orar más.

—Bien —dije—, ¿consigues lo que pides?

—Lamento decir que no recibo nada —contestó.

Traté de hacerle notar que, así como él no había hecho nada por su justificación, tampoco necesitaba hacer cosa alguna por su santificación. Fue en ese momento que un tercer hermano, muy utilizado por el Señor, entró en el grupo. Había sobre la mesa un termo, y este hermano lo tomó, preguntando:

—¿Qué es esto?

—Un termo —contestó el otro.

Bien, imagina por un momento que este termo sabe orar y que empieza a orar así: "Señor, tengo muchos deseos de ser un termo. ¿Quieres convertirme en un termo? Señor, dame gracia para llegar a ser un termo. Dispon que así sea."

—Y bien, ¿qué dirías tú a esto?

—No creo que ni aun un termo fuera tan tonto —replicó nuestro amigo. Sería absurdo orar así; él *ya es* un termo. Luego le explicamos:

—Tú estás haciendo lo mismo. Dios en tiempos pasados ya te incluyó en Cristo. Cuando El murió, tú también moriste; cuando El vivió, tú también viviste. Hoy no puedes decir: "Yo quiero morir; yo quiero ser crucificado; yo quiero tener la vida de resurrección." El Señor simplemente te mira y dice: "Estás muerto. Tienes nueva vida." Esas tus oraciones son tan absurdas como las del termo. No necesitas pedir al Señor; sólo necesitas abrir tus ojos para ver que El lo ha hecho todo.

En esto reside el secreto. No necesitamos esforzarnos para morir, ni esperar para morir. *Estamos* ya muertos. Sólo necesitamos reconocer lo que el Señor ya ha hecho, y alabarle por ello. La luz se hizo en ese hombre. Con lágrimas en sus ojos dijo: "Señor, te alabo porque ya me has incluido en Cristo. ¡Todo lo suyo es mío!" La revelación había llegado y la fe ya tenía en qué aferrarse; y si hubiérais encontrado a ese hermano tiempo más tarde, ¡qué cambio habríais visto!

La obra consumada de Cristo ha llegado realmente a la raíz de nuestro problema y lo ha tratado. No hay términos medios para con Dios. "Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con el, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado" (Ro. 6:6). "Sabiendo esto ..." Sí, pero ¿lo sabéis? "¿O no sabéis ...?" (Ro. 6:3). ¡Quiera el Señor en su gracia abrir nuestros ojos!

FIRMES EN LA FE

La revelación conduce espontáneamente al ?conocimiento. No debemos perder de vista el hecho de que se nos presenta un mandato;"... consideraos muertos ..." (Ro. 6:11). Hay que adoptar una actitud definida. ¿Por qué? Porque estamos ante un hecho. Cuando el Señor Jesús pendía sobre la cruz, yc/estaba allí en El. Por tanto lo considero verídico: reconozco que morí en El. Pablo dijo: "Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios." ¿Cómo es posible esto? "En Cristo Jesús." Nunca olvides que será siempre, y solamente así: en Cristo. Si te miras a ti mismo creerás que la muerte no está allí. Pero se trata de fe, no en ti mismo, sino en El. Mira al Señor y conoce lo que El ha hecho.

Los primeros cuatro capítulos y medio de Romanos hablan insistentemente de la fe. Somos justificados en El por la fe (Ro. 3:28; 5:1). La justicia, el perdón de nuestros pecados y la paz con Dios, todo ello es nuestro por la fe, y

sin fe en la obra consumada de Cristo Jesús nadie puede poseerlos. Pero en la segunda sección de Romanos no encontramos la misma insistencia en la fe, y al principio podría parecer que el énfasis allí es distinto. No tal, sino que en vez de las palabras "fe" y "creer" tenemos aquí la palabra "considerarse". En esta porción las palabras considerarse y creer son casi equivalentes.

¿Qué es la fe? La fe es mi aceptación del hecho de Dios. Siempre tiene sus fundamentos en el pasado. Lo que se relaciona con el futuro es esperanza más bien y no fe, aunque la fe a menudo puede tener su objetivo o meta en el futuro, como dice Hebreos 11. Quizás por esta razón la palabra elegida aquí es "consideraos". Esta es la especie de fe descriptiva en Marcos 11:24, aclarada en la Versión Moderna: "Todo cuando pidieréis en la oración, creed que lo recibisteis ya, y lo tendréis". La declaración aquí es ésta: que si crees que ya has recibido tus peticiones (esto es, por supuesto, en Cristo) entonces las tendrás. Creer que puedes recibir algo, o que recibirás algo, no es la fe en el sentido en que aquí se menciona. La fe es esto: creer que ya lo recibiste. En este sentido, sólo lo que se relaciona con el pasado es fe. Los que dicen Dios puede, Dios debe, o Dios lo hará, no necesariamente creen. La fe siempre dice: Dios lo ha hecho.

¿Cuándo, pues, tengo fe en cuanto a mi crucifixión? No cuando digo que Dios puede, o tiene que crucificarme, sino cuando con gozo digo: Alabado sea Dios, en Cristo *estoy crucificado*.

En Romanos 3 vemos al Señor llevando nuestros pecados y muriendo como nuestro sustituto a fin de que nosotros fuéramos perdonados. En Romanos 6 nos vemos a nosotros mismos encerrados en la muerte por la cual Él logró nuestra liberación. Cuando se nos reveló el primer hecho, creímos en Él para nuestra justificación. Dios nos manda aceptar el segundo hecho para nuestra liberación. De modo que, para propósitos prácticos, palabra "consideraos" en la segunda sección de Romanos toma el lugar de la palabra "fe" de la primera sección. No hay mayor diferencia. La vida cristiana normal se vive progresivamente, tal como se iniciara: por fe en el hecho divino, en Cristo y en su cruz.

PERMANECIENDO EN EL

Aunque nos hemos ocupado ya largamente de este tema, queda aún algo que podría hacerlo más claro. Las Escrituras declaran que somos, de veras, muertos; pero en ninguna parte dicen que somos muertos *en nosotros*. En vano buscaremos la muerte adentro; allí es justamente donde no se la encuentra. Si somos muertos pues, no es en nosotros mismos, sino *en Cristo*. Fuimos crucificados con Él porque estábamos en Él.

Conocemos bien las palabras del Señor Jesús: "Permaneced en mí, y yo en vosotros..." (Jn. 15:4). Consideremos éstas por un momento. Primero, nos recuerdan una vez más que no tenemos que luchar para entrar en Cristo. No nos dicen de entrar, por cuanto ya estamos adentro; nos exhortan a permanecer donde hemos sido colocados. Fue Dios-mismo quien nos colocó en Cristo, y nosotros tenemos que permanecer en Él.

Aún más. Este versículo declara un principio divino: que Dios ha hecho la obra en Cristo y no en nosotros como individuos. La muerte inclusiva y la resurrección inclusiva del Hijo de Dios fueron consumadas, en primer lugar, cabal y enteramente aparte de nosotros. Es la historia de *Cristo* la que llega a ser la experiencia del cristiano, y no tenemos experiencia espiritual aparte de Él. Las Escrituras nos dicen que fuimos crucificados "juntamente con Él", que fuimos vivificados, resucitados y sentados por Dios en los lugares celestiales "en Él", y que somos completos "en Él" (Ro. 6:6; Ef. 2:5, 6; Col. 2:10). No es simplemente algo que todavía tiene que efectuarse en nosotros (si bien implica eso), sino algo que ha sido efectuado ya, *en asociación con Él*.

En las Escrituras encontramos que no hay ninguna experiencia cristiana *como tal*. Lo que Dios ha hecho es incluirnos en Cristo. Al tratar con Cristo, Dios ha tratado con el cristiano; al tratar con la cabeza, ha tratado con todos los miembros. Es completamente erróneo pensar que podemos experimentar algo de la vida espiritual meramente en nosotros mismos, aparte de Cristo. Dios quiere que obtengamos algo exclusivamente personal en nuestra experiencia, y no está dispuesto a hacer nada de eso por nosotros. Toda la experiencia espiritual del cristiano *ya está cumplida en Cristo*; todo ha sido experimentado ya por Cristo. Lo que solemos llamar "nuestra" experiencia, es tan sólo nuestra participación en su historia y en *su* experiencia.

Sería extraño si un sarmiento de la vid intentara producir uvas rojizas, y otro intentara producir as verdosas, y un tercero uvas de color púrpura o; que cada sarmiento tratara de producir algo propio sin referencia a la vid. Es imposible e inconcebible. Los sarmientos están determinados por la vid. Sin embargo, algunos cristianos buscan experiencias para sí. Piensan en la crucifixión como una cosa, en la resurrección como otra, en la ascensión como una distinta, sin detenerse a pensar que todo es relativo a una persona. Luego, sólo en medida en que el Señor abre nuestros ojos para ver aquella persona, tendremos una verdadera experiencia. Toda verdadera experiencia espiritual significa que hemos descubierto algún hecho en Cristo y nos lo hemos apropiado; todo lo que no a recibido de Él en esta forma será una expensa que muy pronto se evaporará. "He descubierto esto en Cristo; entonces, alabado sea el Señor, es mío. Lo poseo, Señor, porque está en ti."

¡Cuán maravilloso es conocer los hechos de Cristo como el fundamento de nuestra experiencia!

Así, pues, el propósito de Dios al conducirnos por nuevas experiencias no es el de darnos algo que podremos llamar "nuestra" experiencia. Tampoco significa que Él efectuará algo dentro de *nosotros* de modo que estaremos capacitados para decir que morimos con Cristo en marzo pasado, o que fuimos levantados de los muertos el primero de enero, o que el miércoles pasado pedimos cierta experiencia y ahora la tenemos.

Algunos preguntarán ahora: ¿Y qué de las experiencias cumbre que tantos hemos vivido? Admitido, algunos en verdad han pasado crisis muy reales en sus vidas. Por ejemplo, Jorge Müller pudo decir, postrándose en tierra:

"Hubo un día en que Jorge Müller murió-" ¿Qué decir a esto? Bien, no dudo por un momento de la realidad de las experiencias espirituales por las cuales pasamos, ni de la importancia de las crisis a las cuales Dios nos lleva en nuestro andar con El; a decir verdad, he recalado ya la necesidad de ser bien definidos en cuanto a tales crisis en nuestra propia vida. Pero un hecho queda asentado: que Dios no da experiencias individuales a las personas; lo que éstas hacen es simplemente entrar en lo que Dios ha cumplido; es decir, reconocer dentro del tiempo cosas intemporales, eternas. La historia de Cristo se convierte así en nuestra experiencia y en nuestra historia espiritual; no tenemos historia separada de la suya. Toda la obra realizada a favor nuestro no está hecha en nosotros aquí, sino en Cristo. Aun la vida eterna no se nos da como a individuos: la vida está en el Hijo, y "el que tiene al Hijo tiene la vida". Dios lo ha hecho todo en su Hijo, y nos ha incluido en El; nosotros somos incorporados a Cristo.

Ahora bien, la importancia de todo esto estriba en que hay un valor práctico, muy real en la posición de fe que declara que Dios me ha puesto en Cristo y por tanto todo lo que es verdad de El lo es de mí. Permaneceré en El. Satanás siempre trata de alejarnos, de mantenernos alejados, de convencernos de que estamos alejados y, mediante tentaciones, fracasos, sufrimientos y pruebas, hacernos sentir intensamente que no estamos en Cristo. Nuestro primer pensamiento es que, si en efecto estuviéramos en Cristo, no estaríamos reducidos a ese estado y, por tanto, al juzgar por nuestros sentimientos del momento creemos que estamos alejados de El; entonces empezamos a rogar: "Señor, colócame en Cristo." ¡No! No es así. La amonestación de Dios es que "permanezcamos" en Cristo, y ésta es la vía de liberación. ¿Por qué es así? 'Pues porque esto abre el camino para que Dios (Obre en nuestras vidas, y para que cumpla lo que El está deseando hacer. Da lugar a la operación de su potencia superior —la potencia de la resurrección (Ro. 6:4, 9, 10) — de modo que los hechos de Cristo se van convirtiendo progresivamente en los hechos de nuestra experiencia cotidiana y, allí donde antes reinaba el pecado (Ro. 5:21), hacemos el feliz descubrimiento de que verdaderamente ya no servimos más al pecado (Ro. 6:6).

Al plantarnos con firmeza en lo que Cristo es, hallamos que todo lo que es verdad tocante a El llega a ser, en nuestra experiencia, cumplido en nosotros. Si por el contrario nos basamos en lo que nosotros mismos somos, descubrimos que todo lo que es propio de la vieja naturaleza permanece en toda su verdad en nosotros. Si en fe nos llegamos *allí* a Cristo, lo tenemos todo; si volvemos atrás *aquí*, a nosotros mismos, no encontramos nada. Muy a menudo, queriendo hallar la muerte del "yo", la buscamos donde no está. Porque la muerte del "yo" está en Cristo. Nos basta mirar dentro de nosotros para constatar que estamos muy vivos al pecado; pero, cuando miramos más allá al Señor, Dios logra que no sólo la muerte obre aquí en nosotros, sino que la "novedad de vida" sea nuestra también. Somos entonces "vivos para Dios" (Ro. 6:4, 11).

"Permaneced en mí y yo en vosotros" (véase Jn. 15:4). Es una frase doble, un mandato unido a una promesa. Es decir, en cuanto al proceder de Dios, hay un lado objetivo y otro subjetivo, y este segundo depende del primero; el "yo en vosotros" es el resultado de nuestra permanencia en El. Tenemos que cuidarnos de la excesiva ansiedad con respecto del lado subjetivo de las cosas, porque entraña el peligro de que nos quedemos mirándonos a nosotros mismos. Necesitamos plantarnos firmemente en el lado objetivo —"permaneced en mí"— y permitir que Dios se encargue del lado subjetivo. Y El se ha comprometido a hacerlo.

La luz eléctrica puede servirnos de ilustración. Tú estás, por ejemplo, en una habitación y está oscureciendo. Desearías encender la luz para poder leer. Sobre la mesa a tu lado hay una lámpara. ¿Qué haces entonces? ¿Lo contemplas atentamente para ver si se enciende la luz? ¿Intentas con un paño limpiar la lamparilla? Por supuesto que no, sino que te levantas y vas al otro lado de la habitación donde está el interruptor y la enciendes, diriges tu atención a la fuente de energía, y cuando hayas realizado la acción necesaria allí, la luz se hace aquí.

Así es nuestro andar con el Señor. Nuestra atención tiene que concentrarse en Cristo, "Permaneced en mí y yo en vosotros" es la orden divina. La fe en las verdades de Cristo las hace verdaderas en nuestra experiencia. Como se expresa el apóstol Pablo: "Por tanto, nosotros todos, mirando ... la gloria del Señor, somos transformados ... en la misma imagen..." (2 Co. 3:18). El mismo principio se aplica en cuanto al producir fruto: "... el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto..." (Jn. 15:5). No nos esforcemos en producir el fruto, ni concentremos nuestra atención en fruto producido. Nuestra tarea es mirar a Cristo cuando lo hacemos, El se compromete a cumplir su Palabra en nosotros.

¿Cómo permanecemos en Cristo? "De Dios sois vosotros en Cristo Jesús." Era obra que tocaba a Dios el colocarnos allí, y lo ha hecho. Ahora, *quédate* pues allí. No vuelvas a apoyarte en lo que eres en ti mismo. Jamás te contemples como si no estuvieras en Cristo. Mira a Cristo, y mírate a ti mismo El. *Permanece en El*. Descansa en el hecho de que Dios te ha colocado en su Hijo, y vive en la expectativa de que El completará su obra en ti. A El corresponde el hacer efectiva la promesa gloriosa de "el pecado no se enseñoreará de vosotros" (Ro. 6:14).

3 El Espíritu Santo

Entramos ahora a considerar algo que hace a la médula misma de toda nuestra experiencia, poder vivificador de la vida y el servicio eficaces. *Me refiero a la presencia personal y al ministerio del Espíritu Santo de Dios.*

Tomaré aquí también como punto de partida versículos de Romanos, uno de la primera sección y otro de la segunda. "... el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" y "... Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de El" (Ro. 5:5; 8:9).

Dios no da dones al azar ni los regala en forma arbitraria. Se conceden libremente a todos, pero sobre una base determinada. A la verdad, Dios nos ha bendecido "con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo" (véase Ef. 1:3); pero esas bendiciones, que son nuestras en Cristo, lo van a ser en la experiencia, debemos saber sobre qué base debemos nosotros apropiárnoslas.

Al considerar el don del Espíritu Santo es conveniente pensar en sus dos aspectos: como Espíritu derramado y como Espíritu morador; y nuestro propósito ahora es entender sobre qué base se hace nuestro este don de dos facetas del Espíritu Santo. Estoy seguro de que tenemos razón al distinguir entre la manifestación exterior interior de su operación, y que a medida que vamos en el estudio la distinción no será útil, demás, cuando las comparemos, llegamos a la conclusión de que la actividad interior del Espíritu Santo es la más preciosa. Al decir esto no queremos decir, en ningún momento, que su actividad exterior no lo sea también, porque Dios sólo da buenas dádivas a sus hijos.

Por desgracia, somos propensos a estimar livianamente nuestros privilegios, a causa de su grande abundancia. Los santos del Antiguo Testamento, no tan favorecidos como nosotros, podían apreciar mejor que nosotros el valor precioso de este don del Espíritu derramado. En aquellos días fue un don concedido sólo a unos pocos, especialmente a sacerdotes, jueces, reyes y profetas, mientras que hoy es la porción de cada hijo de Dios. ¡Pensad! Nosotros, que somos una nada, podemos tener en nosotros al mismo Espíritu que descansaba sobre Moisés, el amigo de Dios, sobre David, el rey amado, y sobre Elías, el poderoso profeta. Al recibir el don del Espíritu Santo derramado nos unimos a las huestes de los escogidos siervos de Dios de la dispensación del Antiguo Testamento. En el momento mismo en apreciamos el valor de este don de Dios y nos damos cuenta de nuestra profunda necesidad le él nos debemos preguntar inmediatamente: ¿Cómo puedo recibir el Espíritu Santo de este modo, para equiparme con dones espirituales y capacitarme para servir? ¿Sobre qué bases ha dado el Espíritu?

EL ESPÍRITU DERRAMADO

Leamos primeramente Hechos capítulo 2, versículos 32 al 36:

(32) A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. (33) Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. (34) Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi diestra, (35) hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. (36) Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios ha hecho Señor Cristo.

Por el momento dejemos de lado los versículos 34 y 35 para considerar juntos los versículos 32-36. Aquellos son una cita del Salmo 110, y real mente forman un paréntesis, así que entenderemos mejor la fuerza del argumento de Pedro si por ahora los olvidamos. En el versículo 32 Pedro declara que el Señor Jesús fue exaltado por la diestra de Dios. ¿Cuál fue el resultado? El recibió "del Padre la promesa del Espíritu Santo". ¿Y qué siguió a eso? Pentecostés: el resultado de su exaltación fue "esto que vosotros veis y oís".

¿Cuál era, pues la base sobre la cual el Espíritu fue dado en el principio al Señor Jesús para ser derramado sobre su pueblo? Era su exaltación hasta el cielo. Este pasaje aclara perfectamente que el Espíritu Santo se derramó porque Jesús fue exaltado.* El derramamiento del Espíritu no tiene ninguna relación con tus méritos, ni con los míos, sino únicamente con los méritos del Señor Jesús. La cuestión de lo que *nosotros* somos no entra aquí en consideración alguna, sino solamente lo que El es. ha sido glorificado; por lo tanto, el Espíritu Santo derrama.

Es porque el Señor Jesús murió en la cruz que yo recibí el perdón de los pecados; es porque el Señor Jesús resucitó de los muertos que yo he recibido vida nueva; es porque el Señor Jesús ha sido exaltado a la diestra del Padre que yo he recibido el Espíritu derramado. Todo es por lo que El ha hecho; nada por lo que yo soy. La remisión de los pecados no se basa en los méritos humanos, sino en crucifixión del Señor; la regeneración no se basa en los méritos humanos, sino en la resurrección del Señor; y la investidura con el Espíritu Santo tampoco se basa en los méritos humanos, sino en la exaltación del Señor. El Espíritu Santo no sido derramado sobre ti y sobre mí para mostrar cuán grandes somos nosotros, sino a confirmar la grandeza del Hijo de Dios.

Ahora miremos el versículo 38. Hay una palabra aquí que demanda nuestra cuidadosa atención: la palabra "pues". ¿Cómo se emplea generalmente esta palabra? No para introducir una declaración para seguir alguna que ya ha sido hecha. Su uso implica que algo se ha mencionado previamente. Ahora bien, ¿qué ha precedido en este caso a la palabra "pues"? ¿Con qué se relaciona? Razonablemente no puede ser ni con el versículo 34 ni con el 35,

pero evidentemente se refiere al versículo 33. Pedro acaba de referirse al derramamiento del Espíritu Santo sobre los discípulos, "lo que veis y oís" y dice: "Sepa, *pues*, ciertísimamente toda la casa de Israel, que este Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo." Pedro dice en efecto a su auditorio: "Este derramamiento del Espíritu Santo, que habéis presenciado con vuestros propios ojos y que habéis oído comprueba que Jesús de Nazaret, a quien crucificasteis, es ahora Señor y Cristo." El Espíritu Santo fue derramado aquí para comprobar lo que había sucedido en el cielo: la exaltación de Jesús de Nazaret a la diestra de Dios. El propósito de pentecostés es confirmar el señorío de Cristo.

La Biblia relata de un joven llamado José, muy querido por su padre. Un día llegó al padre la noticia de la muerte de su hijo, y durante largos años Jacob lloró la pérdida de José. Pero José no estaba en la tumba; estaba en una posición de poder y gloria. Después de haber llorado durante años la muerte de ese hijo, le llegó de repente la noticia de que José estaba vivo y en alta posición en Egipto. Al principio Jacob no pudo creerlo. Era demasiado hermoso para ser verdad. Pero, por fin, le convencieron de que la historia de la exaltación de José era cierta. ¿Cómo llegó Jacob a creerlo? Salió y vio las carrozas que José había enviado desde Egipto.

Y bien, ¿qué representan aquí las carrozas? De seguro prefiguran el Espíritu Santo enviado para ser tanto la evidencia de que el Hijo de Dios está en la gloria como, el vehículo para llevarnos allá. ¿Cómo podemos saber que Jesús de Nazaret, crucificado por hombres malvados casi 2.000 años atrás, no murió simplemente la muerte de un mártir, sino que está a la diestra del Padre en la gloria? ¿Cómo podremos saber a ciencia cierta que El es Señor de señores y Rey de reyes? Lo podemos saber ciertísimamente porque El ha derramado su Espíritu sobre nosotros. ¡Aleluya, Jesús es el Señor; Jesús es el Cristo; Jesús de Nazaret es Señor y Cristo!

La base sobre el cual el Espíritu ha sido dado es pues la exaltación del Señor Jesús. ¿Es posible, entonces, que el Señor haya sido glorificado, y que tu no hayas recibido el Espíritu? ¿Cómo recibiste el perdón de los pecados? ¿Fue porque orabas con mucho fervor, o porque leías la Biblia de tapa a tapa, o porque asistías a la iglesia? ¿Se debió acaso a tus méritos? No, mil veces no. ¿En base a que fueron perdonados tus pecados? "... sin derramamiento de sangre no se hace remisión" (He. 9:22). La única base del perdón es el derramamiento de sangre; y, puesto que la sangre preciosa ha sido vertida, tus pecados han sido perdonados.

Ahora bien, el principio en base al cual recibimos la investidura del Espíritu Santo es exactamente el mismo sobre el cual recibimos el perdón de pecados. El Señor ha sido crucificado, por tanto nuestros pecados han sido perdonados; el Señor ha sido glorificado, por tanto el Espíritu Santo nos ha sido derramado. ¿Es posible que el Hijo de Dios, haya derramado su sangre y que tus pecados, querido hijo de Dios, no hayan sido perdonados? ¡Imposible! Luego, ¿es posible que el Hijo de Dios haya sido glorificado y que tú no hayas recibido al Espíritu Santo? ¡Imposible!

Volvamos al asunto de nuestra justificación. ¿Cómo fuiste justificado? No por haber hecho algo valedero, sino por aceptar que el Señor lo había hecho todo. La investidura con el Espíritu Santo se hará tuya exactamente del mismo modo que la justificación, no por hacer algo tú mismo sino porque depositas fe en lo que el Señor ha hecho ya. Si carecemos de esta experiencia pidamos a Dios una revelación del hecho eterno del bautismo del Espíritu Santo, como el don que el Señor exaltado ha dado a su iglesia. Una vez visto esto, el esfuerzo cesará, y la oración cederá lugar a la alabanza. Fue la revelación de lo que el Señor había hecho en favor del mundo lo que puso fin a nuestros esfuerzos por procurar el perdón de los pecados; y es la revelación de lo que el Señor ha hecho por su Iglesia, lo que pondrá fin a nuestros esfuerzos por asegurarnos el bautismo del Espíritu Santo. Luchamos a causa de no haber visto la obra del Señor Jesús. Pero una vez que esto suceda la fe nacerá en nuestros corazones y al creer, seguirá la experiencia.

Tiempo atrás cierto joven, convertido hacía cinco semanas y que anteriormente había sido muy contrario al evangelio, asistió a una serie de conferencias que yo estaba dando. Al fin de una de ellas en que yo había hablado como antecede, el joven volvió a su casa y empezó a orar con fervor "Señor, yo quiero el poder del Espíritu Santo. Ya que has sido glorificado, ¿no querrás derramar tu Espíritu sobre mí?" Luego se corrigió diciendo! "¡Oh! no Señor, estoy muy equivocado." Y comenzó a orar de nuevo: "Señor Jesús, estamos unidos para siempre. Tú y yo, y el Padre nos ha prometida dos cosas: gloria para Ti y el Espíritu para mí. Tú, Señor, has recibido la gloria, por tanto es imposible que yo no haya recibido el Espíritu. Señor, te alabo; Tú has recibido ya la gloria y yo he recibido el Espíritu." Desde ese día el poder del Espíritu estaba de modo consciente sobre él.

LA FE ES NUEVAMENTE LA CLAVE

Al igual que en el caso del perdón, la venida del Espíritu Santo sobre nosotros es meramente una cuestión de fe. Tan pronto como vemos al Señor sobre la cruz sabemos que nuestros pecados son perdonados; tan pronto como vemos al Señor sobre el trono sabemos que el Espíritu ha sido derramado sobre nosotros. La base sobre la cual recibimos la investidura del Espíritu no la constituyen ni nuestras oraciones, ni nuestros ayunos y vigias, sino la exaltación de Cristo. Los que dan importancia a las vigias y a las reuniones con ayuno sólo sirven para descaminarnos, por cuanto el don no es para unos pocos privilegiados sino para todos; porque no se concede atención a lo que somos sino a lo que es Cristo. El Espíritu ha sido derramado para probar la bondad y la grandeza de Cristo, no la nuestra. Cristo ha sido crucificado, y por lo tanto hemos sido perdonados; Cristo ha sido glorificado, y por lo tanto hemos sido investidos con poder de lo alto. Es todo por causa de El.

Suponte que un pecador exprese el deseo de salvar su alma, y que tú le expliques el camino de la salvación y ores con él. Suponte también que él ore así: "Señor Jesús, creo que has muerto por mí y que puedes borrar todos mis pecados. Creo firmemente que me perdonarás." Bien, ¿tienes la plena confianza de que aquel hombre es salvo? ¿En qué momento estarás seguro de que, de veras, ha nacido de nuevo? No cuando dice: "Señor, creo que perdonarás mis pecados", sino cuando ora diciendo "Señor, te alabo porque *has perdonado* mis pecados *has muerto* por mí, por tanto mis pecados *son* perdonados." Se está seguro de que una persona es salva cuando la oración se torna en alabanza, cuando esa persona deja de pedir al Señor que lo perdone, y le alaba porque ya le ha perdonado por causa de la sangre derramada del Cordero.

Del mismo modo, podrás orar y esperar durante años sin experimentar jamás el poder del Espíritu; pero cuando dejes de rogar al Señor que derrame su Espíritu sobre ti, y cuando con plena confianza lo alabes porque el Espíritu *ha sido* derramado *por* cuanto el Señor Jesús *ha sido* glorificado, tu problema estará resuelto. ¡Alabado sea Dios!, ningún hijo suyo necesita agonizar, ni siquiera espera para que el Espíritu sea dado. Jesús no *va a ser* hecho Señor en el futuro; ya es Señor. Por tanto *ni voy a recibir* el Espíritu; ya *lo he recibido*. Es en todos una cuestión de fe que viene por revelación. Cuando nuestros ojos se abren para ver que el Espíritu ha sido derramado, y, por cuanto Jesús ha sido glorificado, entonces en nuestro corazón la plegaria da lugar a la alabanza.

Todas las bendiciones espirituales se conceden sobre una base determinada. Los dones de Dios se ofrecen gratuitamente, pero se requiere de nosotros que cumplamos ciertas condiciones antes de poder recibirlos. Hay un pasaje en la Palabra de Dios que aclara bien las condiciones para recibir el Espíritu¹ derramado:

Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare (Hch. 2:38, 39).

Hay cuatro cosas que se mencionan en este pasaje: arrepentimiento, bautismo, perdón y Espíritu Santo. Las primeras dos son condiciones, otras, dones. ¿Cuáles son las condiciones a cumplir si deseamos recibir el perdón de los pecados? Según la Palabra son dos: el arrepentimiento bautismo.

La primera condición es el arrepentimiento, que quiere decir un cambio de criterio. Anteriormente, creía que el pecado era una cosa placentera, pero ahora he cambiado mi criterio con respecto a él. Antes creía que el mundo era un lugar atractivo, pero ahora lo conozco mejor; en el pasado consideraba negocio desgraciado el ser cristiano, pero ahora no pienso así. Alguna vez creí que ciertas cosas eran deleitosas, ahora las considero viles; antes desestimaba algunas cosas porque no tenían valor, ahora las estimo como las más preciosas. Esto es cambio de punto de vista; esto es arrepentimiento. Ninguna vida puede ser verdaderamente transformada sin tal cambio de punto de vista. La segunda condición es el bautismo con agua. El bautismo es una expresión de una fe interior. Cuando en mi corazón creo realmente que yo he muerto con Cristo, que he sido sepultado y resucitado con El, entonces pido ser bautizado. Así declaro públicamente lo que creo en mi corazón. El bautismo es la fe en acción.

Hay aquí, pues, establecidas por Dios, dos condiciones del perdón: el arrepentimiento y la fe públicamente expresada. ¿Te has arrepentido? ¿Has testificado públicamente de tu unión con tu Señor? Y luego, ¿has recibido la remisión de los pecados y el don del Espíritu Santo? Dices que ha recibido únicamente el primer don y no el segundo. Pero, amigo mío, Dios te ofreció *dos* cosas si cumplías las condiciones. ¿Por qué tomaste una sola? ¿Qué haces con respecto a la segunda?

Suponte que alguien va a una librería, elige un libro en dos tomos, que cuesten cien pesos y, habiéndolo pagado, sale del negocio dejando por descuido un tomo sobre el mostrador. Cuando llega a su casa y descubre el olvido, ¿qué crees que haría esa persona? Volvería en seguida al comercio para buscar el tomo olvidado, pero no se le ocurriría pagar algo más por él. Explicaría sencillamente al librero que ambos tomos han sido debidamente pagados y le pediría que tuviera a bien entregarle el tomo olvidado; y, sin otro pago, saldría contenta con el libro adquirido bajo su brazo. ¿No harías tú lo mismo?

Pero tú estás en las mismas circunstancias. Si has cumplido las condiciones te corresponden los dos regalos, no uno solo. Ya te has apropiado de uno: ¿por qué no venir por el otro ahora? Di al Señor: Señor, he cumplido con las condiciones para obtener la remisión de pecados y el don del Espíritu Santo, pero neciamente me he apropiado únicamente del primero. Ahora vengo a apropiarme del don del Espíritu Santo y te alabo porque me lo has dado ya.

LA DIVERSIDAD DE LAS EXPERIENCIAS

Pero preguntas: ¿Cómo sabré que la plenitud del Espíritu Santo ha venido sobre mí? No sabemos decirte *cómo* lo sabrás, pero sí que lo *sabrás*. Cuando el Espíritu Santo se derrama sobre el pueblo de Dios las experiencias pueden diferir mucho. Algunos reciben una nueva visión, otros llegan al conocimiento de una nueva libertad en ganar almas, unos proclaman la Palabra de Dios con poder, otros se llenan de gozo celestial o rebosan de alabanza. Alabemos al Señor por cada experiencia nueva relacionada con la exaltación de Cristo. Dios no trata con sus hijos siempre de la misma manera. Por tanto, no debemos, con nuestros prejuicios e ideas preconcebidas, demandar que su Espíritu obre de xana manera determinada, ni en nuestra propia vida ni en la de otros. Esto se

aplica tanto a los que requieren alguna manifestación particular como evidencia objetiva de que el Espíritu ha descendido sobre ellos, como a los que niegan del todo la necesidad de manifestación exterior alguna. Dejemos a Dios en libertad de obrar como Él quiera y para dar la evidencia que le plazca de la obra que hace. Él es el Señor, y no nos toca a nosotros dictarle leyes.

Regocijémonos de que Jesús está en el trono, y alabémosle porque, desde que Él ha sido glorificado, el Espíritu se ha derramado sobre todos nosotros.

EL ESPÍRITU QUE MORA

Pasemos ahora al segundo aspecto del don del Espíritu Santo, que, como veremos en el capítulo siguiente, es el tema especial de Romanos 8. Es lo que hemos llamado la morada del Espíritu. "... si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros..." (Ro. 8:9,11).

Tanto con la permanencia del Espíritu como con el Espíritu derramado, si es que hemos de conocer por experiencia lo que de hecho es nuestro, nuestra primera necesidad será la revelación divina. Cuando veamos a Cristo como el Señor objetivamente, —es decir, como exaltado al trono en el cielo— entonces experimentaremos el poder del Espíritu sobre nosotros. Cuando veamos a Cristo como Señor subjetivamente —es decir, como conductor eficaz dentro de nuestras vidas— entonces conoceremos el poder del Espíritu en nosotros.

Una revelación del Espíritu que mora fue el remedio que Pablo ofreció a los cristianos de Corinto para su falta de espiritualidad. Es importante observar que los cristianos de Corinto se habían preocupado con las señales visibles del derramamiento del Espíritu Santo, y daban más importancia al don de lenguas y a los milagros mientras que por otro lado sus vidas estaban llenas de contradicciones y eran un vituperio al nombre del Señor. Evidentemente habían recibido el Espíritu Santo y, no obstante, permanecían espiritualmente raquíticos. El remedio que Dios les ofreció para su estado es el remedio que El ofrece su Iglesia hoy frente al mismo mal.

Escribiendo a ellos, Pablo preguntaba: "*¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?*" (1 Co. 3:16). Para otros el apóstol pidió la iluminación del entendimiento *para que sepáis....*" (Ef. 1:18). Los cristianos de entonces necesitaban tener conocimiento de los hechos divinos, y la necesidad de los creyentes hoy día es la misma. Necesitamos que "se nos abran los ojos de nuestro entendimiento" para que sepamos que Dios mismo por el Espíritu Santo ha hecho su morada en nuestro corazón. Dios está presente en la persona del Espíritu, y Cristo a su vez también lo está. Así pues, si el Espíritu Santo se aposenta en nuestro corazón, tenemos también al Padre y al hijo morando allí. Esta no es una mera teoría o doctrina, sino una bendita realidad. Quizás nos hemos dado cuenta de que el Espíritu está de veras en nuestro corazón, pero ¿hemos reconocido igual que Él es una persona? ¿Hemos comprendido cabalmente que tener al Espíritu dentro de nosotros mismos es tener al Dios vivo?

Hay muchos cristianos para quienes el *Espíritu Santo* no es una realidad. Lo consideran una simple influencia: una influencia para bien, sin duda, pero nada más que una influencia. En su modo de *pensar* identifican la conciencia y el Espíritu como "algo" dentro de ellos que les reprende cuando se conducen mal y que procura enseñarles cómo llegar a ser mejores. El problema de los cristianos de Corinto no era que les faltaba el Espíritu, sino que no se daban cuenta de su presencia. No se habían dado cuenta de la grandeza de Aquel que había venido para hacer su morada en el corazón de ellos; por esto Pablo les escribía: "*¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?*" (1 Co. 3:16). Sí, ese era el remedio para su falta de espiritualidad: simplemente conocer quién era Aquel que moraba dentro de ellos.

EL TESORO EN EL VASO DE BARRO

¿Sabéis, amigos, que el Espíritu dentro de nosotros es Dios mismo? ¡Que nuestros ojos se abran para ver la grandeza del don de Dios! ¡Que podamos descubrir la vastedad de los recursos escondidos en nuestro propio corazón! Yo podría gritar de júbilo al pensar que el Espíritu que mora en mí no es una mera influencia sino una persona viva; ¡que es el mismísimo Dios! ¡El Dios infinito dentro de mi corazón! No sé cómo comunicarles la dicha de este descubrimiento, de que el Espíritu Santo que mora en mi corazón es una persona. Solo puedo repetir: es una persona. Oh amigos, me gustaría repetíroslo cien veces: ¡El Espíritu de Dios dentro de mí es una persona! Yo soy sólo un vaso de barro, pero dentro de este vaso de barro llevo un tesoro de valor inefable: el mismo Señor de gloria.

Todo el afán y la preocupación de los hijos de Dios cesarían si sus ojos se abrieran para ver la grandeza del tesoro escondido en su corazón. ¿Sabes tú que hay recursos suficientes dentro de tu corazón para enfrentar la demanda de toda circunstancia en que te podrías encontrar? ¿Sabes que hay poder suficiente allí para hacer temblar el universo? Permíteme decírtelo otra vez —y lo digo con la mayor reverencia— tú que has nacido de nuevo del Espíritu de Dios, ¡tú llevas a Dios en tu corazón!

Toda la liviandad de los hijos de Dios acabaría también si repararan en la grandeza del tesoro depositado en ellos. Si tienes poco dinero en el bolsillo, puedes andar contento por la calle, conversando libremente en el camino, sin cuidar especialmente tu manera de andar. Importa poco si pierdes tu dinero, porque hay poco en juego. Pero si llevas muchísimo dinero, muy distinta sería la situación y muy distinta toda tu manera de conducirte. Habría gran alegría en tu corazón, pero no caminarías descuidadamente; y, de vez en cuando, más

lentamente para poner la mano en el bolsillo, palpar de nuevo tu tesoro y proseguir tu marcha con gozosa seriedad.

En los días del Antiguo Testamento había centenares de carpas en el campamento de Israel, había una muy distinta de todas las demás. En carpas comunes, podía uno hacer lo que quería: comer, o ayunar, trabajar o descansar, estar gozoso o sobrio, ruidoso o silencioso. Pero aquella otra imponía reverencia y respeto. Uno podía entrar y salir de las demás carpas conversando en voz alta y riendo libremente, pero al acercarse a aquella carpa especial se caminaba con más seriedad, y al encontrarse frente a ella el israelita inclinaba la cabeza en solemne silencio. Nadie podía tocar aquella carpa impunemente. Si cualquier hombre o bestia se atrevía a tocarla, la muerte era su pena segura. ¿Qué ocurría con aquella carpa? *Era el templo del Dios vivo*. En cuanto a la carpa en sí no tenía nada de particular, pues exteriormente era de material común, pero el grande os la había elegido para hacerla su morada.

¿Te das cuenta ahora de lo que sucedió en tu conversión? Dios entró en tu corazón y lo hizo su templo. En los días antiguos, Dios moraba en un templo hecho de piedras; hoy El mora en un templo compuesto de creyentes vivos. Cuando de veras entendamos que Dios ha hecho de nuestros corazones su morada, ¡qué profunda reverencia inundará nuestras vidas! Toda liviandad, toda frivolidad, y aun todo deseo de agradarnos a nosotros mismos cesará al saber que nosotros somos el templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora dentro de nosotros. ¿Te has dado cuenta cabal de que, dondequiera que vayas llevas contigo Espíritu Santo de Dios? No llevas simplemente tu Biblia contigo, ni siquiera buenas enseñanzas acerca de Dios, sino a Dios mismo.

La razón porque muchos cristianos no experimentan el poder del Espíritu, aunque El more verdaderamente en su corazón, es la falta de reverencia. Y les falta la reverencia porque sus ojos no se han abierto al hecho de aquella presencia. Es un hecho real, pero no lo han visto. ¿Por qué algunos cristianos viven vidas victoriosas mientras que otros viven en constante derrota? La diferencia no se explica por la presencia o ausencia del Espíritu (porque El mora en el corazón de cada hijo de Dios) sino en esto: en que algunos se han dado cuenta de su presencia y otros no. La verdadera revelación de la presencia del Espíritu revolucionará la vida de cualquier cristiano.

EL SEÑORÍO ABSOLUTO DE CRISTO

¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo de Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo... (1 Co. 6:19, 20).

Estos versículos nos llevan un paso más adelante, porque una vez hecho el descubrimiento de que somos morada de Dios, debe seguir a ello la plena rendición de nuestro ser a Dios. Al ver que somos el templo de Dios nos daremos cuenta de inmediato de que no somos nuestros. La consagración seguirá a la revelación. La diferencia entre cristianos victoriosos y cristianos derrotados no radica en que algunos tienen al Espíritu y otros no, sino que algunos reconocen su presencia y otros no; y que por lo tanto algunos reconocen el Señorío divino de sus vidas mientras otros todavía son propios dueños.

La revelación es el primer paso hacia la santidad, la consagración el segundo. En nuestras vidas tiene que llegar el día, tan definido como el de nuestra conversión, cuando renunciemos a todo derecho a nosotros mismos y nos sometamos al señorío absoluto de Jesucristo. Puede haber algún problema práctico que Dios utilice para probar la realidad de nuestra consagración, pero de todos modos tiene que haber un día en que, sin reservas, rindamos a El: nuestro propio ser, nuestra familia, nuestros bienes, nuestro negocio y nuestro tiempo. Todo lo que somos y todo lo que tenemos se hace suyo para ser desde entonces guardado a su entera disposición. Desde ese día ya no somos nuestros propios dueños, sino mayordomos. Sólo cuando el Señorío de Jesucristo se establezca en nuestro corazón podrá el Espíritu operar con real eficacia en nosotros. Él no puede dirigir nuestra vida con éxito hasta que no le sea entregado el control sobre ella. Si no le damos absoluta autoridad en nuestras vidas el Espíritu Santo puede estar presente, pero no con poder. El poder del Espíritu queda estorbado.

¿Vives tú para el Señor o para ti mismo? Quizás sea una pregunta demasiado general, de modo que vamos a concretar: ¿Hay algo que Dios pide de ti, y que tú le rehúsas? ¿Hay algún punto de discusión entre tú y El? Sólo cuando toda controversia sea dirimida y se le dé pleno control al Espíritu Santo podrá El reproducir la vida de Cristo en el corazón del creyente.

Un amigo nuestro, ahora con el Señor y a quien llamaremos Pablo, abrigaba siempre la esperanza de que algún día lo llamarían "doctor". Desde su infancia soñaba con el día en que recibiría el título, y todo el mundo lo celebraría como "doctor Pablo".

Un día se convirtió al Señor, sintió luego el llamado al pastado y llegó a ponerse al frente una congregación numerosa. Ya por entonces era profesor, pero le faltaba el doctorado. Este hombre era un cristiano, pero no experimentaba la victoria del Espíritu Santo en su vida. Sentía íntimamente que no practicaba lo que predicaba a otros cuando exhortaba a los miembros de la iglesia a una vida consagrada. Clamaba al Señor que le concediera conocer el poder del Espíritu, pero sin respuesta alguna. Comenzó a ayunar y a pedir al Señor que le revelara qué era el estorbo en su vida espiritual y la respuesta no tardó y fue así: "Deseo que conozcas el poder de mi Espíritu,

pero tu corazón está fijo en algo que no es de mi agrado. Me has entregado todo menos una cosa, y esa cosa la estás reteniendo para ti: tu título de doctor."

Para Pablo era su vida. Había soñado con él durante muchos años, y ahora estaba a su alcance. Argumentó con el Señor de la siguiente manera: "¿Qué mal hay en ser doctor en filosofía? ¿No traería mayor gloria a tu nombre tener a un predicador que sea doctor?"

Pero la palabra del Señor era firme y no había argumentos ni componendas que valieran. Un sábado llegó la crisis. Mientras preparaba su sermón para el día siguiente, Pablo sintió que tenía que elegir entre el título de doctor y el poder del Espíritu en su vida. Esa noche, de rodillas, se entregó diciendo: "Señor, estoy dispuesto a quedarme siempre sin el título con tal de tener el poder del Espíritu Santo en mi vida."

Se puso de pie y escribió una carta a la mesa examinadora pidiendo que le disculparan por no rendir el examen el día lunes, y expuso sus razones. Quedó satisfecho y muy feliz, pero sin sentir ninguna experiencia extraordinaria. A la mañana siguiente contó a su congregación que, por primera vez en seis años, no tenía ningún sermón que predicar, y explicó cómo había ocurrido. El Señor bendijo su testimonio más abundantemente que todos sus bien preparados sermones, y desde entonces Dios se sirvió de él de una manera totalmente nueva. De aquel día en adelante conoció qué era la auténtica separación del mundo, no ya como cosa externa, sino como una profunda realidad interior, y en su experiencia diaria sintió la presencia y el poder del Espíritu.

Dios espera el ajuste de todas nuestras controversias pendientes con Él. Con Pablo, el problema estribaba en su amor al título, con nosotros puede ser otra cosa. Nuestra entrega absoluta al Señor se condiciona generalmente a alguna cosa en particular, y Dios va tras ella. Debe obtenerla porque Él debe tener nuestro todo. Me impresionó profundamente lo que un gran líder nacional escribió en su autobiografía: "No quiero nada para mí; lo quiero todo para mi patria." Si un hombre puede estar dispuesto a que su patria lo tenga todo, y él nada, ¿por qué no podemos nosotros decir a nuestro Dios: Señor, no quiero nada para mí; lo quiero todo para ti; quiero lo que *tú* quieras, y nada quiero fuera de tu voluntad? Sólo cuando tomamos el lugar del siervo puede Él tomar su lugar como Señor. No nos llama a dedicarnos a su causa; no pide que nos entreguemos a su voluntad. ¿Estar dispuesto a todo lo que Él disponga?

Otro amigo mío, como el amigo Pablo, tuvo controversia con el Señor. Antes de convertirse se había enamorado, y tan pronto se convirtió trató de ganar a su novia para el Señor; pero ella no quería saber nada de cosas espirituales. El Señor reveló a este hijo suyo que debía romper con su novia, pero él la quería entrañablemente, y esquivó el asunto. Siguió sirviendo al Señor y ganando almas para Él pero cada vez era más consciente de su necesidad de santificación; y esa necesidad le deparó días oscuros. Pedía al Señor la plenitud del Espíritu para poder llevar una vida santa, pero aparentemente el Señor ignoraba su clamor.

Una mañana tuvo que predicar y habló Salmo 73:25: "¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra." Al regresar asistió a una reunión de oración donde una hermana en la fe leyó el mismo versículo, sin saber que él acababa de predicar sobre él y agregó la pregunta: ¿Podemos decir, de veras: No hay nada sobre la tierra que deseo sino a ti? Había poder en esas palabras. Llegaron a su corazón, y tuvo que confesar que, sinceramente, no podía decir que él deseaba a nadie ni en el cielo ni en la tierra aparte de su Señor. En ese mismo instante se dio cuenta de que para él todo dependía de su disposición a renunciar a la joven que amaba.

Para algunos eso no habría significado tanto quizá, pero para él era todo. Así que empezó a seguir con el Señor: "Señor, iré al Tibet para trabajar por ti allí, con tal de que pueda casarme con ella." Pero a todas luces, el Señor daba más importancia a la relación de él con su novia que a su viaje al Tibet, y ningún razonamiento pudo hacer variar el énfasis del Señor sobre ese particular. La controversia duró varios meses, y cuando de nuevo el joven clamó por la plenitud del Espíritu el Señor volvió a señalarle el mismo punto. Pero un día el Señor triunfó, y ese joven le miró para decirle: "Señor, ahora puedo decir en verdad: ¿A quién tengo en los cielos sino a ti? y no hay nadie sobre la tierra que deseo fuera de ti." Y éste fue el comienzo una nueva vida para él.

Un pecador perdonado es muy distinto de un pecador común, y un cristiano consagrado es muy distinto de un cristiano común. Que el Señor nos conduzca a una posición definitiva en cuanto a su señorío. Si nos entregamos enteramente a Él y reclamamos el poder del Espíritu morador no necesitamos sentimientos especiales ni manifestaciones sobrenaturales, sino que podremos mirarle y alabarle porque algo ha sucedido. Podremos agradecerle con confianza que la gloria de Dios ha llenado ya su templo. "O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?" (1 Co. 6:9).

4 Dos leyes

Muchos han sentido que Romanos 7 es caso superfluo. Lo sería quizá si los Cristianos vieran en verdad que la cruz de Cristo ha desplazado a la vieja creación, y que por su resurrección ha sido introducida una creación enteramente nueva. Otros han pensado que este capítulo está mal colocado. Lo habrían puesto entre los capítulos 5 y 6. Después del capítulo 6 ¡todo es tan perfecto, tan recto!, y luego viene el derrumbe y clamor: "¡Oh miserable hombre de mí!" No se puede imaginar un contraste más chocante. Por eso algunos han opinado que Pablo se refiere aquí a experiencia antes de convertirse. Bien, hay que admitir que algo de lo que describe aquí no es la experiencia *cristiana*, sin embargo, muchos cristianos lo experimentan.

LA CARNE Y EL FRACASO DEL HOMBRE

Romanos 7 tiene una nueva lección que enseñarnos. Se trata del descubrimiento de que estoy "en la carne", que "soy camal" y que "en esto es, en mi carne, no mora el bien" (véase 7:5, 14, 18). Esto va más allá de la cuestión de pecado porque se relaciona también con la idea de agradar a Dios. Estamos tratando aquí, no con el pecado en sus distintas formas, sino con el hombre en *su* estado carnal. Esto incluye a aquello, pero nos lleva un paso más allá, porque nos lleva al descubrimiento de que en este terreno también somos completamente impotentes, y que "los que viven según la carne no pueden agradar a Dios (Ro 8:8) ¿Cómo se hace este descubrimiento? Con la ayuda de la ley.

Primeramente, tengamos bien en cuenta que la muerte con Cristo, descrita en Romanos 6, es del todo suficiente para cubrir toda nuestra necesidad. Pero la explicación de esa muerte, con todo lo que ella implica, es incompleta en el capítulo 6. Estamos aún en ignorancia de la verdad que se nos expone en el capítulo 7. Romanos 7 nos es dado explicar y hacer valedera la declaración de Romanos 6:14, que "el pecado no se enseñoreará de vosotros: pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.

Por naturaleza yo soy un hombre "vendido al pecado" (Ro. 7:14). El pecado tiene dominio sobre mí; pero, en cuanto me dejan solo, parezco ser hombre bastante bueno. Mi pecaminosidad sale a la luz cuando se me pide que *haga* algo.

Si tuvieras a un siervo muy torpe, con que se siente tranquilo sin hacer nada no te darás cuenta de su torpeza. Si no hace nada todo día será de poca utilidad, es cierto, pero por lo menos tampoco hará daño. Pero si le dices que no sea ocioso que se levante y haga algo, entonces van a comenzar las dificultades. Choca contra la silla al levantarse, tropieza luego con un banquillo, y más tarde hace añicos un plato valioso en cuanto toma en sus manos. Si no se le exige nada, su torpeza pasa desapercibida; pero en cuanto le pides que haga algo su falta de habilidad salta a la vista. Las exigencias estaban bien, pero el hombre era incapaz. Era tan torpe cuando estaba sentado que cuando trabajaba, pero fueron tus demandas las que hicieron patente su torpeza, torpeza que estaba él aun cuando no hacía nada.

Todos somos pecadores por naturaleza. Si Dios no nos pide nada aparentemente todo va bien, pero tan pronto Él nos demanda algo desencadena gran despliegue de nuestra pecaminosidad. La *ley hace manifiesta nuestra debilidad*. Mientras me permiten estar quieto parezco estar bien; pero apenas se me pida que haga algo, lo voy a echar a perder; si se me confía alguna otra cosa más, la echaré a perder también. Cuando se aplica una ley santa a un hombre pecador, entonces su pecaminosidad se manifiesta plenamente.

Cuanto más procuramos guardar la ley, tanto más se manifiesta nuestra debilidad, y entramos más profundamente en la experiencia de Romanos 7, hasta que se nos demuestra claramente que somos del todo impotentes. Dios lo sabía, pero nosotros no; y por eso Él tuvo que llevarnos por experiencias dolorosas a un reconocimiento del hecho. Necesitamos que se nos pruebe nuestra debilidad más allá de todo argumentó. Y a ese fin Dios nos dio la ley. Esta no nos fue dada en la expectativa de que la observáramos. Mediaba el pleno conocimiento de que la quebrantaríamos; y cuando la hemos violado de modo tan completo que estamos convencidos ya de nuestra necesidad, entonces la ley ha cumplido su propósito. Ha sido nuestro ayo para llevarnos Cristo, para que El cumpla la ley en nosotros (Gá. 3:24).

CRISTO NOS LIBRA DE LA LEY

Se nos muestra el camino de liberación de la ley en el símil de dos maridos y una esposa. La relación entre el pecado y el pecador es la de amo y esclavo; la relación entre la ley el pecador es la de marido y esposa.

Obsérvese primero que en el cuadro de Romanos 7:1-4, con el que Pablo ilustra nuestra liberación de la ley, hay una sola mujer mientras que hay dos maridos. La mujer está en una posición muy difícil, porque sólo puede ser la esposa de uno los dos, y por desgracia está casada con el menos deseable. No nos equivoquemos; el hombre con quien está casada es un hombre bueno; pero el problema está en que el marido y la mujer no congenian en absoluto. Es un hombre meticuloso en grado sumo; ella, por el contrario, es bastante fulgente. Con él todo es

preciso y determinado; con ella todo es vago y al azar. Él quiere que ~~todo~~ se arregle bien, mientras ella toma las cosas como vengan. ¿Cómo puede haber felicidad en un hogar así?

Además, ¡él es tan exigente! Siempre está pidiendo algo a su esposa. Sin embargo, uno no lo puede ver mal porque, como marido tiene derechos, y más siendo que todas sus demandas son perfectamente legítimas. No hay nada mal ni en él ni en sus demandas; el problema consiste en que no tiene la mujer adecuada para cumplirlas. Los dos no pueden andar juntos; sus naturalezas son del todo incompatibles. Así que la pobre mujer es muy atribulada. Es bien consciente de que a menudo comete errores, pero al vivir con semejante marido parece que *todo* cuanto haga está siempre mal. ¿Qué esperanzas hay para ella? Si estuviera desposada con el otro hombre todo marcharía bien. No es que le exija menos que su marido, también la ayuda mucho. Ella desearía casarse con él, pero su marido vive aún. ¿Qué puede hacer entonces? Está "sujeta por la ley al marido" y al menos que éste muera ella no puede legítimamente casarse con el otro.

Este cuadro no es mío sino del apóstol Pablo, primer marido es la ley; el segundo es Cristo; y eres la mujer. La ley requiere mucho, pero no ofrece ninguna ayuda para poder cumplir sus exigencias. El Señor Jesús requiere aún más (Mt. 5:21-48), lo que Él requiere de nosotros, El mismo procede a efectuarlo en nosotros. La ley hace demandas y nos deja sin ayuda alguna para cumplirlas; Cristo hace demandas pero El mismo las cumple en nosotros. No debe sorprendernos pues que la mujer desee librarse del primer marido para poder desposarse con aquel otro hombre. Pero su única esperanza de liberación reside en la muerte del primer marido, y éste se aferra tenazmente a la vida. Francamente no hay la menor perspectiva de que se vaya. "Hasta que pasen el cielo y la tierra, una jota ni un tilde pasará de la ley hasta que todo se haya cumplido" (Mt. 5:18).

La ley va a seguir por toda la eternidad. Si la ley nunca dejará de ser, ¿cómo entonces podré unirme algún día con Cristo? ¿Cómo puedo casarme en segundas nupcias si mi primer marido no quiere morir? Hay una única salida. Si él no quiere morir, yo puedo morir; y si yo muero, la relación matrimonial está disuelta. Y esa es justamente forma en que Dios nos libra de la ley. El punto más importante de notar en esta sección de Romanos 7 es la transición del versículo 3 al 4. Los versículos 1 al 3 demuestran que el marido debe morir, pero en el versículo 4 vemos que de hecho es la mujer la que muere. La ley no se va, pero yo sí, y mediante la muerte me libero de la ley. Es necesario que entendamos bien que la ley nunca pasará. La demandas justas de Dios permanecen para siempre, y si yo vivo, debo responder a dichas demandas; pero si muero, la ley ha perdido sus derechos sobre mí. NO ME puede perseguir más allá de la muerte.

En nuestra liberación de la ley opera exactamente el mismo principio que en nuestra liberación del pecado. Al morir yo, mi viejo amo, el pecado, sigue no obstante viviendo, pero su poder sobre su esclavo llega hasta la tumba y de allí no pasa, en vida me podía exigir mil y una cosas, pero una vez muerto, es en vano que me llame. Estoy libre para siempre de su tiranía. Así es también con respecto a la ley. Mientras la mujer vive está sujeta a su marido, pero con su muerte el lazo matrimonial está disuelto y ella está libre de la ley del marido". La ley puede seguir con sus demandas pero su poder para hacerlas valer ha terminado.

Ahora surge la pregunta vital: ¿Cómo voy a morir yo? Y aquí se ve justamente la riqueza de nuestro Señor: "Así también vosotros hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo..." (Ro. 7:4). Cuando Cristo murió su cuerpo fue quebrantado, y puesto que Dios me colocó en El, yo he sido quebrantado juntamente con El. Cuando Él fue crucificado, yo también fui crucificado con El.

Una ilustración del Antiguo Testamento puede aclarar este punto. El velo del testimonio separaba en el templo el lugar santo del lugar santísimo, sobre este velo había querubines bordados (E) 26:31; 2 Cr. 3:14); ¿Qué ocurrió con los querubines cuando el velo se rompió? Dios rasgó únicamente el velo, es verdad, pero los querubines estaban en el velo y eran una cosa con él, puesto que estaban bordados en él. Fue imposible rasgar el velo y preservarlos a ellos intactos. Cuando el velo se rompió, los querubines también se rompieron. Al igual delante de Dios, cuando el Señor Jesús murió, toda creación viviente murió juntamente con Él.

"Así también vosotros, hermanos míos", habéis muerto a la ley mediante el cuerpo "de Cristo." El marido de la mujer de nuestra anterior ilustración puede estar sano y robusto, pero, si ella muere, él podrá hacer las demandas que quiera, pero a ella no le afectará en lo mínimo. La muerte la ha librado de todas las exigencias del marido. Nosotros estuvimos en el Señor Jesús cuando Él murió, y esa su muerte inclusiva nos ha librado para siempre de la ley. Pero nuestro Señor no permaneció en la tumba, Él resucitó al tercer día; y, puesto que estamos todavía en El, hemos resucitado también nosotros. El cuerpo del Señor Jesús no sólo habla de su muerte sino de su resurrección*, porque su resurrección fue corporal. Así que "mediante el cuerpo de Cristo" no sólo somos muertos a la ley, sino vivos para Dios.

El propósito de Dios al unirnos a Cristo no fue solamente negativo, fue gloriosamente positivo para que seáis de otro" (Ro. 7:4). La muerte ha disuelto la anterior relación matrimonial, de modo que la mujer, desesperada por las constantes demandas de su primer marido que jamás levantó un dedo para ayudarla a cumplirlas, se ve libre ahora para desposarse con el otro hombre, que con cada demanda que hace la provee del poder para cumplirla.

Por otra parte, ¿cuál es el resultado de esta nueva unión? "Que llevemos fruto para Dios" (Ro. 7:4). Mediante el cuerpo de Cristo aquella mujer insensata pecaminosa ha muerto, pero siendo unida a Él en muerte está unida a El también en la resurrección, el poder de la vida de resurrección produce fruto para Dios. La vida resucitada del Señor Jesús en ella permite cumplir todas las demandas que la santidad de Dios le hace. La ley de Dios no está pues anulada; está perfectamente cumplida porque el Cristo resucitado ahora vive su vida en ella, y la vida de Cristo siempre agrada al Padre. ¿Qué ocurre cuando una mujer se casa? Lleva el nombre de su marido; y

comparte no sólo su nombre sino también sus bienes. Así es cuando nos unimos con Cristo. Cuando le pertenecemos a Él, todo lo suyo se hace nuestro; y con sus recursos infinitos a nuestra disposición bien podemos enfrentar todas sus demandas.

LA LEY DEL ESPÍRITU DE VIDA

Ahora, pues, ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha libertado de la ley del pecado y de la muerte (Ro. 8:1,2)

Es en este capítulo donde Pablo nos presenta detalladamente el lado positivo de la vida en el Espíritu. Pero, ¿qué había detrás de mi sentir de condenación? ¿No era la experiencia de derrota y parejo con eso mi impotencia para librarme de ella? Antes de ver yo que Cristo era mi vida, luché con constante conciencia de desventaja; la limitación seguía a cada paso y me sentía del todo impotente. Solía decir que yo no podía hacer nada. A pesar de todos mis esfuerzos, descubrí que no podía agradar a Dios (Ro. 8:8). Pero en Cristo, no se puede decir que no podemos. Ahora se dice: "Todo lo puedo Cristo que me fortalece" (Fil. 4:13).

¿Cómo puede el apóstol Pablo ser tan audaz? ¿Sobre qué base declara que ahora está libre de toda limitación y que puede hacerlo todo? He aquí su respuesta: "Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte" (Ro. 8:2). ¿Por qué no hay más condenación? Pues hay una razón para ello; hay algo concreto que lo explica. La razón es que hay una ley llamada "la ley del Espíritu de vida" que se ha mostrado más fuerte que la otra ley llamada "la ley del pecado y de la muerte". ¿Qué son estas leyes? ¿cómo operan? ¿cuál es la diferencia entre el pecado y la ley del pecado, entre la muerte y la ley de la muerte?

Primero hagamos la pregunta: ¿Qué es un ley? Bien, en términos estrictos, una ley es una generalización analizada hasta que se compruebe que no tiene excepciones. Podemos definirla más sencillamente como algo que ocurre vez tras vez, y siempre de la misma manera. Se puede ilustrar esto tanto por la ley estatutaria como por la ley natural. Por ejemplo, en algunos países, si se conduce un coche por la mano izquierda de la calle, la policía de tránsito detiene al conductor. ¿Por qué? porque está en contra de las ordenanzas del país. Si tú lo intentas también te detendrán a ti. ¿Por qué? Por la misma causa, porque hay contravención, y la ley no conoce excepciones. Podemos tomar otro ejemplo, Todos sabemos lo que es la ley de gravedad. Si dejo caer mi pañuelo en Buenos Aires, caerá al suelo. Es el efecto de la gravedad. Pero lo mismo sucederá si lo dejo caer en Nueva York o en Hong Kong. No importa en qué lugar de la tierra, esa gravedad obrará y siempre con los resultados. Siempre que prevalezcan las mismas condiciones se verán los mismos efectos. Hay pues una ley de gravedad.

Ahora bien, ¿cuál es la ley del pecado y de la muerte? Si alguien hace un comentario desfavorable sobre mí, en seguida brota en mí un resentimiento. Hasta aquí no hay ley, sino pecado. Mas cuando varias personas hacen comentarios desfavorables sobre mí, y me siento resentido con unos y con otros, entonces veo que hay una ley adentro una ley de pecado. Como la ley gravedad es algo constante, Siempre obra de la misma manera. Así también sucede con la ley de la muerte. La muerte hemos dicho, es la debilidad llevada a su límite. La debilidad dice: no puedo. Si al tratar de agradar a Dios en alguna forma en particular descubro que no puedo, y si tratando de agradecerle en otra forma descubro nuevamente que no puedo, entonces caigo en la cuenta de que hay una ley que está operando. No sólo está en mí el pecado, sino la ley del pecado: no sólo está en mí la muerte, no sólo está en mí la muerte, sino la ley de la muerte.

Además, la gravedad no sólo es ley porque es constante y no admite excepciones, sino porque contrario a la ley del tránsito es una ley "natural". No es resultado de discusiones y decisiones, sino del descubrimiento. La ley está allí, y el pañuelo cae "naturalmente" de por sí, sin ninguna ayuda mía; y la "ley" descubierta por el hombre en Romanos 7:23 es exactamente igual. Es una ley del pecado de la muerte, opuesta a lo que es bueno, y que tuerce la voluntad del hombre de hacer lo bueno. Peca "naturalmente" según la ley del pecado en sus miembros. Quiere ser diferente, pero esa ley en él es implacable, y ninguna voluntad humana puede resistirla. Esto me lleva a la siguiente interrogante: ¿Cómo puedo librarme de la ley del pecado y de la muerte? Yo necesito ser librado de la ley del pecado y de la muerte. ¿Cómo puedo librarme de la repetición constante del fracaso y de la debilidad. A fin de contestar esta pregunta prosigamos un poco más nuestras dos ilustraciones.

Una de nuestras grandes cargas impositivas en la China solía ser el impuesto *likin*, una ley de la que nadie podía escapar, que se originó en la dinastía Ch'in y regía hasta nuestros días. Era impuesto interior sobre el tránsito de mercadería. Aplicable en todo el país, había numerosos centros para su recaudación, con funcionarios que disfrutaban de muy amplios poderes. El resultado era que los impuestos sobre las mercaderías que pasaban por varias provincias, llegaban a ser muy pesados. Pero hace pocos años entró en vigor una segunda ley que dejó sin efecto la ley *likin*. ¡Imagínense el alivio que sintieron los que habían sufrido bajo la antigua ley! No era cuestión de pensar, esperar o rogar; la nueva ley estaba allí en toda vigencia y nos había librado de la antigua. Ya no era necesario pensar de antemano en lo que habría que decir si uno se encontraba con un funcionario de la ley *likin*.

Así, como con la ley del país, es también con la ley natural. ¿Cómo puede anularse la ley de la verdad? Con respecto al ejemplo de mi pañuelo esta ley obra claramente, llevándolo hacia abajo; pero sólo tengo que poner mi mano bajo el pañuelo para que no caiga. ¿Por qué? En cuanto a la ley, siempre está presente. Yo no hago nada

con la ley de gravedad; de hecho *nada puedo hacer* con la ley de gravedad. Entonces, ¿por qué ahora mi pañuelo no cae como antes? Porque hay un poder que no lo deja caer. La ley de gravedad está allí, pero hay una ley superior que opera para vencerla, es decir, ley de la vida. La gravedad puede hacer lo que quiere, pero el pañuelo no caerá, porque otra ley está operando contra la ley de gravedad para sostenerlo en alto. Todos alguna vez hemos visto el árbol que anteriormente era una pequeña semilla que cayó entre las piedras del pavimento y que luego creció hasta poder levantar grandes bloques de piedra por la fuerza de la vida immanente. Esto es lo que queremos significar al hablar del triunfo de una ley sobre otra.

De igual modo, Dios nos libra de una ley al introducir otra. La ley del pecado y de la muerte está allí todo el tiempo, pero Dios ha puesto otra ley en operación —la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús— y esta ley es lo bastante fuerte para librarnos de la ley del pecado y de la muerte. Es una ley de vida en Cristo Jesús, la vida de resurrección que en Él ha enfrentado la muerte en toda sus formas y ha triunfado sobre ella (Ef. 1:19, 20). El Señor Jesús mora en nuestros corazones en la persona del Espíritu Santo, y si le permitimos operar y nos encomendamos a El descubriremos que nos librará de la antigua ley. Sabremos lo que significa ser guardados, no por nuestro propio poder sino "por el poder de Dios" (1 P. 1:5).

LA MANIFESTACIÓN DE LA LEY DE LA VIDA

Procuremos hacerlo práctico. Mencionamos ya el asunto de nuestra voluntad en relación con las cosas de Dios. Hay aún cristianos veteranos que parecen darse cuenta de la gran importancia que tiene en sus vidas el poder de la voluntad. Este era parte del problema de Pablo, según Romanos 7. Su voluntad era buena, pero todas sus acciones lo desmentían y, pese a sus esfuerzos por agradar a Dios se sentía llevado a tinieblas cada vez más densas "Quiero hacer el bien" pero "soy camal, vendido al pecado." Ahí está la clave. Como un coche sin combustible, que es necesario empujar y que se detiene en cuanto lo dejan solo, muchos cristianos se esfuerzan, empujándose por un esfuerzo de la voluntad, y luego concluyen pensando que la vida cristiana es agotadora y amarga. Algunos hasta se esfuerzan para gritar "¡Aleluya!" porque otros lo hacen, mientras confiesen que para ellos no tiene significado alguno. Se esfuerzan por ser lo que no son, y esto es peor que intentar hacer que el agua corra cuesta arriba. Porque después de todo, a lo más que puede alcanzar la voluntad es a hallarse dispuesta (Mt. 26:41).

Si sostener la vida cristiana nos demanda tanto esfuerzo, quiere decir que realmente no somos lo que aparentamos ser. Nosotros no necesitamos gran esfuerzo para hablar nuestra lengua materna. De hecho, sólo tenemos que ejercer fuerza de voluntad para hacer cosas que *no nos son naturales*.

Alguien preguntará quizá por qué utilizan los hombres la fuerza de voluntad para tratar de agradar a Dios. Bien, pueden darse dos razones: que nunca han experimentado el nuevo nacimiento, y en cuyo caso no pueden valerse de la nueva vida; o que, aunque nacidos de nuevo y con la vida presente allí, no han aprendido a confiar en ella. Es esta falta de comprensión lo que lleva al continuo sucumbir y pecar, produciendo el dejar de creer en la posibilidad de una vida mejor.

Pero el hecho de que no hayamos creído plenamente no significa que la endeble vida que experimentamos esporádicamente es todo lo que Dios nos ha dado. Romanos 6:23 declara que la "dada de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro"; y en Romanos 8:2 leemos que "la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús" ha venido a socorrernos. Romanos 8:2 habla, no de una nueva dadiva, sino de la vida ya mencionada o en Romanos 6:23. En otras palabras, *es una nueva revelación de lo que ya tenemos*. Creo que no puedo exagerar recalcando esto. No se trata de algo más que recibimos de la mano de Dios, sino de una nueva revelación de lo que Él ya ha dado. Es un nuevo descubrimiento de una obra ya efectuada en Cristo, *puesto que las palabras "me ha librado" (Ro 8:2) Están en el tiempo perfecto*. Si de veras comprendo esto y confío en Él, no es necesario que Romanos 7 se repita en mí, ni la experiencia, ni la conducta, menos aún el despliegue tremendo de la fuerza de voluntad.

Si descansamos confiando en El y dejando de ejercer fuerza de voluntad no caeremos al suelo deshechos, sino que descubriremos que otra ley nos sostiene, la ley del espíritu de vida. Porque Dios nos ha dado no sólo la vida, sino una ley de la vida. Pues como la ley de gravedad es una ley natural no el resultado de legislación humana alguna, así es también la ley de la vida, una ley "natural", semejante en principio a la ley que dirige el latido del corazón o que controla los movimientos de los párpados. No hace falta que estemos siempre pensando en nuestros ojos o que decidamos cuántas veces hay que parpadear para mantenerlos limpios mucho menos aún depende de nuestra fuerza voluntad mantener la actividad del corazón. Si lo hiciéramos, probablemente sería más bien perjudicial. No, pues mientras tiene vida funciona espontáneamente. Nuestra voluntad sólo perturba la ley de la vida.

Por ejemplo, ¿no debemos leer la Biblia? Por supuesto que sí, de otro modo nuestra vida espiritual sufrirá. Pero no por eso debemos forzarnos a leer. Hay una nueva ley en nosotros que nos da apetito para leer la Biblia. Entonces media hora puede ser más provechosa que cinco horas de lectura forzada. Y es lo mismo con respecto al diezmo, la predicación y el testimonio.

Si nos abandonamos a la vida en el espíritu de la nueva ley seremos menos conscientes de la vieja vida. La vieja vida está siempre, pero ya no gobierna ni domina. Por esto dice el Señor en Mat 6:26-28: "Mirad las aves... considerad los lirios..." Si pudiéramos preguntar a los pájaros si tienen temor de la ley de la gravedad diría: "No

sabemos de qué ley se trata. Nosotros volamos porque esa es la ley de nuestra vida. Hay en las aves una vida que tiene el poder del vuelo, que los capacita a vencer espontánea y constantemente la ley de la gravedad. Esto no obstante, la gravedad existe. Si tú te levantas muy temprano una mañana de intenso frío, y ves a un gorrión que ha caído muerto en el patio cubierto de nieve, esto te servirá de recuerdo gráfico de la persistencia de dicha ley. Pero mientras las avechillas tengan vida, ellas vencen la ley, y la vida que tienen dentro de ellas es lo que las gobierna.

Dios se ha mostrado de veras bondadoso con nosotros. Nos ha dado esta nueva ley del Espíritu, y ahora para nosotros el volar ya no es cuestión que depende de un esfuerzo de nuestra voluntad, sino de la vida de El. ¿Has observado cuanto cuesta cambiar a un cristiano impaciente en un cristiano paciente? Exigirle la paciencia es suficiente para hacerle enfermar de depresión. Pero Dios jamás nos ha dicho que nos esforcemos en ser lo que no somos naturalmente. Sería intentar mediante nuestro afán, añadir algo a nuestra estatura espiritual. El afligirse puede hacer que un hombre disminuya, pero no puede en rigor de verdad, agregar nada a ella. "No os afanéis" son las palabras del Señor, "considerad los lirios cómo crecen". El dirige nuestra atención a la nueva ley de vida dentro de nosotros. Ojalá que tengamos mayor aprecio por la vida Cristo!

¡Qué descubrimiento más valioso! Nos puede hacer hombres completamente nuevos, porque opera en las cosas más pequeñas, tanto como en las mayores. Nos refrena, por ejemplo, cuando extendemos la mano para mirar un libro en una habitación ajena, recordándonos que, por no haber pedido permiso, no tenemos derecho de hacerlo. En mil detalles, el Espíritu puede mostrarnos cómo actuar, y así producir en nosotros una verdadera cultura.

Tómese, por ejemplo, el caso de la locuacidad ¿Eres tú una persona de muchas palabras? Cuando estás con la gente, ¿te dices quizá a ti mismo: soy cristiano, pero si voy a glorificar el nombre del Señor, *tengo que callarme*; así que hoy voy a cuidar mucho en refrenar mi lengua? Y, por una hora o dos, tienes éxito hasta que en un momento dado pierdes el control y antes de que lo adviertas ya te encuentras nuevamente en apuros por tu lengua tan voluble. Sí, tengamos la seguridad de que en este caso la voluntad es inútil. Pero, como cristianos, descubrimos una nueva ley en nosotros, la ley del Espíritu de vida, que trasciende a todo lo demás y que ya nos ha librado de la "ley" de nuestra locuacidad. Si al creer la Palabra del Señor nos entregamos a esa ley, ella nos indicará cuándo debemos dejar de hablar —y aun cuándo ni siquiera debemos empezar— y nos capacitará para dominamos. Sobre esta base, puedes ir a la casa de un amigo por dos o tres horas, o quedarte por dos o tres días, sin experimentar ninguna dificultad. A tu regreso darás gracias a Dios por su nueva ley de vida.

Esta vida espontánea es la vida cristiana verdadera. Se manifiesta en amor hacia los indeseables, hacia el hermano que, por razones naturales, no nos agrada y que de ningún modo podríamos amar. Esta vida espontánea obra en base a lo que el Señor ve como posible en dicho hermano. Podemos pedirle al Señor que ame a ese hermano a través de mí. Se manifiesta, también, en la realidad de la vida; en una verdadera autenticidad de carácter cristiano. Hay demasiada hipocresía en la vida de los cristianos, mucho teatro. Nada detrae tanto de la eficacia del testimonio cristiano como la pretensión de algo que realmente no es, porque a la larga los demás nos desenmascaran y descubren lo que somos. Sí, la pretensión cede a la realidad cuando confiamos en la ley de vida.

ANDEMOS CONFORME AL ESPÍRITU

Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Ro 8:3, 4).

El lector diligente de estos dos versículos se dará cuenta de que aquí se presentan dos cosas. Primero lo que el Señor Jesús ha hecho para nosotros y segundo, lo que el Espíritu hará en nosotros, la carne es "débil", y por consiguiente la justicia de la ley no puede cumplirse en nosotros "conforme a la carne". Recuerda que aquí no se trata de la salvación, sino de cómo agradecer a Dios.

Ahora bien, a causa de nuestra incapacidad Dios tomó dos medidas. En primer lugar intervino para tratar con la raíz de nuestro problema. Envío a su Hijo en la carne, quien murió por el pecado, y al hacerlo "condenó al pecado en la carne" es decir, llevó a muerte en forma representativa todo lo que perteneció a la vieja creación en nosotros, así le llamemos "nuestro viejo hombre", la "carne" o "yo" carnal. Dios hirió la raíz misma de nuestro problema al quitar la base fundamental de nuestra debilidad. Este fue el primer paso.

Pero aún había que cumplir en nosotros "la justicia de la ley". ¿Cómo podía esto hacerse? Era necesario, también, que Dios proveyera el Espíritu Santo para que morara en nosotros. Él ha sido enviado para atender al aspecto interior de este asunto, y se nos dice que Él puede hacerlo en cuanto "andemos conforme al Espíritu". En la China hemos aprendido que al conducir un alma a Cristo tenemos que aclararle bien lo que ha sucedido porque no sabemos cuándo esa persona podría recibir ayuda de algún cristiano. Siempre tratamos de explicar a un nuevo creyente que, una vez que ha pedido al Señor que le perdone sus pecados y una vez que Cristo ha entrado en su vida, su corazón ha llegado a ser la morada de una persona viva; *que el Espíritu Santo de Dios está ahora dentro de él*, para ayudarlo a entender las Escrituras, para que vea a Cristo allí, para dirigir sus oraciones, para gobernar su vida y para reproducir en él el carácter de su Señor.

A fines de un verano fui para tomar un descanso prolongado a un lugar de veraneo en las sierras, donde era difícil hallar alojamiento. Mientras estuve allí tuve que dormir en una casa y comer en otra; la segunda casa era la de un mecánico. Durante las primeras dos semanas de mi visita no dije nada del evangelio a él ni a su esposa, me limité a dar gracias a la hora de comer; y luego un día se me presentó la oportunidad de decirles algo del Señor

Jesús. Estaban dispuestos a venir a Cristo con fe sencilla en busca del perdón de sus pecados. Nacieron de nuevo; y un luz y gozo entraron en sus vidas, puesto que su conversión era genuina. Les expliqué bien lo que había pasado, y luego, cuando el tiempo se tornó frío, tuve que dejarles y regresar a casa.

Durante los meses fríos del invierno el hombre había tenido la costumbre de beber vino en las comidas, y a veces tomaba en exeso. El primer día después de mi partida, y con el retorno del frío, el vino volvió a aparecer sobre la mesa, y ese día tal como acababa de aprender, el esposo inclinó la cabeza para dar gracias por la cornada. Pero las palabras no brotaron. Después de varios intentos vanos el hombre se dirigió a su esposa preguntándole: "¿Qué pasa? ¿Por qué no podemos orar hoy? Busca la Biblia a ver qué dice tocante a bebidas alcohólicas."

Yo les había dejado un ejemplar de las Escrituras pero aunque la esposa sabía leer era ignorante de la Palabra, y dio vuelta a las páginas en vano buscando alguna luz sobre el tema. No sabía cómo usar el Libro de Dios, y era imposible consultarme porque yo estaba muy lejos y quizás pasarían varios meses antes de poder vernos. "Toma tu vino, dijo la mujer. Consultaremos al hermano Nee en la primera oportunidad." Pero así el hombre no sentía libertad para dar gracias al Señor por ese vino. Por fin dijo: "Retíralo"; y, cuando lo hubo sacado, pidieron juntos la bendición sobre la comida.

Cuando más tarde el hombre pudo llegar a Shangai me contó la historia. Al emplear expresión familiar en chino, dijo: "Hermano Nee, el Patrón que mora en mí no me permitió tomar esa bebida." "Muy bien, hermano —le dije. Siempre escuche al Patrón que mora en usted." Muchos sabemos que Cristo es nuestra vida. Creemos que el Espíritu de Dios está con nosotros como "Patrón y Señor, pero este hecho poco afecta nuestro comportamiento. La pregunta es: ¿Le conocemos como a una persona viva; le conocemos como el "Patrón que mora en nosotros"?

5 La cruz y el hombre natural

Mientras reconocemos que hay varias fases en la vida y experiencia del creyente, y aunque dichas fases no necesariamente suceden en un orden determinado y preciso podemos notar que se distinguen por ciertos pasos o características periódicas. ¿Cuáles son? Primero está la revelación. Como hemos visto, esto siempre precede a la fe y a la experiencia. Por su Palabra, Dios abre nuestros ojos para ver alguna verdad concerniente a su Hijo, y solo entonces, al tomar esa verdad por fe para nosotros mismos, llega a traducirse en experiencia en nuestra vida cotidiana. Así, pues, tenemos primero la revelación (objetiva) y luego la experiencia (subjetiva).

Notamos, además, que tal experiencia toma generalmente la doble forma de una crisis que nos conduce a un proceso continuo. Resulta de ayuda pensar en los términos de la "puerta angosta de la obra" de Juan Bunyan, por la cual el personaje llamado Cristiano entró en una "senda estrecha". Nuestro Señor Jesús habló de la tal puerta y de la senda que conduce a la vida (Mt. 7:14) y la experiencia lo confirma. Así que ahora tenemos:

1. La revelación (objetiva)
2. La experiencia (subjetiva)
 - a) Una puerta angosta (crisis)
 - b) Una senda estrecha (proceso);

Veamos ahora cómo esto nos ayudará a entender algunos tópicos que hemos venido considerando. Tomemos primero el caso de *nuestra justificación y el nuevo nacimiento*. Esto comienza con una contemplación del Señor Jesús en su obra expiatoria por nuestros pecados en la cruz; continúa con la crisis del arrepentimiento y la fe (la puerta angosta) por la cual somos "hechos cercanos" a Dios (Ef 2:13); todo lo cual nos permite un andar de constante comunión con Él (la senda estrecha), para lo cual la sangre preciosa es siempre la base de nuestro cotidiano acceso a Él (He. 10:19, 22). Si consideramos la *liberación del pecado* también aquí tenemos tres pasos: (1) la obra de revelación del Espíritu Santo el "saber" de Romanos 6:6; (2) la crisis de fe, el reconocimiento personal (Ro. 6:11) y (3) el proceso continuo de consagración, el "presentarnos a Dios" (Ro. 6:13) basado en un andar en novedad de vida. Consideremos seguidamente el *don del Espíritu Santo*. También comienza con una nueva visión del Señor Jesús como ensalzado al trono que produce la doble experiencia del Espíritu derramado y del Espíritu morando en lo interior. Otro paso más adelante, en el asunto de *agradar a Dios*, descubrimos nuevamente la necesidad de la iluminación espiritual, a fin de que veamos los valores de la cruz con respecto a la "carne", vale decir, toda la vida egoísta del hombre. Nuestro reconocimiento de este hecho nos lleva en seguida, por la fe, a otra "puerta angosta" (Ro. 7:25), la experiencia en la cual dejamos de lado nuestro propio obrar para aceptar por la fe la poderosa operación de la vida de Cristo para satisfacer en nosotros las demandas prácticas de Dios. Esto, a su vez, nos conduce a la "senda estrecha" de un andar diario en obediencia al Espíritu (Ro. 8:4).

El cuadro no se presenta igual en todos los casos, y debemos cuidarnos de no forzar ningún molde rígido tocante a la operación del Espíritu Santo, pero admitimos que cualquier experiencia nueva nos vendrá más o menos de esta manera. Habrá siempre primero una iluminación de nuestros ojos a algún nuevo aspecto de Cristo y su obra consumada; y luego, la fe abrirá la puerta de acceso a una senda, la de la experiencia continua, Recuerda, sin embargo, que hacemos esta división de la experiencia cristiana en varias fases, tales como la

justificación, el nuevo nacimiento, el don del Espíritu, la liberación, la santificación, etcétera, solo a modo de una guía para que lo entendamos mejor. Es decir, que estas etapas no necesariamente siguen unas a otras en un orden determinado. A decir verdad, de haber sentido una presentación cabal de Cristo y su cruz en el comienzo mismo, podríamos entrar en una abundante experiencia desde el primer día de nuestra vida cristiana, aunque la explicación total de ella siguiera después. ¡Ojalá toda predicación del evangelio fuera de tal índole!

Una cosa es cierta, y es que la revelación siempre precederá a la fe. Al contemplar lo que Dios *ha hecho* en Cristo, nuestra respuesta natural es: Gracias, Señor, y la fe surge espontáneamente, revelación será siempre obra del Espíritu Santo, quien nos ha sido provisto para ponerse a nuestro lado y, abriéndonos las Escrituras, guiarnos a toda verdad (Jn. 16:13). Cuenta tú con Él, porque Él está allí a tu lado para eso mismo; y cuando enfrentes con problemas tales como la falta entendimiento o la falta de fe, remite estas dificultades directamente al Señor rogando: "Señor abre mis ojos; Señor, aclárame esta nueva experiencia; Señor, ayuda mi incredulidad." El no te desamparará.

LA OBRA CUÁDRUPLE DE CRISTO EN SU CRUZ

Ahora podemos dar otro paso más y considerar cuánto abarca la cruz de nuestro Señor Jesucristo. A la luz de la experiencia cristiana y, con fines de análisis, nos puede ser de ayuda reconocer cuatro aspectos de la obra redentora de Dios. Al hacerlo, es esencial recordar que la cruz de Cristo es sola una obra divina y no muchas. Una sola vez, en Judá, hace 2.000 años, el Señor Jesús murió resucitó, y ahora está "exaltado por la diestra de Dios" (Hch. 2:33). La obra está consumada; no necesita repetirse y nada puede agregarse a ella.

Tocante a los cuatro aspectos de la cruz que mencionamos a continuación, tres han sido ya tratados con algún detalle. El cuarto lo consideramos en este capítulo, y el siguiente.

1. *La sangre de Cristo* para tratar con los pecados y la culpa.
2. *La cruz de Cristo* para tratar con el pecado, la carne y el hombre natural.
3. *La vida de Cristo* hecha factible para habitar, renovar y capacitar al hombre.
4. *La operación de la muerte* en el hombre natural a fin de que la vida, que ya mora en él, pueda mancarse progresivamente.

Los dos primeros aspectos son reparadores. Se relacionan con el desbaratamiento de la obra del diablo y del pecado del hombre. Los dos últimos no son reparadores, sino positivos; se refieren en forma directa a la obra de asegurar el propósito de Dios. Los dos primeros están relacionados con la recuperación de lo que Adán perdió en la caída; los dos últimos procuran hacernos alcanzar algo, y realizar en nosotros aquello que Adán nunca tuvo. Vemos pues que lo que el Señor Jesús hizo en su muerte y resurrección comprende por igual una obra que proveyó la redención del hombre y una obra que hizo posible el cumplimiento de los propósitos de Dios.

Nos hemos ocupado mucho, especialmente en el libro *La vida cristiana normal*, de los dos aspectos de la muerte de Cristo representados por la sangre, para los pecados y la culpa, y por la cruz, para el recado y la carne. Allí también hemos contéplalo en forma breve el tercer aspecto; y aquí, en nuestro último capítulo, en nuestra consideración de Cristo, como nuestra vida, hemos visto algo de sus resultados prácticos. Ahora pasamos al cuarto aspecto que llamaré "llevando la cruz".

Dios ha hecho provisión plena para nuestra redención en la cruz de Cristo. Pero no ha terminado allí. Hay más. En esa cruz Él ha asegurado asimismo, más allá de toda posibilidad de fracaso ese plan eterno del cual Pablo dice que estuvo "desde los siglos escondido en Dios quien creó todas las cosas". Un plan que ha proclamado ahora "para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor" (Ef. 3:10-11).

La obra de la cruz tiene dos consecuencias que afectan directamente el cumplimiento de dicho propósito en nosotros. Por un lado, ha resultado en la liberación de su vida para que se manifieste mediante el Espíritu que mora en nosotros. Por otro lado, ha posibilitado lo que llamamos el "llevar la cruz"; es decir, nuestra cooperación diaria en la aplicación de muerte; muerte por medio de la cual se nos abre el camino para la manifestación de la vida nueva en nosotros, llevando gradualmente al hombre natural a su debido lugar de sujeción al Espíritu Santo. Es evidente que se trata de los lados positivo y negativo de una misma cosa. También es evidente que ahora estamos considerando, en forma más particular, el progreso de aquel que vive para Dios. Hasta aquí, en estas reflexiones sobre la vida cristiana, hemos puesto mayor énfasis en la crisis inicial. Ahora trataremos más concretamente el andar del discípulo, teniendo a la vista especialmente su preparación como siervo de Dios. Es del tal que el Señor Jesús declaró: "Y el que no lleve su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14:27).

Llegamos así a la consideración del hombre natural y de esto de "llevar la cruz". Para entenderlo mejor, debemos volver al libro de Génesis para considerar lo que Dios buscó tener en el hombre en el principio, y cómo su propósito se frustró. De este modo comprenderemos los principios en virtud de los cuales podemos volver a vivir de acuerdo con aquel propósito.

LA VERDADERA NATURALEZA DE LA CAÍDA

Si todavía entendemos poco acerca del plan de Dios, sin duda daremos mucho valor a la palabra hombre". Diremos con el salmista: "¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria?..." La Biblia aclara bien que lo que Dios desea sobre todas las cosas es un hombre: un hombre según su propio corazón.

Así Dios creó un hombre. Por Génesis 2:7 (versión Reina-Valera antigua) sabemos que Adán fue creado en "*alma viviente*", con un *espíritu* dentro de sí para comunicarse con Dios, y con un *cuerpo* afuera para tener contacto con el mundo material (versículos tales como 1 Ts. 5:23 y He. 4:12 en el Nuevo Testamento confirman este carácter triple del ser humano). Con su espíritu, Adán estaba en contacto con el mundo espiritual de Dios; con su cuerpo, estaba en contacto con el mundo físico de las cosas materiales. Reunió en sí estas dos esferas de la obra creadora de Dios para ser una personalidad, un ser viviente en el mundo, con poder de movimiento y de *libre albedrío*. Visto así como un conjunto, el hombre resultó un ser autoconsciente y autoexpresivo: un "*alma viviente*".

Adán fue creado perfecto —vale decir, sin tacha, por ser creado por Dios— pero aún no había sido perfeccionado.* En cierto sentido necesitaba un toque final. Dios no había realizado aún todo lo que había pensado hacer con Adán. Había proyectado más, pero estaba todavía latente. Dios se movilizaba hacia el cumplimiento de su propósito al crear al hombre, propósito que iba más allá del hombre mismo, pues tenía por objeto asegurar para Dios todos sus derechos en el universo por la instrumentalidad del hombre. Pero, ¿cómo podía el hombre servir a este fin? Sólo mediante la cooperación que resultara de una viva comunión con Dios. Dios estaba buscando no meramente raza de una sola sangre sobre la tierra, sino una raza que tuviera además su vida divina residente en cada uno de sus miembros. Esa raza procedería finalmente al derrocamiento de Satanás, y llevaría a cabo todo lo que Dios se había propuesto. Todo esto era evidente en el acto de la creación del hombre.

Por otra parte, Adán fue creado neutral. Poseía un espíritu que le permitía tener comunión con Dios, pero, como hombre, no estaba todavía, por así decirlo, proyectado hacia un fin; tenía poder de selección y, si quería, podía ir por otro camino. La meta que Dios perseguía al crear al hombre es la de tener hijos; en otras palabras, El buscaba la expresión de su vida en seres humanos. El árbol de la vida en el huerto del Edén simbolizaba esa divina. Ese árbol producía un fruto que podía ser aceptado, recibido y asimilado. Si Adán, creado neutral, por su propia voluntad hubiera tomado ese camino y, escogiendo depender de Dios hubiera tomado del árbol de la vida (que representaba la misma vida de Dios), Dios habría tenido entonces esa vida en unión con los hombres; habría tenido hijos". Pero, si por el contrario, Adán tomaba del árbol conocimiento del bien y del mal, quedaba libre para desarrollarse por su propio camino independiente de Dios. Pero por cuanto esta elección implicaba complicidad con Satanás, Adán iba a poner fuera de su alcance la meta señalada por Dios.

LA CUESTIÓN FUNDAMENTAL: EL ALMA HUMANA

Nosotros sabemos el camino que Adán escogió. Colocado entre los dos árboles cedió a Satanás y tomó del fruto del árbol del conocimiento. Esto determinó el curso de su propio desarrollo. De allí adelante gozaba de un conocimiento: "conocieron" (Gn. 3:7). Pero —y aquí llegamos a la clave— el fruto del árbol del conocimiento hizo que su alma se desarrollara excesivamente. Quedaron afectadas las emociones, porque el fruto fue agradable a sus ojos, haciéndole codiciar; la mente, con sus facultades de razonamiento, también se desarrolló por demás pues se hizo sabio; y la voluntad por su parte se fortaleció de modo tal que, en el futuro, iba a poder decidir siempre por qué camino andar. Todo el fruto ministró a la plena expansión y desarrollo de su alma, de manera que el hombre no sólo fue un alma viviente sino que, de allí en adelante, *viviría por el alma*. No se trata simplemente de que el hombre tenga un alma, sino que desde aquel día en adelante, el alma, con sus poderes independientes de libre elección, usurpa el lugar del espíritu como poder propulsor del hombre.

Aquí debemos distinguir entre dos cosas, porque la diferencia es muy importante. Dios no se a que el hombre tenga alma como la que El dio a Adán; en verdad lo desea. Pero lo que Dios se ha propuesto es hacer alguna reversión. Hay algo en el hombre hoy que no se reduce simplemente al hecho de tener un alma, sino que constituye un vivir del alma. Fue así como Satanás produjo la caída. Sedujo al hombre a tomar un curso que desarrollaría su alma de tal modo que su vida derivaría de ella.

Sin embargo, debemos tener cuidado. Remediarlo no significa que vamos a eliminar todo el alma. No podemos hacer eso. Cuando la cruz obra verdaderamente en nosotros no nos volvemos inertes, insensibles, o abúlicos. No todavía poseemos el alma, y siempre que recibamos algo de Dios el alma será usada en relación a ello, como un instrumento, una facultad en verdadera sujeción a Él. Pero la pregunta es esta ¿Estamos guardándonos dentro de los límites establecidos por Dios, los linderos señalados en el huerto del Edén con respecto al alma, o hemos pasando dichos límites?

Lo que Dios está haciendo ahora es el trabajo de poda del labrador. En nuestras vidas hay un desarrollo desorbitado, un crecimiento inoportuno que hay que detener y curar. Dios tiene que podar. Hay pues dos cosas que debemos entender que por un lado Dios busca llevarnos a donde vivamos en virtud de la vida de su Hijo Jesucristo; y que por otro lado El hace una obra directa en nuestros corazones para deshacer aquella fuente natural que es resultado del fruto del conocimiento. Cada día estamos aprendiendo esas dos lecciones: un surgimiento de la vida de y un refrenamiento y sometimiento a la muerte de esta vida del alma. Estos dos

procesos continúan sin cesar, porque Dios está buscando en nosotros la vida plenamente desarrollada de su Hijo a fin de manifestarse a sí mismo; y con ese nos retrotrae, en cuanto a nuestra alma, al de partida de Adán. Así dice Pablo: "Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal (2Co. 4:11).

¿Qué quiere significar esto? Simplemente que yo no haré acción alguna sin depender de Dios. ¿Que encontraré suficiencia alguna en mí mismo. Que daré paso alguno simplemente porque tengo el poder de hacerlo. Aunque en verdad tengo este poder inherente en mí, no lo usaré; no confiaré en mí mismo, Al tomar el fruto, Adán se hizo dueño de un poder inherente para actuar, pero un poder que le arrojó directamente en los brazos de Satanás. Ese poder de actuar cesa cuando llegamos a conocer al Señor. Porque el Señor lo corta y descubrimos que ya no se puede actuar por iniciativa propia, que vivir por la vida de otro; hay que recibir todo de Él.

Creo que todos nos conocemos a nosotros mismos en cierta medida; pero pocas veces llegamos a temblar viendo lo que somos. Decimos de Dios, como una fórmula de cortesía: si el Señor no quiere, no puedo hacerlo. Sin embargo, en el fondo nuestro pensamiento subconsciente dice que podemos hacerlo perfectamente aunque Dios no nos pidiera ni nos capacitara para hacerlo. Muchas veces hemos sido llevados a actuar, a pensar, a decidir y a hacer las cosas aparte de Él. Muchos cristianos de hoy somos hombres con almas desarrolladas por demás. Hemos crecido demasiado en nosotros mismos. Nos hemos vuelto grandes en alma. En estas condiciones la vida del Hijo de Dios en nosotros está restringida, y apenas si tiene lugar para actuar.

LA ENERGÍA NATURAL EN LA OBRA DE DIOS

El poder, la energía del alma, está presente en todos. Los que han sido enseñados del Señor repudian ese principio como principio vital; rehúsan vivir por él; no le permiten dominar, ni le conceden constituirse en móvil principal en la obra de Dios. Por el contrario, los que no han sido enseñados de Dios confían en ese poder; lo utilizan y lo consideran el verdadero, el único poder.

Ilustremos claramente esto. Con harta frecuencia en el pasado, hemos razonado en la siguiente forma: he aquí una bellísima persona, dotada de cerebro claro, sano criterio y magníficas condiciones administrativas. En nuestro corazón solemos pensar: si ese hombre llegara a convertirse, ¡que ayuda sería para la iglesia! Si fuera del Señor, ¡cuánto podría significar para su causa! Pero, pensad un momento. ¿De dónde vinieron esos dones naturales? ¿De dónde esa capacidad admirable y ese sano criterio? Por de pronto, no del nuevo nacimiento, porque no ha renacido aún. Nosotros sabemos que todos hemos nacido de la carne, y que por tanto necesitamos un nuevo nacimiento. Pero el Señor Jesús tuvo algo que decir de esto en Juan 3:6 "Lo que es nacido de la carne, carne es...". Vale decir que todo lo que no procede del nuevo nacimiento, sino del nacimiento natural, es carne y solo traerá gloria al hombre, no a Dios. Esa declaración no es muy agradable pero es la verdad.

Hemos hablado del poder del alma o energía natural ¿Qué es esta energía natural? Es simplemente lo que *yo* puedo hacer, lo que *yo* soy en mí mismo, lo que *yo* he heredado de dones y recursos naturales. Cada uno de nosotros posee esa capacidad del alma, ese poder, y nuestra primera necesidad será reconocerla como tal.

Tómese por ejemplo la mente humana. Yo puedo tener, por naturaleza, una mente aguda, antes de mi conversión, la tenía como algo desarrollado desde mi nacimiento natural. Aquí radica el problema. Me convierto, nazco de nuevo, en mi espíritu se efectúa una obra profunda, una unión indispensable con el Padre de nuestros espíritus. De aquí en adelante existen en mí dos cosas: ahora gozo con Dios una unión, que se ha establecido en mi espíritu, pero al mismo tiempo arrastro conmigo aquello que procede del nacimiento natural. Y bien, ¿qué voy a hacer en cuanto a esto?

La tendencia natural es la siguiente: anteriormente solía emplear mi intelecto para estudiar historia, negocios, química, cuestiones sociales, cultura o poesía. Usaba mi mente capacitada para aprovechar mejor esos estudios. Pero ahora mi deseo ha cambiado, de modo que en adelante emplearé la misma mente pero en las cosas Dios. Yo he cambiado, por tanto, también temas de interés, *pero no ha cambiado mi método de obrar*. Aquí está el nudo de la cuestión. Sí, mis intereses han cambiado totalmente —¡alabado sea el Señor!— pero ahora utilizo el mismo poder para estudiar Corintios y Efesios como antes lo usaba para estudiar historia y geografía. Pero ese poder no es de Dios; y Dios no lo permitirá. El problema de muchos de nosotros está en que hemos cambiado el canal por donde nuestras energías se encauzan, pero no hemos cambiado la fuente de esas energías.

Encontrarás pues que hay muchas cosas que hemos trasladado al servicio de Dios. Considera el asunto de la elocuencia. Hay quienes han nacido oradores; pueden presentar un argumento en forma convincente. Luego se convierten, y sin preguntarnos cómo se encuentran con respecto a las cosas espirituales les entregamos la plataforma y los convertimos en predicadores. Los alentamos usar sus talentos naturales para la predicación y caemos otra vez en lo mismo, «en que hay un cambio de tema pero no un cambio de poder. Nos olvidamos de que, en lo que respecta a nuestra idoneidad de manejar las cosas de Dios no se trata de una cuestión de comparación con otros, sino del origen de donde emana esa capacidad. No se trata tanto de lo que estamos haciendo, sino de los poderes que estamos empleando para hacerlo. Solemos ocuparnos poco de la fuente de nuestra energía y demasiado del fin al que va dirigido, olvidando que para con Dios el fin nunca justifica los medios.

EL siguiente caso hipotético nos ayudará a probar la verdad de nuestro argumento. El señor A es muy buen orador, puede hablar con elocuencia y en forma convincente de cualquier tema, pero es mal administrador. El

señor B, por el contrario, es un orador deficiente, no puede expresarse con claridad sino que merodea alrededor de su tema y nunca se concreta; pero por otro lado es un administrador magnífico, muy competente en cualquier asunto de negocios. Ambos se convierten y ambos llegan a ser cristianos consagrados. Supongamos ahora que yo les pido al señor A y al B que hablen en una conferencia y ambos acceden.

Ahora bien, ¿qué sucederá? He pedido lo mismo a los dos, pero ¿cuál, les parece, orará más intensamente? Sin duda el señor B. ¿Por qué? Porque él no es un orador. Y en cuanto a elocuencia no tiene recursos propios en qué confiar. Orará diciendo: Señor, si no me das el poder para esto, no puedo hacerlo." Por supuesto el señor A orará también, pero quizá no con tanto fervor como el señor B, por cuanto tiene ciertos recursos naturales en los que confiar.

Supongamos ahora que en vez de pedirles que hablen, pido a ambos que se hagan cargo de los aspectos administrativos de la conferencia. ¿Qué sucederá? La posición será exactamente al revés. Ahora le tocará al señor A orar mucho porque sabe bien que no tiene capacidad organizadora. El señor B por supuesto orará, pero quizá sin la misma urgencia porque, aunque sabe que necesita del Señor, no es tan consciente de su necesidad en asuntos administrativos como el señor A.

¿Te das cuenta de la diferencia entre los naturales y los espirituales? Todo lo que podemos hacer sin oración, y sin una extrema dependencia de Dios, procede de esa fuente de la vida natural y es sospechoso. Hay que entender bien esto, no vamos a pensar ahora que sólo son idóneos para cierta tarea aquellos que carecen del don natural correspondiente. No. Pero la verdad es que, tenga o no el talento natural, necesitan experimentar el toque de muerte de la cruz a todo lo que procede de la naturaleza y reconocer su completa dependencia del Dios de la resurrección. Somos demasiado apresurados para envidiar al vecino que tiene algún don natural sobresaliente, sin darnos cuenta que aquello fácilmente podría ser un impedimento a lo que Dios procura manifestar en nosotros.

Poco después de mi conversión, salí a predicar en las aldeas. Había tenido una esmerada educación y conocía las Escrituras, de modo que me consideraba muy capaz para instruir a los aldeanos entre los cuales se contaba un buen número mujeres analfabetas. Pero después de varias visitas descubrí que, pese a su falta de letras, esas mujeres tenían un íntimo conocimiento del Señor Jesús. Y conocía el libro que ellas apenas podían leer; pero ellas conocían a Aquel de quien el libro hablaba. Y tenía mucho de lo carnal, natural; ellas tenían mucho del Espíritu. ¡Cuántos maestros hay que están enseñando a otros hoy día confiando principalmente en sus dones naturales!

Una vez me encontré con un joven hermano, joven en cuanto a edad pero que había aprendido mucho del Señor. El Señor lo había llevado a través de mucha tribulación para alcanzar ese conocimiento de Él. Conversando con él, le pregunté:

-Hermano, qué te ha enseñado el Señor en estos días?

-Solo una cosa: que sin El no puedo hacer nada.

-Pero, ¿de veras quieres decir que no puedes hacer nada?

-Bueno, no —respondió. Puedo hacer muchas cosas. De hecho, ese ha sido mi problema. Tú sabes que siempre he tenido mucha confianza en mí mismo. Sé que puedo hacer muchísimas cosas.

Entonces volví a preguntarle:

- ¿Qué quieres decir, pues, con que no puedes hacer nada aparte de Él?

-El Señor me ha mostrado que puedo hacer cualquier cosa, pero que Él ha dicho: "Sin Mí nada podéis hacer." Resulta, pues, que todo lo que he hecho y lo que puedo hacer sin El *jes nada!*

Hay que llegar a esa valoración. No es que no podamos hacer muchas cosas, porque podemos. Podemos hacer reuniones y construir iglesias; podemos ir a los confines de la tierra y fundar misiones; y podemos aparentar llevar fruto. Pero recordemos que la palabra del Señor es: "Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada" (Mt. 15:13). Dios es el único iniciador legítimo del universo (Gn. 1:1). Todo lo que *tú* planeas y pones en marcha tiene su origen en la carne y jamás alcanzará el reino del Espíritu, no importa con cuánto fervor pidas la bendición de Dios. Puede durar por años y puedes aun pensar en hacer ajustes y mejoras aquí y allá a fin de llevar las cosas a un plano mejor, pero no se puede. El origen determina el destino, y lo que era "de carne" en el principio jamás se hará espiritual a pesar de todo lo que hagamos por mejorarlo. Lo que es nacido de la carne, carne es" y jamás será otra cosa. A los ojos de Dios, cualquier cosa que hagamos con suficiencia en nosotros mismos, será "*nada*" y tenemos que aceptar su veredicto reconocerlo como lo que es: nada. "La carne nada aprovecha." Sólo lo que viene de arriba permanecerá.

No podemos comprender esto simplemente porque se nos ha enseñado. Dios mismo tiene que enseñarnos lo que quiere decir, señalándonos algo que El ve, y diciendo: esto procede de lo natural, esto tiene su origen en la vieja creación; no puede permanecer. Hasta que Él no lo haga así nosotros podemos aprobar mentalmente la teoría, pero el llegar a comprenderlo jamás. Podemos aun nuestro asentimiento y apreciar la enseñanza pero jamás nos aborreceremos de veras. Sin embargo, vendrá el día cuando Dios nos abrirá los ojos". Frente a un problema particular llegaremos a decir, como por revelación: es inmundo, es impuro. Señor, ahora lo veo.

La palabra "pureza" es una palabra bendita. Siempre la asocio con el Espíritu. La pureza significa algo totalmente del Espíritu. La impureza indica mezcla. Cuando Dios abre nuestros ojos para ver que la vida natural es algo que El jamás puede usar en su obra, entonces descubrimos que ya no nos solazamos como antes en la doctrina. Más bien nos aborrecemos por la impureza que existe en nosotros; pero, cuando llegamos a este punto,

Dios comienza su obra de liberación. Pronto vamos a considerar la provisión que Él ha hecho para esta liberación, pero primero debemos detenernos un poco más sobre este asunto de la revelación.

LA LUZ DIVINA Y EL CONOCIMIENTO

Es obvio que si uno no se propone servir al Señor con todo el corazón, no siente la necesidad de la iluminación. Sólo cuando uno ha sido alcanzado por Dios y quiere seguir adelante descubre cuán necesaria es la luz. Hay una necesidad fundamental de la luz para conocer la mente de Dios; para saber lo que es del espíritu y lo que es del alma, para saber lo que es divino y lo que es meramente humano; para discernir lo que es verdaderamente celestial y lo que es simplemente terrenal; para entender la diferencia entre las cosas que son espirituales y las que son carnales; para saber si Dios realmente nos está guiando o si estamos andando por nuestras propias mociones, sentidos o pareceres. Cuando llegamos a desear seguir al Señor más de cerca descubrimos que la luz es lo más necesario en la vida cristiana.

En mis conversaciones con hermanos más jóvenes hay una pregunta que surge muchas veces y es ésta: ¿Cómo puedo saber si estoy andando en el Espíritu? ¿Cómo puedo distinguir los impulsos que proceden del Espíritu Santo y los que vienen de mí mismo? Parece que todos somos iguales en esto; pero algunos han ido un paso más allá, tratan de mirar adentro, de diferenciar, de discriminar, de analizar, y al hacerlo se envuelven en mayor servidumbre. Esta es una situación realmente peligrosa para la vida cristiana, porque comprender lo interior jamás se logra en el árido camino de la introspección. Ese camino sólo conduce a la incertidumbre, a la vacilación y a la desesperación.

Por supuesto tenemos que conocernos a nosotros mismos. Tenemos que saber lo que pasa adentro. No queremos vivir en un paraíso ilusorio; equivocarnos rotundamente sin saberlo o tener una voluntad espartana, y sin embargo creer ingenuamente que estamos haciendo la voluntad de Dios. Pero ese conocimiento de lo que somos no lo obtenemos mirando adentro; analizando nuestros sentimientos, móviles y todo lo que pasa en nuestro corazón para luego dar nuestro fallo de que estamos andando en la carne o en el Espíritu.

Hay varios pasajes en los Salmos que ilustran este tema. El primero se encuentra en el Salmo 36:9: "... en tu luz veremos la luz". Creo que es uno de los mejores versículos del Antiguo Testamento. Hay dos luces allí: tenemos "tu luz" y luego, cuando nos hemos acercado a esa luz, "veremos la luz".

Ahora bien, estas dos luces son distintas. Podríamos decir que la primera es objetiva y la segunda subjetiva. La primera es la luz que pertenece a Dios, pero que se derrama sobre nosotros; la segunda es el conocimiento impartido por esa luz. "En tu luz veremos la luz", conoceremos algo, se nos aclarará algo, "veremos". Nuestro escrutar dentro de nosotros mismos para descubrir lo que hay en nuestros corazones jamás nos traerá a este punto de claridad. No; vemos sólo cuando hay luz que viene de Dios.

A mí me resulta muy sencillo todo esto que venimos diciendo. Si queremos asegurarnos de que tenemos la cara limpia, ¿qué hacemos? ¿La palpamos cuidadosamente con nuestras manos? No, por supuesto que no. Buscamos un espejo y vamos a la luz. En la luz todo se aclara. Ninguna visión viene jamás por sentimientos o por análisis. La visión viene únicamente por la luz de Dios, y una vez que se ha hecho luz no hace falta preguntar si algo está bien o mal: lo sabemos.

También en el Salmo 139:23, el escritor dice: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos." Te das cuenta, supongo, lo que quiere decir "examíname". No quiere decir que yo me examine a mí mismo. "Examíname" quiere decir que Dios me examine. Este es el camino de la iluminación: que Dios mismo venga a examinarme; no me toca a mí hacerlo. Claro que tampoco puedo seguir a ciegas, sin poner cuidado en mi verdadera condición. No, no se trata de eso. Se trata de que aunque mediante el autoexamen yo llegue a descubrir en mí mismo todo lo que necesita corregirse, jamás puedo penetrar más allá de lo superficial. El verdadero conocimiento de mí mismo viene, no cuando yo me analizo, sino cuando Dios me examina.

Pero dirás: ¿qué quiere decir, en la práctica, esto de venir a la luz? ¿Cómo se opera? ¿Cómo vemos luz en su luz? Nuevamente el salmista viene en nuestro auxilio. "La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples" (Sal. 9:130). Es de Dios el darnos entendimiento y especialmente en lo que respecta a nuestra verdadera naturaleza. Y es aquí donde opera la Palabra de Dios. En el Nuevo Testamento, el pasaje que lo expone con más claridad se encuentra en la epístola a los Hebreos:

Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta (He. 4:12,13).

Sí, es la Palabra de Dios, la penetrante Escritura de verdad que contesta nuestras preguntas. Es ella la que discierne nuestros móviles y que nos indica su verdadero origen, sea éste el alma o el espíritu.

Creo que podemos ahora pasar del lado doctrinal al lado práctico. Muchos, de ello estoy seguro, estamos viviendo honestamente delante de Dios. Hemos ido progresando, y sinceramente creemos que haya algo que esté mal en nuestras vidas. De repente, cierto día, se cumple en nosotros aquella palabra: "La exposición de tus palabras alumbra" (Sal. 119:130). Nos damos cuenta de que Dios ha utilizado a algún siervo para confrontarnos con su palabra viva, y esa Palabra ha llegado a nuestro corazón, o quizás nosotros mismos hemos estado orando a Dios, y ya sea por algún versículo conocido de memoria o por la lectura de la página sagrada, su Palabra nos ha

hablado con poder. Entonces vemos algo que nunca antes habíamos visto. Quedamos profundamente convencidos. Reconocemos en qué hemos estado equivocados y levantamos nuestros ojos para confesar: "Señor, lo veo ahora. Hay impureza aquí. Hay mezcla. ¡Cuan ciego fui! Pensar que durante tantos años seguía equivocado y no me daba cuenta!"

La luz entra y vemos la luz. La luz de Dios nos permite ver la luz en cuanto a nosotros mismos, y es regla inmutable que todo conocimiento de nosotros mismos nos viene en esta forma.

Puede que no sea siempre por medio de las Escrituras. Algunos de nosotros hemos conocido a santos que conocían de veras al Señor, y al orar o conversar con ellos, mediante la luz de Dios que ellos irradiaban, hemos percibido algo nunca visto. Yo conocía a una persona así, ya con el Señor, y siempre pienso en ella como una cristiana que brillaba. Apenas entraba en su habitación sentía al instante la presencia de Dios. En aquellos días yo era muy joven, llevaba dos años de convertido, y tenía muchos planes, muchos pensamientos hermosos, muchas ideas que quería que el Señor aprobara, miles de cosas que en mi opinión eran maravillosas si eran llevadas a cabo. Con todo este bagaje solía ir a ella a fin de persuadirla, a decirle que hacer en este o aquel asunto. Pero solía suceder que antes de que yo abriera mi boca ella decía unas pocas palabras en su habitual modo tranquilo, y ¡la luz amanecía! Aquello me cubría de vergüenza. Mi afán era tan de lo natural, tan "del hombre".

Entonces sucedió algo. Aprendí a decir: "Señor, mis ideas son únicamente de actividades humanas, pero, ¡aquí hay alguien que no las busca en absoluto!" Porque tenía un solo móvil, un solo deseo, y este estaba centrado en Dios. En la primera página de su Biblia se hallaban escritas estas palabras: Señor, no quiero nada para mí." Sí, ella vivía solamente para Dios, y cuando eso ocurre la persona se encuentra rodeada de luz, y esa luz ilumina a los demás. Este es el auténtico testificar.

La luz tiene una sola ley: brilla donde se le admite. Es la única condición. Podemos excluirnos de nosotros mismos, nada es peor que eso. Si damos a Dios franca entrada Él se revelará. Se torna difícil cuando tenemos áreas clausuras, lugares cerrados y trancados en nuestros corazones donde pensamos con soberbia que nosotros tenemos razón. Nuestra derrota no radica entonces en estar equivocados *sino en no saberlo*. Nosotros podemos advertir la fuerza natural en otros, pero ellos no la ven en sí mismos. ¡Necesitamos ser sinceros y humildes, y abrir nuestros corazones a Dios! Los que están *abiertos* a Dios pueden ver. Dios es luz y no podemos vivir en su luz y estar sin entendimiento. Digamos nuevamente con el salmista: "Envía tu luz y tu verdad; éstas guiarán..." (Sal. 43:3).

Damos gracias a Dios que hoy se llama la atención de los cristianos, más que antes, al pecado. En muchos lugares los ojos de los creyentes se han abierto para ver que la victoria sobre los pecados, uno por uno, es importante en la vida cristiana y, por consiguiente, muchos están andando más cerca del Señor buscando la liberación y la victoria. ¡Alabado sea el Señor por todo acercamiento a Él, cualquier movimiento de retorno a la verdadera santidad de Dios! Pero esto no basta. Hay algo que debe ser encarado, y es la misma vida del hombre; no solamente sus pecados. La personalidad del hombre, su fuerza natural, es la raíz del mal. Reducirlo todo al asunto de los pecados es quedar aún sin profundizar. La santidad, mientras pensamos sólo en los pecados, queda como algo externo, algo superficial, se llega aún a la raíz del mal.

Adán no hizo entrar el pecado al mundo mediante el asesinato. Esto vino más tarde. Dejó entrar el pecado cuando eligió desarrollarse de tal modo que pudiera seguir adelante sin Dios. Por tanto, cuando Dios obtenga una raza de hombres que sea para su gloria e instrumento para cumplir sus pósitos en el universo, ése será un pueblo cuya vida —su hálito mismo— dependerá de Él. El será "árbol de vida" para ellos.

Lo que siento cada vez más agudamente, como mi mayor necesidad y lo que creo, todos los hijos del Señor necesitamos de Dios, es una verdadera revelación de nosotros mismos. No quiero decir que tenemos que estar siempre examinándonos, preguntando: Y ahora ¿qué es esto, alma o espíritu? Por ese camino no vamos a ninguna parte, nos dejará en oscuridad. No, las Escrituras nos muestran cómo los santos fueron llevados al conocimiento de sí mismos. Fue siempre por la luz divina, y la luz es Dios mismo. Isaías, Ezequiel, Daniel, Pedro, Pablo, Juan, todos llegaron a un conocimiento propio porque el Señor se mostró a Sí mismo a ellos y ese rayo de luz trajo revelación y convicción (Is 6:5; Ez. 1:28; Dn. 10:8; Le. 22:61, 62; Hch. 9:3-5; p. 1:17).

Nunca podemos comprender cuan odioso es el pecado y nuestro yo, a menos que resplandezca sobre nosotros ese rayo de Dios. No hablo de una sensación sino de una revelación interior del Señor mismo por su Palabra. Hace por nosotros mucho más de lo que puede la doctrina sola.

Cristo es nuestra luz. El es la Palabra viva, y al leer las Escrituras, esa vida en El trae revelación. "La vida era la luz de los hombres" (Jn. 1:4). Tal iluminación no nos vendrá toda de una vez, sino gradualmente, y será cada vez más clara y penetrante hasta que nos veamos en la luz de Dios y perdamos toda confianza en nosotros mismos. Porque la luz es lo más puro en el mundo. Limpia y esteriliza. Mata lo que no debe estar presente. En su esplendor, la separación entre las coyunturas y los tuétanos se convierte para nosotros en realidad dejando de ser mera teoría. Conocemos entonces el temor al damos cuenta de la corrupción de nuestra naturaleza, lo aborrecible que somos, y la verdadera amenaza que nuestra alma y nuestra energía no disciplinadas representan a la obra de Dios. Como nunca antes, vemos cuánto hay nosotros que necesita del tratamiento drástico de Dios, si es que Él ha de utilizarnos, y llegamos a darnos cuenta de que, fuera de Él, como siervos de Dios, estamos anulados.

Sin embargo, es aquí donde la cruz, en todo su significado, viene nuevamente en nuestro auxilio y procuraremos ahora examinar un aspecto de su obra que trata con nuestro problema del alma humana. Pues solamente mediante una plena comprensión de la cruz llegaremos a ese punto de dependencia, como el Señor

mismo lo hizo voluntariamente cuando dijo: "No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre" (Jn. 5:30).

6 Llevando la cruz

En el capítulo anterior hemos mencionado varias veces el asunto del servicio al Señor. Al acercarnos ahora para ver lo que Dios ha provisto para enfrentar este problema creado por la vida natural del hombre, será provechoso allegarnos al tema considerando primero los principios que regulan todo servicio parecido. Dios ha establecido ciertos principios que gobiernan todo trabajo para El. Ninguno que desee servirle puede desviarse de ellos. La base de nuestra salvación, como bien sabemos, es el hecho de la muerte y resurrección del Señor. Así también definidas son las condiciones del servicio. Al igual que la muerte y resurrección del Señor son la base de nuestra aceptación delante de Dios, así también el principio de muerte y resurrección es la base de nuestra vida y servicio para El.

LA BASE DE TODO MINISTERIO VERDADERO

Nadie puede ser un verdadero siervo de Dios sin conocer el significado de la muerte y de la resurrección. El Señor Jesús mismo sirvió sobre esta base. Vemos en Mateo que, antes de comenzar su ministerio público, el Señor Jesús fue bautizado. No lo hizo porque tenía algún pecado o algo del cual necesitara limpiarse. No, sabemos bien el significado del bautismo: es la figura de la muerte y resurrección. El ministerio del Señor no empezó hasta que se puso sobre esta base. Fue después de bautizarse y tomar voluntariamente la base muerte y la resurrección que el Espíritu Santo vino sobre El. Luego ministraba.

¿Qué nos enseña esto? Nuestro Señor fue hombre sin pecado. Ninguno, excepto El, ha pisado la tierra sin conocer el pecado. Sin embargo, como hombre tuvo una personalidad aparte de la de su Padre. Bien, debemos andar con mucho cuidado al tratar de la persona de nuestro Señor; pero recordemos sus palabras: "No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Jn. 5:30). ¿Qué quiso decir con esto? No significa en manera alguna que el Señor no tuviera voluntad propia. Él tuvo una voluntad, como sus propias palabras lo indicaban. Como Hijo del hombre, Él tuvo una voluntad, no la hizo; vino para hacer la voluntad del Padre. Ahí está la clave. Eso que en Él está diferenciado del Padre es el alma humana que asumió "es en la condición de hombre". Siendo hombre perfecto, nuestro Señor tenía un alma y, por supuesto un cuerpo como tú y yo tenemos alma y cuerpo y le era perfectamente posible a El actuar *desde el alma*, es decir, partiendo de sí mismo, no de su Padre.

Inmediatamente después del bautismo del Señor y antes de iniciar Él su ministerio público, Satanás vino a tentarle. Le tentó con la satisfacción de sus necesidades indispensables, convertir piedras en panes. Le tentó para que lograra éxito inmediato en su ministerio apareciendo milagrosamente en el atrio del templo; para que tomara el dominio del mundo, que ya se le había destinado. Quizá estemos dispuestos a preguntar por qué el diablo le tentó para que hiciera cosas tan raras. Uno piensa que podría haberle tentado a pecar de un modo más eficaz. Pero no lo hizo; él sabía por qué. Sólo dijo: "*Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan*" (Mt. 4:3). ¿Qué quería decir? La sugerencia era la siguiente: si eres el Hijo de Dios, hay que hacer algo que lo pruebe. Aquí hay un desafío. Alguien seguramente pondrá en duda la veracidad de tu pretensión. ¿Por qué no enfrentas la cuestión en forma terminante al salir a probarla? Toda la sutil preocupación de Satanás era lograr que el Señor actuara por sí mismo —es decir, desde su alma— y por la posición que adoptó, el Señor Jesús repudió completamente tal actitud. En Adán, el hombre había actuado por sí mismo, aparte de Dios; esa había sido la tragedia en el huerto. Pero ahora, en una situación similar. El Hijo del Hombre toma otra posición. Más tarde la define como el principio básico de su vida, y me gusta la palabra usada en el griego: "El Hijo no puede hacer nada *que sale de sí mismo*" (Jn. 5:19). Esa negación total de la vida natural iba a regir todo el ministerio del Señor.

Así que podemos decir que toda la obra que hizo el Señor Jesús en la tierra, previa a su muerte misma en la cruz, se hizo en base a la ley de la muerte y de la resurrección, aunque como acontecimiento histórico el Calvario estaba todavía en el futuro. Todo lo que hizo lo hizo sobre esta base. Pero si eso es cierto —si el Hijo del Hombre tuvo que pasar por la muerte y resurrección (en figura y en principio) a fin de trabajar— ¿podremos nosotros hacer otra cosa? Por supuesto que no, ningún siervo del Señor puede servirle sin conocer él mismo la operación de este principio en su propia vida. Esto está fuera de cuestión.

El Señor dejó sentado este principio cuando se despidió de sus discípulos. Él había muerto resucitado, y les dijo que esperasen en Jerusalén para el derramamiento del Espíritu. Y bien, ¿Qué es ese poder del Espíritu Santo, ese "poder de lo alto" del cual hablaba? Es nada menos que la virtud de su muerte, resurrección y ascensión. Empleando otra figura, diremos que el Espíritu Santo es el vaso en el cual están depositados todos los valores de la muerte, resurrección y exaltación del Señor Jesús para que nosotros los recibamos. Él es quien "contiene" dichos valores y los hace llegar a los hombres. Por eso, el Espíritu no pudo ser enviado antes de que el Señor fuera glorificado. Sólo después de ese hecho podía El reposar sobre los hombres y mujeres para hacer que testificasen. Sin los valores de la muerte y de la resurrección de Cristo no hay testimonio posible.

Este se da también en el Antiguo Testamento. Me refiero a un pasaje conocido en el capítulo 17 de Números. Es la ocasión en que se discute el ministerio de Aarón. El pueblo de Dios duda de que Aarón sea de veras el escogido de Dios, y dicen: si este hombre es ordenado de Dios o no no lo sabemos. Dios, por lo tanto, se dispone a probar quien es su siervo y quién no lo es. ¿Cómo lo hace? varas muertas están colocadas delante del Señor en el santuario frente al arca del testimonio, y quedan allí toda la noche. Luego, por la mañana, el Señor indica quién es su ministro escogido haciendo que la vara que le pertenece florezca, brote y dé fruto, todos sabemos el significado de esto. La vara que brota habla de la resurrección. Es la muerte y la resurrección lo que caracteriza un ministerio venido de Dios. Sin esto no hay nada. El resurgimiento de la vara de Aarón probó que él estaba sobre una base verdadera. Dios sólo reconoce como ministros suyos a los que han pasado de la muerte a la resurrección.

Hemos visto que la muerte del Señor opera en distintos modos y tiene diferentes aspectos. Sabemos cómo su muerte ha obrado con respecto al perdón de nuestros pecados. Todos sabemos que nuestro perdón se basa en la sangre derramada, y que sin el derramamiento de sangre no hay remisión de pecados (véase He. 9:22). Luego hemos proseguido en nuestras consideraciones, y en Romanos 6 hemos visto cómo la muerte obra para enfrentar el poder del pecado. Hemos aprendido que nuestro viejo hombre ha sido crucificado a fin de que no sirvamos más al pecado, y hemos alabado al Señor porque también en esto su muerte ha obrado nuestra liberación. Más adelante surge el problema de la voluntad personal y se hace evidente la necesidad de la consagración; y descubrimos que la muerte obra para producir en nosotros disposición de abandonar nuestra propia voluntad y de obedecer al Señor. Esto, en efecto, constituye un punto de partida para nuestro ministerio, pero no llega aún a la raíz del problema. Puede ser que falte todavía conocer lo que significa el alma.

Un paso más y se nos presenta otro aspecto en Romanos 7, donde se plantea la cuestión de la santidad de vida, de una santidad viva y personal. Allí encontramos a un verdadero hombre de Dios que trata de agradarle en justicia, pero viene a estar bajo la ley y la ley lo saca a la luz. Trata de agradar a Dios mediante su propio poder carnal, y la cruz tiene que llevarle a la posición en que él debe confesar: "no puedo. No puedo satisfacer a Dios con *mis propios* poderes; sólo puedo confiar que lo haga el Espíritu Santo en mí." Creo que algunos de nosotros hemos pasado por experiencias profundas para aprender esto y para descubrir el valor de la muerte del Señor que obra en esta forma.

Pero notemos bien, todavía hay mucha diferencia entre "la carne", según se emplea esta expresión en Romanos 7 con relación a la santidad de vida, y la actividad de las energías naturales del alma en el servicio del Señor. A pesar de saber todo lo antedicho —y saberlo por experiencia— aún queda una esfera más donde debe aplicarse la muerte del Señor antes de que podamos servirle en forma eficaz. Con todas las experiencias referidas, no somos de confianza para su servicio hasta que se efectúe esta obra adicional en nosotros. Muchos siervos de Dios son usados por El —como decimos en la China— ¡para levantar tres metros de pared que luego deshacen ellos mismos derrumbando cuatro metros! En cierta medida somos utilizados por Dios, pero al tiempo destruimos nuestra obra y a veces también la de otros, porque algo en nosotros no está sometido al poder de la cruz.

Veremos ahora cómo el Señor empieza a tratar con el alma y luego, más particularmente, cómo todo esto afecta nuestro servicio para Él.

LA OPERACIÓN SUBJETIVA DE LA CRUZ

Debemos tener presente cuatro pasajes de los evangelios. Son Mateo 10:34-39, Marcos 8:23-35, Lucas 17:32-34 y Juan 12:24-26. Estos cuatro pasajes tienen algo en común. En cada uno de ellos el Señor mismo nos habla con respecto a la actividad natural del hombre, y en cada uno se menina un aspecto diferente o manifestación de la vida natural. En estos versículos El aclara que el alma del hombre, lo natural en oposición a lo espiritual, puede tratarse en una forma, y sólo en una, a saber llevando la cruz diariamente, siguiéndote a Él.

Como acabamos de ver, la vida natural, de que aquí se trata, implica algo más que aquello que tratamos en los pasajes que hablan del viejo hombre o la carne. Hemos procurado aclarar que en cuanto a nuestro viejo hombre Dios enfatiza lo que Él ha hecho *una vez para siempre* al crucificarnos con Cristo en la cruz. Hemos visto también que tres veces en la carta a los Gálatas se hace referencia a la obra "crucificadora" de la cruz como de algo ya cumplido; y en Romanos 6:6 tenemos la clara afirmación de que "nuestro viejo hombre fue crucificado", que tomando en cuenta el tiempo gramatical, puede leerse: nuestro viejo hombre ha sido crucificado de un todo y para siempre. Es algo consumado, aprehendido por la revelación divina y luego apropiado por la fe.

Pero hay otro aspecto de la cruz, que está implicado en la expresión "tome su cruz cada día" (véase Le. 9:23), y es lo que nos ocupará ahora. La cruz cargó conmigo; ahora me toca a mí llevarla y esto de llevar la cruz, es un proceso interior. Es esto lo que entendemos cuando hablamos de la "operación subjetiva de la cruz". Además es proceso diario, es un seguir paso a paso en pos de Él. Es esto lo que ahora se nos presenta con relación al alma. Notemos que el énfasis aquí no es justamente el mismo que en el caso del viejo hombre. No tenemos aquí la crucifixión del alma misma, en el sentido en que nuestros dones y facultades naturales, nuestra personalidad e individualidad tienen que ser eliminados. Si fuera así difícilmente se podría decir, como en Hebreos 10:39, que debemos tener "fe para preservación del alma" (cp. 1 H 1:9; Le. 21:19). No, no perdemos el alma en este sentido porque eso sería perder del todo nuestra existencia individual. El alma queda con sus dotes naturales, pero la

cruz obra sobre ella para llevar esas dotes naturales a la muerte —poniendo el sello de su muerte sobre ellos— para luego devolvérselas en resurrección.

Es en este sentido que Pablo, al escribir a los Filipenses, expresa el deseo "de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a Él en su muerte" (Fil. 3:10). La señal de la muerte está sobre el alma todo el tiempo para llevarla a la posición en que estará siempre subordinada al Espíritu y jamás actuará en forma independiente. Sólo la cruz obrando en esa forma, pudo hacer que un hombre dotado como Pablo, con los recursos naturales que se señalan en Filipenses capítulo 3, desconfiara de tal modo de su propia fuerza natural que podía escribir a los corintios:

Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1 Co. 2:2-5).

El alma es el asiento de los afectos, y ¡cuántas decisiones y acciones nuestras son influenciadas por ellos! En ningún sentido son, de propósito, pecaminosas; pero el hecho es que hay en nosotros algo que puede manifestarse en afecto natural hacia otra persona, y como consecuencia puede afectar para mal todo el curso de nuestra conducta. Así que, en el primero de los cuatro pasajes indicados el Señor nos tiene que decir:

El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí (Mt. 10:37, 38).

Observa que el seguir al Señor por el camino de la cruz se nos presenta aquí como lo *normal* del Señor, su único camino para nosotros. ¿Qué sigue de inmediato? "El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará" (Mt. 10:39). El peligro oculto está en la operación sutil de los afectos que nos desvían del sendero de Dios; y la clave del asunto es el alma. La cruz tiene que obrar en el alma. Por ejemplo, yo tengo que "perder" mi alma en el sentido en que el Señor utilizó esas palabras, y es lo que aquí estamos procurando explicar.

Algunos sabemos bien lo que quiere decir "perder el alma". Se trata de que no podemos ya cumplir su deseo; no podemos ceder a ella; no podemos regalarla; eso significa la pérdida del alma. Pasamos por un proceso doloroso para renunciar a lo que el alma busca. Tenemos que confesar que muchas veces no se trata de un pecado determinado que nos impide seguir al Señor" hasta el fin. El obstáculo puede ser algún amor secreto, algún afecto perfectamente natural que desvía nuestro curso. Sí, los afectos juegan un importante papel en nuestra vida, y la cruz tiene que entrar y operar allí.

Pasamos ahora a la cita en Marcos, capítulo 8. Creo que es un pasaje muy importante. Nuestro Señor acababa de enseñar a sus discípulos, en Cesárea de Filipo, que Él iba a padecer la muerte en manos de los ancianos de los judíos; y luego Pedro, en su gran amor hacia el Maestro, se le acercó para reprenderle, diciendo: "... Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca! (Mt 16:22). Por amor al Señor le rogó que se cuidara a sí mismo; y el Señor reprendió a Pedro como lo habría hecho a Satanás, por poner la mira en las cosas de los hombres y no en las de Dios. Después de esto a todos los presentes una vez más les fue dicha la palabra:

... Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese sí mismo y tome su cruz y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará (Mr. 8:34, 35).

Todo el problema en cuestión es nuevamente el alma, y aquí en particular el deseo del alma por su propia conservación. Hay aquella operación sutil del alma que dice: con tal de que siga viviendo, haría cualquier cosa, estaría dispuesto a todo; pues sobre todo tengo que vivir. Ahí está el alma casi gritando por auxilio: ¿ir a la cruz para ser crucificado? ¡Eso es demasiado! Ten compasión de ti: cuidate a ti mismo. ¿Quieres decir que obrarás en contra de ti mismo" para unirte a Dios? Algunos de nosotros sabemos muy bien que, para seguir con Dios, muchas veces es ineludible ir en contra de la voz del alma —la propia o la de otros— y permitir que la cruz entre para silenciar esa súplica por sobrevivir.

¿Tengo miedo de la voluntad de Dios? La querida hermana a quien ya he mencionado como la que ha tenido tanta influencia sobre el curso de mi vida, muchas veces me preguntaba: "¿Te gustaría la voluntad de Dios?" Es una pregunta tremenda. No preguntaba: "¿Haces la voluntad de Dios?", sino siempre: "¿Te gusta la voluntad de Dios?" Tal pregunta penetra más que cualquier otra. Recuerdo que una vez ella tenía una discusión con el Señor sobre cierto asunto. Sabía lo que el Señor quería, y en su corazón lo quería ella también, pero era difícil. Le oí orar de esta manera: "Señor, confieso que no me gusta, pero por favor, no cedas... Espera, Señor, un rato, —y cederé yo." No quería que el Señor cediera a ella, reduciendo sus demandas. No quería nada sino agradecerle a Él. Muchas veces tenemos que estar dispuestos a renunciar a cosas que creemos buenas y preciosas —sí, y puede ser aun las mismas cosas de Dios— para que se haga su voluntad. La preocupación de Pedro, si recordamos, era por su Señor y obedecía a un afecto natural por Él. Podríamos creer que Pedro tenía por su Señor un gran amor, tan grande que le permitía aun reprenderle. ¡Sólo un amor excepcional le llevaría a hacer esto! Sí, pero cuando todo

es del espíritu, sin esa mezcla del alma, no serás arrastrado al error de Pedro. Reconocerás la voluntad de Dios y encontrarás que ella sola es la que deleita el corazón. Ya no se derramará ni una lágrima en solidaridad con la carne. Sí, la cruz corta profundamente y vemos de nuevo cómo tiene que tratar inexorablemente con el alma.

El Señor Jesús trata nuevamente el asunto del alma en Lucas, capítulo 17, ahora en relación con su segunda venida. Hablando del "día en que el Hijo del Hombre se manifieste", presenta un paralelo entre ese día y "el día en que Lot salió de Sodoma" (véase Le. 17:29, 30). Un poco más tarde habla del "arrebataamiento" en las palabras dos veces repetidas: "El uno será tomado y el otro será dejado" (w. 34,35). Pero, entre su referencia al llamado de Lot a salir de Sodoma y esta alusión al arrebataamiento, el Señor emplea estas palabras notables: "En aquel día, el que esté en la azotea, y sus bienes en casa, no descienda a tomarlos; y el que en el campo, asimismo no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot" (w. 31,32). *¿Acordaos de la mujer de Lot! ¿Por qué? Porque "todo el que procure salvar su vida, la perderá, y todo el que la pierda, la salvará" (v. 33).*

Si no me equivoco, éste es el único pasaje en el Nuevo Testamento que habla de nuestra reacción al llamado del arrebataamiento, y sobre esta base se nos hace una advertencia muy urgente para que *estemos* listos (véase Mt. 24:42). Seguramente hay una razón para ello. Por de pronto, ese llamado no obrará en nosotros, sobre el último momento, ningún cambio que no tenga relación con nuestro previo andar con el Señor. No, en ese momento descubriremos el verdadero tesoro de nuestro corazón. Si es el Señor, entonces no habrá ninguna mirada hacia atrás. Una mirada hacia atrás lo decide todo. Es tan fácil ocuparnos más de las dadas de Dios que del Dador, y debo agregar, más de la *obra* de Dios que de Dios mismo.

Permítanme ilustrarlo. Actualmente estoy escribiendo un libro. He terminado ocho capítulos y me faltan otros nueve acerca de los cuales estoy muy ejercitado delante del Señor. Pero si viniera el llamado de "subir arriba", y mi reacción fuera: ¿y mi libro?, la respuesta bien podría ser: muy bien, quédate a terminar el libro. Aquella cosa preciosa que estamos haciendo aquí en la tierra puede ser suficiente para atarnos, una estaca que nos liga al mundo.

Todo se reduce a la cuestión de vivir por el alma o por el espíritu. Aquí en este pasaje en Lucas se describe la vida natural en su preocupación por las cosas terrenales, y notemos bien que no son cosas malas. El Señor sólo mencionó el casarse, sembrar, comer, vender; todas ellas actividades perfectamente legítimas en su lugar. Pero lo que nos puede atar es la forma de darle tanta importancia de modo que el corazón se va tras ellas. La liberación del peligro se produce mediante la pérdida del alma. Esto se ilustra hermosamente en la acción de Pedro cuando reconoció al resucitado Señor Jesús a la orilla del lago. Aunque junto con los demás, él había vuelto a su antigua ocupación. De repente no hubo más preocupación ni por el barco ni por la red tan llena de peces mediante el milagro. Al oír el grito de reconocimiento de parte de Juan: "¡Es el Señor!", leemos que Pedro "se echó al mar".

Allí vemos una verdadera separación. El problema principal siempre es el mismo: ¿dónde está mi corazón? La cruz tiene que obrar en nosotros una verdadera separación espiritual que nos libre de todo y de todos excepto del Señor mismo.

Pero aun aquí estamos tratando todavía solamente los aspectos exteriores de la actividad del alma. El alma que da rienda suelta a los afectos, el alma que se hace sentir y que trata de manejar las cosas, el alma que se preocupa de las cosas terrenales, éstas son todavía cosas relativamente pequeñas que no llegan a la verdadera raíz del asunto. Hay algo más profundo aún que trataré de explicar ahora,

LA CRUZ Y UNA VIDA FRUCTÍFERA

Leamos de nuevo Juan 12:24,25:

De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere lleva mucho fruto. El que ama su vida [griego "alma", como en los pasajes precitados], la perderá; el que aborrece su vida [alma] en este mundo, para vida eterna la guardará.

Aquí tenemos la operación interior de la cruz de que hemos hablado —la pérdida del alma— relacionada y comparada con ese aspecto de la muerte del Señor Jesús ejemplificado por el grano de trigo, es decir, su muerte con miras al aumento. El objetivo es la fertilidad. Hay grano de trigo que tiene vida en sí, pero que queda solo. Tiene poder para impartir su vida a otros, pero para hacerlo tiene que bajar a la muerte.

Sabemos el camino que el Señor tomó. Pasó por la muerte, y su vida surgió en muchas otras. El Hijo murió, y resurgió como el primero de "muchos hijos".* Renunció a su vida para que la recibiéramos nosotros. Es en comunión con este aspecto de su muerte que somos llamados a morir.

Aquí El aclara el valor de la conformidad a su muerte, para que, mediante la pérdida de nuestra propia vida natural (nuestra alma), podamos impartir vida, compartiendo después con otros la nueva vida de Dios que está en nosotros. Este es el secreto del ministerio, el camino de la verdadera fecundidad para con Dios. Como dice Pablo:

Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros y en vosotros la vida (2 Co. 4:11,12).

Estamos llegando a nuestro punto principal. Si hemos recibido a Cristo, tenemos la nueva vida en nosotros. Todos tenemos esta valiosa posesión, el tesoro en el vaso de barro. ¡Alabado sea el Señor por la realidad de su vida dentro de nosotros! Pero, ¿por qué hay tan poca expresión de esta vida? ¿Por qué quedamos solos? ¿Por qué no estamos rebosando e impartiendo vida a otros? ¿Por qué apenas se manifiesta esta vida aun en nuestras propias vidas? La razón es que el alma en nosotros envuelve, encierra esta vida (como la corteza envuelve el grano de trigo) impidiéndole que encuentre salida. Y ocurre entonces que estamos viviendo por el alma; estamos obrando y sirviendo en nuestras propias fuerzas naturales; no estamos recibiendo de Dios. Es el alma que impide la manifestación de la vida nueva. Hay que perderla para poder llevar fruto.

UNA NOCHE OSCURA, UNA MAÑANA DE RESURRECCIÓN

Así volvemos a la figura de la vara de almendro, que fue llevada al santuario por una noche — una noche oscura durante la cual no se vio nada — y que a la mañana brotó. Ahí están expuestas muerte y la resurrección, la vida entregada y la vida ganada, y allí se ve el ministerio aprobado. Pero, ¿cómo se efectúa en la práctica? ¿Cómo puedo reconocer que Dios está tratando consigo según estas normas?

Primero tenemos que aclarar una cosa: el alma con su fondo de energía y recursos naturales seguirá con nosotros hasta la muerte. Hasta entonces habrá una incesante necesidad diaria de la profunda operación de la cruz en nosotros, rechazando esa fuente natural. Durante toda la vida es ésta la condición del servicio, condición que expresa en las palabras: "... niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame" (Mr. 8:34). Nunca superamos esto. El que lo esquivo "no es digno de mí"; "no puede ser mi discípulo" (véase Mt 10:38 y Lc. 14:27). La muerte y la resurrección permanecen como mi principio constante en nuestra vida para operar la pérdida del alma y el surgimiento del Espíritu.

Sin embargo, aquí también puede haber una crisis que, una vez alcanzada y superada, transforme toda nuestra vida y servicio para Dios. Es una puerta angosta por la que entramos en una vida enteramente nueva. Esa crisis sobrevino en la vida de Jacob en Peniel. Era el "hombre natural" en Jacob que estaba procurando servir a Dios y alcanzar el propósito divino. Jacob sabía muy bien que Dios había dicho: "El mayor servirá al menor", pero trataba de lograr ese fin mediante su propia habilidad y recursos (véase Gn. 25:23). Dios tuvo que quebrar esa fuerza natural en Jacob, y lo hizo al tocar el tendón de su muslo. Jacob siguió andando, pero ahora cojeaba. Era otro Jacob, como lo destaca el cambio de su nombre. Tenía pies y podía caminar, pero su fuerza había quedado afectada y cojeaba a causa de una herida de la cual nunca más se recobró.

Dios tiene que llevarnos por una honda y oscura experiencia — no puedo decir cómo, pero Él lo hará — hasta que nuestra fuerza natural quede afectada y fundamentalmente debilitada para que dejemos de confiar en nosotros mismos. Él ha tenido que tratar a algunos de nosotros con mucho rigor, llevándonos por sendas difíciles y dolorosas a fin de reducirnos a esta condición. Llegado a eso ya no tenemos gusto en hacer obra cristiana, a decir verdad, casi tememos hacer cosas en el Nombre del Señor; pero es entonces cuando Él puede comenzar a usarnos.

Yo puedo decir que durante un año entero después de mi conversión, me había asaltado la codicia de predicar. Me resultaba imposible callarme. Era como si algo dentro de mí me impulsaba desmedidamente, y tenía que seguir predicando. Predicar se había convertido para mí en la vida misma. Sí, puede ocurrir que el Señor en su misericordia nos permita seguir así por largo tiempo — y aun con cierta medida de bendición — hasta que un día Dios toca la fuerza natural que nos impulsaba y, desde ese día en adelante predicamos no porque nos gusta a nosotros, sino porque el Señor lo quiere. Antes de esa experiencia, tú y yo predicábamos por la satisfacción que recibíamos al servir al Señor de esa manera; y sin embargo, ocurría que el Señor a veces no podía conseguir que hiciéramos algo de lo que *El* deseaba. Vivíamos por la vida natural y esa vida varía bastante, es esclava de nuestro temperamento.

Cuando son las emociones las que nos impulsan en el camino del Señor, vamos a toda carrera; pero cuando las emociones nos dirigen en otra dirección somos lerdos para movernos, aun cuando se trata del deber. No somos dóciles en las manos del Señor. El, por lo tanto, tiene que debilitar esa fuerte tendencia a querer esto o aquello, y debilitarnos hasta que estemos dispuestos a hacer las cosas que Él quiere y no simplemente por placer nuestro. Puede ser que nos guste o no, pero lo haremos lo mismo. No es que se lo hace porque obtiene cierta satisfacción en predicar o en hacer la obra para Dios. No, entonces ya lo haremos sencillamente porque es la voluntad de Dios, y no importará si sentimos o no gozo al hacerlo. El genuino gozo que proviene de hacer su voluntad es algo mucho más profundo que las variables emociones.

Dios nos lleva a la posición en que sólo necesitará expresar un deseo para que respondamos al instante. Tal es el espíritu del siervo (véase el Sal. 40:7,8), pero ese espíritu no es nuestro naturalmente. Solo viene cuando el alma, el asiento de nuestra energía, voluntad y afectos naturales, conoce la obra de la cruz. Sin embargo, ese espíritu de siervo es lo que El busca, y que obtendrá en todos nosotros. El medio para ello puede ser un penoso y prolongado proceso, o puede ser un solo golpe; pero Dios tiene su manera particular de obrar y nos conviene someternos a ella.

Todo verdadero siervo de Dios tiene que sentir alguna vez ese debilitamiento del cual nunca se puede recuperar; ya jamás puede ser el mismo. Hay que pasar por esa experiencia por la cual uno aprende a tener temor de sí mismo. Temerás hacer algo llevado por ti mismo, porque, como Jacob, tú sabes qué clase de trato divino tendrás que esperar, sabes que mal lo pasarás en tu corazón del Señor, si te mueves por el impulso de tu alma. Has aprendido algo de lo que es sentir sobre ti la mano disciplinadora del Dios amoroso que trata con nosotros como con hijos (véase He 12:7) El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de dicha relación, y también de la herencia y gloria que son nuestras "si es que padecemos juntamente con El" (Ro. 8:16,17) y nuestra respuesta al padre de los espíritus es: "¡Abba, Padre!"

Una vez que esto se afirme en nosotros, habremos llegado a experimentar lo que denomina "la vida de resurrección". La ley de la muerte puede haber operado una crisis en nuestra vida natural, pero cuando eso ocurra descubriremos que Dios nos deja experimentar la resurrección. Descubriremos que lo que perdimos nos es devuelto, pero ya no era como antes. La ley de la vida está obrando ahora algo que nos capacita y fortalece, algo que nos anima, dándonos vida. De aquí en adelante lo que se perdió será devuelto, pero disciplina, bajo control.

Deseo aclararlo bien. Si queremos ser espirituales, no nos hace falta la amputación de nuestras manos o pies; podemos conservar nuestro cuerpo. De la misma forma podemos quedarnos con nuestra alma, gozando de todas sus facultades; sin embargo, el alma ya no es el móvil de nuestra vida. Ya no vivimos por ella, ya no dependemos de ella, sino que la utilizamos. Cuando el cuerpo gobierna nuestra vida nos portamos como bestias. Cuando el alma gobierna nuestra vida, vivimos como rebeldes y fugitivos de Dios: dotados, cultos, y educados, sin duda, pero alejados de la vida de Dios. Pero cuando llegamos a vivir la vida en el Espíritu y por el Espíritu, aunque utilicemos nuestras facultades tanto las del alma como las físicas, *éstas son ahora siervos del Espíritu*; y cuando llegamos a este punto, el Señor puede usarnos eficazmente.

Pero para muchos la dificultad consiste en la noche oscura del alma. Una vez, el Señor en su misericordia me puso de lado por muchos meses y me encontré espiritualmente en una oscuridad absoluta. Fue como si me hubiera abandonado, como si no estuviera realizándose nada, y como si hubiera llegado al fin de todo. Luego, poco a poco, El me lo dio todo de nuevo. Siempre se presenta la tentación de ayudar a Dios por tomar las cosas en nuestras propias manos; pero, recuerda, hay que pasar toda la noche en el santuario, toda la noche en la oscuridad. No se lo puede apresurar; Dios sabe lo que hace.

Quisiéramos experimentar la muerte y la resurrección al mismo tiempo. No podemos soportar la idea de que Dios nos dejará de lado por tanto tiempo; no sabemos esperar. Yo no puedo decirte cuánto tiempo tardará, pero en general se puede decir que nos guardará allí por período bien definido. Aparentemente nada sucederá; todo lo que apreciaste se te irá de las manos. Por delante habrá un muro sin puerta alguna. Se te figurará que todos los demás son bendecidos y usados, y que sólo tú has sido pasado por alto y que estás perdiendo todo. Todo es tinieblas, pero es sólo por una noche. Tiene que ser toda una noche, pero nada más. Después verás que todo se te devuelve en una resurrección gloriosa; y nada puede medir diferencia entre lo de antes y lo de ahora.

Estaba yo cenando un día con un joven hermano a quien el Señor había estado hablando sobre este punto de nuestra energía natural. Me dijo: "¡Qué hermoso saber que el Señor nos ha encontrado y tocado en forma fundamental, y que hemos recibido ese toque debilitador!" Había un plato de galletas delante de nosotros sobre la mesa y recogí una, quebrándola en dos, como si fuera a comerla. Luego, juntando de nuevo los dos pedazos con cuidado, le dije: "Parece que está bien, ¿no es cierto? Pero nunca será lo mismo, ¿no es así? Una vez quebrada nuestra fuerza principal, en adelante cederemos al más leve toque de parte de Dios.

Así es. El Señor sabe lo que hace con los suyos y toda nuestra necesidad ha sido anticipada en la cruz para que la gloria del Hijo sea manifestada en los hijos. Creo que aquellos discípulos que han pasado por esta experiencia pueden repetir con verdad las palabras del apóstol Pablo, que afirmaba que servía a Dios en su espíritu en el evangelio de su Hijo (Ro. 1:9). Esos siervos han aprendido, como Pablo, el secreto de un ministerio así. "... en Espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne" (Fil. 3:3).

Pocos han tenido una vida más activa que la de Pablo. Afirmaba a los romanos que había predicado el evangelio desde Jerusalén hasta Ilírico (Ro 15:19) y que estaba dispuesto seguir a Roma (Ro 1:10) y luego, si fuera posible, a España (Ro. 15:24,28). Sin embargo, en todo este servicio, que abarcaba toda la región del Mediterráneo, su corazón estaba fijo en un solo propósito: ensalzar a Aquel que lo había hecho todo posible.

Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús en lo que a Dios se refiere, porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras (Ro. 15:17,18).

Esto es servicio espiritual. Que Dios nos haga a cada uno de nosotros, "un esclavo de Jesucristo tal como lo fue Pablo.

7 El propósito del evangelio

Para nuestro último capítulo tomaremos como punto de partida un incidente en los evangelios que ocurre bajo la misma sombra de la cruz, incidente que en detalles es a la vez histórico y profético.

Pero estando El en Betania, en casa de Simón el leproso, y sentado a la mesa, vino una mujer con un vaso de alabastro de perfume de nardo puro de mucho precio; y quebrando el vaso de alabastro, se lo derramó sobre su cabeza ... Pero Jesús dijo: ... De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella (Mr. 14:3,6,9).

Así el Señor dispuso que la historia de cómo María le había ungido con ese ungüento de gran precio acompañara a la historia del evangelio; que lo que María hizo debe estar siempre unido con lo que el Señor ha hecho. Esta es su propia declaración. ¿Qué quiere el Señor que desprendamos de esto?

Creo que todos sabemos bien el relato de la acción de María. Por los detalles que se nos dan en Juan 12, donde el hecho sigue casi inmediatamente a la restauración a la vida de su hermano Lázaro, entendemos que la familia no era muy pudiente. Las hermanas tenían que atender quehaceres de la casa porque se nos dice que esta fiesta "Marta también servía" (cp. Jn. 12:2 como Lc. 10:40).*

Sin duda tenían que cuidar cada centavo, embargo, una de las hermanas, María, teniendo entre sus tesoros un vaso de alabastro con ungüento de valor de trescientos denarios, lo gastó todo en el Señor. Los razonamientos humanos dijeron que era excesivo; que era darle al Señor más de lo debido. Por eso Judas tomó la iniciativa y demás discípulos lo apoyaron, para exteriorizar una queja contra el derroche que representaba aquel ungüento derramado.

DESPERDICIO

y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron; ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella (Mr. 14:4, 5).

Creo que estas palabras nos hacen reflexionar sobre lo que el Señor quisiera que consideráramos juntos, es decir, lo que significa la palabra "desperdicio". ¿Qué es desperdicio? El desperdicio significa, entre otras cosas, el dar más de lo necesario. Si basta un peso y das diez, hay desperdicio.

Si bastan veinte gramos y das un kilo, hay desperdicio. Si bastan tres días para terminar bien cierta tarea, y a ese trabajo dedicas cinco días o una semana, hay desperdicio. Desperdicio quiere decir que das a alguien demasiado por una cosa. Si alguien recibe más de lo que se cree sea su derecho, entonces hay desperdicio.

Pero recuerda, estamos tratando de algo que según el Señor tendrá que acompañar al evangelio dondequiera que vaya. ¿Por qué? Porque dispone que la predicación del evangelio produzca algo parecido a la acción de María en ese pasaje, es decir, que la gente venga al Señor a derrocharse sobre Él. Este es el resultado que Él busca. Hay que contemplar este asunto del derroche sobre el Señor desde dos puntos de vista: el de Judas (Jn. 12:4-6) y el de los demás discípulos (Mt. 16:8, 9); y para este nuestro propósito uniremos los dos relatos.

Los Doce, todos, creyeron que era un desperdicio. Para Judas, que nunca había llamado a Jesús "Señor", todo lo que se vertiera sobre Él era un desperdicio. No sólo el ungüento; aun tratándose de agua simplemente habría sido un desperdicio. Aquí Judas representa al mundo. En la valoración del mundo, el servicio del Señor y nuestra entrega a Él para tal servicio es puro desperdicio. Ellos nunca le han amado, nunca le han dado lugar en sus corazones, de modo que todo lo que se le da al Señor Jesús les parece desperdicio. Muchos dicen: "Tal hombre podría prosperar en el mundo si no fuera cristiano." Si un hombre tiene talento, o algún otro valor en los ojos del mundo, consideran vergüenza que sirva al Señor. Creen que tales personas son, de veras, demasiado buenas para el Señor. ¿Qué desperdicio de una vida útil!, Dicen:

Permítanme darle un ejemplo personal. En 1909 regresé de Shangai a mi pueblo natal de Foochong. Un día caminaba por la calle con un bastón, imposibilitado y quebrantado de salud, y me encontré con uno de mis antiguos profesores. Me llevó a un salón de té donde nos sentamos. Me miró de arriba a abajo, y luego me dijo: "Mire, amigo, durante sus días de estudiante le estimábamos mucho a usted y esperábamos que llegaría a hacer algo grande. ¿Me quiere decir que ha llegado a esto?" Mirándome con ojos penetrantes me hizo una pregunta tan personal. Debo confesar que al oírla podría haber estallado en lágrimas. Mi carrera, mi salud, todo se había esfumado, y aquí estaba mi antiguo profesor de derecho preguntándome "¿Todavía está en esta condición, sin ningún éxito, ningún progreso, nada que mostrar?"

Pero enseguida —y tengo que confesar que en toda mi vida era la primera vez— supe de verdad lo que era tener "el Espíritu de gloria" descansando sobre mí. El pensar en poder derramar mi vida por mi Señor inundó mi alma de gloria. Era nada menos que el Espíritu de gloria sobre mí. Pude elevar la mirada para decir sin reservas:

"Señor te alabo; esto es lo mejor que podría ser: ¡he escogido la mejor parte!" A mi profesor le parecía un desperdicio total servir al Señor; sin embargo, para esto está el evangelio: para llevarnos a un verdadero aprecio de lo que el Señor merece.

Judas sintió que era un derroche. Pensó que podrían haber usado mejor el dinero. Hay tantos pobres. ¿Por qué no darlo en limosnas para alguna obra social en bien de los pobres, ayudar a los menesterosos en alguna forma práctica? ¿Por qué desperdiciarlo a los pies de Jesús? (véase Jn. 12:4-6). El mundo siempre razona así: "¿No puedes encontrar uso mejor de tu vida? ¿No puedes mejorar tu suerte?" ¡Es demasiado pretender darte del todo al Señor!

Pero si el Señor es digno, ¿cómo puede hablarse de derroche? Él es digno de ser servido. Es digno que yo sea su cautivo. Es digno de que yo viva para El. *¡El es digno!* Lo que el mundo dice sobre el particular no tiene importancia. Una vez abiertos nuestros ojos al verdadero valor de nuestro Señor Jesús, *¡nada puede ser demasiado para El!*

Pero no quiero extenderme sobre el caso de Judas. Veamos cuál era la actitud de los demás discípulos, por cuanto su reacción nos concierne más de cerca. No nos importa tanto lo que dice el mundo, no nos hace nada; pero nos importa mucho lo que dicen otros cristianos que deben comprender mejor. Sin embargo, hallamos que dijeron lo mismo que Judas, y no sólo lo dijeron sino que estaban muy perturbados y enojados.

Al ver esto, los discípulos se enojaron, diciendo: ¿Para qué este desperdicio? Porque esto podía haberse vendido a gran precio, y haberse dado a los pobres (Mt. 26:8, 9).

Claro, sabemos que la actitud es demasiado común entre los cristianos que dicen: "Consigue todo lo que puedas, de la manera más fácil posible. Pero aquí no se trata de eso, sino de algo más profundo. Permíteme ilustrarlo. ¿Alguien te ha dicho que estás desperdiciando tu tiempo al quedarte quieto y no hacer nada? Dicen: "El debería ocuparse en alguna clase de trabajo. Podría servir para ayudar a éste o a aquel grupo de personas. ¿Por qué no es más activo?" Al hablar así piensan únicamente en *la utilidad*. Todo debe aprovecharse al máximo, al modo que ellos entienden.

Algunos se preocupan tocante a algunos amados siervos del Señor porque al parecer no *trabajan* lo suficiente. Podrían hacer mucho más, así dicen ellos, si lograran entrar en ciertos círculos y *gozar* de una aceptación más amplia. Entonces podrían usar sus dones mucho mejor. Ya he mencionado cierna hermana que conocí por largo tiempo y quien, estoy seguro, me ayudó más que nadie. El Señor la usó en forma muy definida durante los años en que estuvimos trabajando juntos, aunque en aquel tiempo ninguno de nosotros reparaba en ello. Mi constante preocupación era ésta: ella está; ella no está alcanzando nada. Yo me decía siempre a mí mismo: *¿Por qué no sale ella a reuniones, por qué no va a alguna parte a hacer algo? Es un desperdicio, que viva en una pequeña aldea, sin ningún acontecimiento notable. A veces, cuando la visitaba, casi le gritaba.*

Le decía: "Nadie conoce al Señor como tú. Conoces la Biblia en forma tan viva. ¿No ves las necesidades en tu alrededor? ¿Por qué no haces algo? Es una pérdida de tiempo, de energía, de dinero, de todo, sentarte aquí sin hacer nada."

Pero no, hermanos, todo eso no es lo primero para el Señor. Es verdad que Él quiere usarnos, a ti y a mí. Lejos esté de mí fomentar la inactividad y justificar una actitud complaciente frente a la necesidad del mundo. Como el Señor Jesús dice, el evangelio será predicado "en todo el mundo". Se trata del equilibrio, de tener todas las cosas en su debido lugar. Hoy, al recordarlo, me doy cuenta de cómo el Señor estaba usando en verdad a aquella hermana al hablar a varios de nosotros, quienes, como jóvenes, estábamos en la escuela de aprendizaje, en la escuela del Señor, para este mismo trabajo de la evangelización. No puedo agradecer a Dios lo bastante por ella.

¿Cuál es, pues, el secreto? Claramente esto: al aprobar la acción de María de Betania, el Señor Jesús estaba estableciendo una cosa como base de todo nuestro servicio; tenemos que derramar para El todo lo que tenemos y lo que somos; y si nos permite hacer esto, será suficiente. No se trata, en primer lugar, de que los pobres hayan sido ayudados o no. Esto vendrá después; la primera pregunta es: ¿Ha sido satisfecho el Señor?

Hay muchas reuniones a las que podríamos ir, muchas conferencias donde podríamos predicar, muchas campañas evangelistas que podríamos Compartir. No es que no podamos. Podríamos trabajar y ser muy usados, pero el Señor no se preocupa tanto de nuestra actividad constante en su obra. No es su primer objetivo. El servicio no se mide por los resultados tangibles. No, amigo mío, la primera preocupación del Señor es nuestra posición a sus pies, y nuestro ungirle la cabeza. Lo que tengamos como "vaso de alabastro". La cosa más preciosa en el mundo, lo más querido —sí, déjame decirlo, el compartir esta nuestra vida que ha sido producida por la cruz misma— lo entregamos todo *al Señor*. A algunos, aun a los que deberían comprender, parece un derroche, pero es lo que el Señor más busca. A menudo este darse al Señor se traducirá en servicio incansable, pero Él se reserva el derecho de suspender a veces el servicio a fin de mostrarnos si es nuestra obra para El o Él mismo el pivote de nuestra actividad.

SIRVIENDO PARA SU SATISFACCIÓN

De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que está ha hecho, para memoria de ella (Mr. 14:9).

¿Por qué dijo esto el Señor? Porque el evangelio presupone producir esto. Está destinado a esto. El evangelio no es solamente para satisfacer a los pecadores. Gracias al Señor, ¡los pecadores serán satisfechos!; pero su satisfacción es, podemos decir, un bendito subproducto del evangelio y no su meta principal. El evangelio se predica en primer lugar para que *el Señor* esté satisfecho.

Temo que ponemos demasiado énfasis sobre el bien de los pecadores y que no hemos apreciado suficientemente lo que el Señor tiene por meta. Hemos pensado cómo estaría el pecador si no hubiera evangelio, pero ésta no es la consideración principal. ¡Alabado sea Dios! el pecador recibe su parte, sí. Dios suple su necesidad y le colma de bendiciones; pero eso no es lo más importante. Lo primero es esto: que todo debe redundar en la satisfacción del Hijo de Dios. Sólo cuando Él sea satisfecho seremos satisfechos nosotros y otros pecadores. Nunca conocí a persona alguna habiéndose que propuesto satisfacer al Señor no hubiera sido satisfecha ella misma. Es imposible. Muestra satisfacción viene infaliblemente cuando le satisfacemos a El primero.

Pero hay que recordar que Él jamás será satisfecho hasta que nos "desperdiciemos" para El. ¿Has dado alguna vez demasiado al Señor? Déjame decirte algo. Una lección que algunos hemos aprendido es la siguiente: que en el servicio de Dios, el principio del derroche es el principio del poder. El principio que determina utilidad es el mismo principio de desparramar. La verdadera utilidad en las manos de Dios se mide en términos del desperdicio. Cuanto más piensas en lo que *haces*, y cuanto más empleas tus dones para lograrlo, al máximo (y algunos aun superan el máximo), tanto más descubres que estás aplicando el principio del mundo y no el del Señor. Los caminos de Dios con nosotros están proyectados para establecer en nosotros este principio, es decir, que nuestro trabajo *para El* nace de nuestro servicio *a Él*. Yo no quiero decir que debamos ser ociosos; pero lo primero para nosotros debe ser el Señor mismo, no su obra.

Pero debemos pensar en cosas prácticas. Seguramente tú dirás: "He renunciado a una posición; he abandonado un ministerio; he perdido ciertas posibilidades atractivas para el porvenir para poder seguir con el Señor en esta forma. Ahora trato de servirle a Él. A veces parece que el Señor responde, y a veces me hace esperar la respuesta. A veces me utiliza, y a veces parece que le pasa de largo. Entonces, cuando es así, me comparo con otro, que está en una empresa grande. Él también tenía un brillante porvenir, pero no renunció a él. Sigue adelante y también sirve al Señor. Ve almas convertidas y el Señor bendice su misterio. Tiene éxito —no quiero decir material sino espiritual— y a veces pienso que parece más cristiano que yo, ¡tan feliz, tan satisfecho! Después de todo, ¿qué hago con esto? Él lo pasa bien, también de la mal. Él nunca ha tomado este camino y, sin embargo, tiene mucho que los cristianos conociéramos prosperidad espiritual; mientras que a mí me toca toda suerte de complicaciones. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Estoy desperdiciando mi vida? ¿He dado, de veras, demasiado? "

Así que aquí está tu problema. Sientes que si siguieras los pasos de tu hermano —si fueras consagrar lo suficiente para la bendición, pero no tanto como para la tribulación; suficiente para que el Señor te usara, pero novato como para que quede confinara — que entonces todo estaría allí. Pero como ¿estaría realmente bien? Tú bien sabes que no.

¡Deja de mirar al otro! Mira a tu Señor y pregúntale de nuevo que es lo que el valora más. El principio del desperdicio es el principio que Él desea nos gobierne. Ella ha hecho esto para mí. El hijo de Dios siente verdadera satisfacción solamente cuando estamos, como diría la gente, desperdiciándonos para Él. Parecería que estamos prodigando demasiado y recibiendo nada a cambio; y allí está el secreto de complacer a Dios.

Amigos, ¿qué buscamos? ¿Buscamos "utilidad" como aquellos discípulos? Quería hacer valer al máximo cada uno de los 300 temarios. Ellos calcularon su evidente "utilidad" a Dios en términos que podían medirse y registrarse. El Señor quiere oírnos decir: Señor, eso no me importa; con tal que pueda complacerte a ti, me basta.

UNGIÉNDOLE POR ANTICIPADO

Pero Jesús dijo: Dejadla; ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis. Ésta ha hecho lo que podía; Porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura (Mr.. 14:6-8).

En estos versículos el Señor Jesús introducir el factor tiempo con la palabra "anticipado"; y esto es algo que se puede aplicar hoy día, pues es tan importante para nosotros ahora como lo era para ella. Sabemos que en el mundo venidero seremos llamados a una obra más grande, no a la inactividad. "Y su Señor le dijo: bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor" (Mt. 25:21 y cp. Con Mt. 24:47 y Lc. 19:17). Sí, habrá mayor trabajo; porque el trabajo de la casa de Dios seguirá, como aquellos días de nuestro relato, el cuidado de los pobres seguía. Los pobres estarían siempre con los discípulos, pero los discípulos no tendrían siempre al Señor. Había algo, representado por ese derramamiento del ungüento, que

María tenía que hacer *por anticipado* o nunca más tendría otra oportunidad. Creo que en aquel día amaremos al Señor Jesús como nunca le hemos amado hasta ahora; pero, sin embargo, será más bendito para los que hayan derramado su todo para el Señor ahora, hoy. Al verle cara a cara, confío en que todos quebraremos el vaso para derramar todo para Él. Pero *hoy*... ¿qué estamos haciendo *hoy*?

Días después de que María hubiera quebrado el vaso de alabastro para verter el ungüento sobre la cabeza de Jesús, varias mujeres fueron temprano por la mañana para ungir el cuerpo del Señor. ¿Lo ungieron? ¿Lograron su propósito aquel primer día de la semana? No. Una sola alma logró ungir al Señor y fue María, la que le había ungido por anticipado. Las otras nunca pudieron hacerlo porque Él ya había resucitado. Llamo la atención al hecho de que en forma parecida, el "cuándo" puede ser importante también para nosotros, y que todo lo dicho pueda reducirse para nosotros a esto: *¿qué estoy haciendo hoy para el Señor?*

¿Se nos han abierto los ojos para ver cuán precioso es el Señor a quien servimos? ¿Hemos llegado a comprender que sólo lo más apreciado, lo más costoso, lo más precioso le corresponde a Él? ¿Hemos comprendido que el trabajo para los pobres, para el bien del mundo, para las almas de los hombres y para el bien eterno del pecador —todas cosas tan necesarias y valiosas— sólo son aceptadas por Dios cuando están en su debido lugar? En sí mismas, como cosas independientes no son nada comparadas con el trabajo hecho *al Señor*.

El Señor tiene que abrir nuestros ojos para que apreciemos en todo su valor. Si hay alguna valiosa obra de arte en el mundo y yo pago el elevado precio que se pide por él, sea cien mil, un millón o diez millones de pesos, ¿puede alguien decir que se trata de un desperdicio? La idea del desperdicio sólo toma cuerpo en nuestra vida cristiana, cuando no apreciamos el valor de nuestro Señor. Todo el problema puede reducirse a esto: ¿hallamos que Él es precioso, aquí, ahora? Si no le estimamos mucho, entonces cualquiera cosa que le diéramos, aun lo más insignificante, nos parecerá un derroche. Pero cuando realmente Él nos es precioso, nada será demasiado precioso, nada demasiado costoso para El; todo lo que tengamos, lo más caro al corazón, el tesoro más apreciado, lo derramaremos sobre El sin avergonzarnos jamás de haberlo hecho.

El Señor dijo de María: "Ha hecho lo que podía." ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que había dado su todo. No había guardado nada en reserva para un día futuro. Había vertido sobre El todo lo que tenía; y, sin embargo, en el día de la resurrección no tenía por qué lamentar su extravagancia. Y el Señor no se satisfará hasta que nosotros también hayamos hecho lo que podíamos. Con esto no quiero significar el gasto de nuestros esfuerzos y energías para hacer algo por El, porque aquí no se trata de eso. Lo que el Señor busca en nosotros es una vida puesta a sus pies, y esto en vista de muerte y sepultura y del día futuro. Su sepultura ya estaba a la vista ese día en el hogar en Betania. Hoy día es su coronación lo que se tiene a la vista, el día cuando El será aclamado en gloria como el Ungido, el Cristo de Dios. Sí, entonces le daremos nuestro todo. Pero el Señor apreciaría, aun mucho más que le ungiéramos *ahora*, no con algún aceite material sino con algo costoso, dado de todo corazón.

Lo que es simplemente externo y superficial no tiene cabida aquí. Ha sido ya tratado por la cruz y hemos dado nuestro consentimiento al juicio de Dios sobre ello, y hemos admitido conocer en la experiencia el ser "podados". Lo que Dios demanda de nosotros ahora, puede representarse en ese vaso de alabastro —algo sacado de lo profundo, algo trabajado y pulido, algo que por ser tan verdaderamente del Señor lo apreciamos como María apreciaba aquel vaso— y que no queríamos, no nos atreveríamos a quebrar. Surge ahora del corazón, de lo íntimo de nuestro ser. Venimos al Señor con ello, y al quebrarlo y derramarlo decimos: Señor, aquí está. Es todo tuyo, porque tú eres digno. El Señor ha obtenido lo que deseaba, ¡Ojalá que El reciba este ungüento de nosotros *hoy*!

FRAGANCIA

*Entonces María, tomó una libra de perfume nardo puro, de mucho precio, y ungió los **pies** de Jesús, y las enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume (Jn. 12:3).*

Al romper el frasco y ungir al Señor Jesús, la casa se llenó de la fragancia más exquisita. Todos podían percibirla. ¿Qué significa esto?

Cuando te encuentras con alguien que ha sufrido intensamente —alguien que ha pasado experiencias con el Señor— en seguida te das cuenta de algo. Tus sentidos espirituales notan inmediatamente un dulce olor de Cristo. Sientes que algo en esa vida, ha sido aplastado, algo ha sido quebrantado, y se percibe el perfume. El perfume que llenó la casa de Betania aquel día aún hoy llena la iglesia, la fragancia de aquel ungüento nunca se pierde. María necesitó un solo golpe para quebrar el frasco para el Señor, pero su hecho, su quebramiento sin reservas y la fragancia de ese ungüento perduran.

Estamos hablando aquí de lo que somos; no de lo que hacemos o de lo que predicamos. Quizás has estado pidiendo al Señor durante largo tiempo que se sirva usarte de modo que puedas impartir algo de El a otros. Esa oración no es precisamente pidiendo el don de predicación o el de enseñanza. Es más bien para que puedas, en tus relaciones con otros, impartir algo de Dios, la presencia de Dios, conciencia de Dios. Querido amigo, no podrás producir estas impresiones de Dios sobre otras sin que primero lo hayas quebrado todo, aun tus posesiones más apreciadas, a los pies del Señor Jesús.

Llegado una vez a este punto, puede aún ocurrir que no seas usado en forma manifiesta, pero fuera de toda duda Dios comenzará a usarte para crear Hambre en otros. La gente percibirá olor de Cristo en ti. Aun los menos allegados percibirán la fragancia. Sentirán que aquí está la presencia de uno que ha seguido con el Señor, que ha sufrido, que no se ha movido libre e independientemente sino que ha conocido el camino de la entrega absoluta a Él. Esa clase de vida provoca impresiones, y las impresiones provocan hambre, y el hambre hace que los hombres sigan buscando hasta llegar, por una revelación divina, a la plenitud de vida en Cristo.

Dios no nos pone aquí en primer lugar para predicar o trabajar por Él. Su primer propósito es el de crear en otros hambre de Él. Eso es, después de todo, lo que prepara el terreno para la predicción.

Si ponemos una torta deliciosa delante de dos hombres que acaban de comer una comida substanciosa, ¿cuál será su reacción? Conversarán de ella, admirarán su forma, discutirán la receta y su posible costo, harán todo menos ¡comerla! Pero si de veras tienen hambre, pronto la torta desaparecerá. Así es con las cosas del Espíritu. Una verdadera obra jamás empezará en una vida sin que haya primero conciencia de necesidad. Y, ¿cómo podrá hacerse esto? No podemos inyectar por fuerza apetito espiritual en otras personas; no podemos obligarles a sentir hambre. Hay que crear el hambre y puede crearse en otros sólo por los que llevan consigo las impresiones, la fragancia de Dios.

Siempre me gusta recordar las palabras de aquella "mujer importante" de Sunem. Al hablar del profeta, a quien había observado sin conocerle bien, ella dijo: "He aquí ahora, yo entiendo que éste, que siempre pasa por nuestra casa, es varón santo de Dios" (2 R. 4:9). No era lo que Eliseo dijo, ni lo que hizo, lo que le había dado esa impresión, sino lo que Eliseo era. Pasando apenas por la puerta ella pudo discernir algo; podía ver. ¿Qué siente la gente acerca de nosotros? Podemos dejar muchas clases de impresiones; podemos dejar la impresión de que somos inteligentes, de que somos talentosos, de que *nosotros* somos esto o aquello. Pero no; la impresión dejada por Eliseo era una impresión de Dios mismo.

Nuestro impacto sobre los demás depende de una cosa, y ésa es la operación de la cruz en nosotros con miras a complacer el corazón de Dios. Eso demanda que yo busque agradarle a Él, que trate de satisfacerle a Él solo, y que no tome en cuenta el costo. La hermana, a quien me he referido varias veces, pasaba una vez por una situación muy difícil, quiero decir, una situación que le costaba todo. Estuve con ella en ese tiempo y juntos nos arrodillamos y oramos con los ojos humedecidos de lágrimas. Al mirar arriba ella dijo: "Señor, estoy dispuesta a quebrar mi corazón para satisfacer el tuyo." Hablar así del corazón quebrantado podría parecer a muchos un mero sentimentalismo romántico, pero en la situación particular en que ella se encontraba significaba justamente lo que dijo.

Tiene que haber algo —una disposición de entrega, un quebrantamiento y un derramamiento de todo delante del Señor— que libera esa fragancia de Cristo, que produce en otras vidas ese reconocimiento de necesidad y las lleva a conocer al Señor. Esto es, a mi entender, el centro de todo. El evangelio tiene como su solo objetivo el producir en nosotros, pecadores, una condición que satisfaga el corazón de Dios. Para lograr esto llegamos a Él con todo lo que tenemos, todo lo que somos —sí, aun lo más apreciado en nuestra experiencia espiritual— y le decimos: Señor, estoy dispuesto a dejarlo todo por ti; no simplemente por tu obra, ni por tus hijos, no por otra cosa alguna sino por ti mismo.

¡Ojalá que lleguemos a desperdiciarnos! ¡Cuán precioso es ser desperdiciado para el Señor! Muchos que han sido hombres destacados en el mundo cristiano no saben nada de esto. Muchas hemos sido usados —usados, diría, demasiado— sin saber lo que es ser desperdiciado para Dios-

¡Nos gusta tanto estar activos!; y el Señor quisiera a veces tenernos aprisionados. Nosotros pensamos en términos de viajes apostólicos: pero Dios se atreve a dejar en cadenas a sus principales embajadores. "Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre de triunfo en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento" (2 Co. 2:14), "... y la casa se llenó del olor del perfume" (Jn. 12:3).

¡Ojalá que el Señor nos conceda la gracia para que aprendamos cómo complacerle a Él! Cuando, como Pablo, hagamos de esto nuestro supremo objetivo (2 Co. 5:9), el evangelio habrá cumplido su propósito.